
AMELIA, EMILIA Y SU INESPERADO IDILIO
PINTINA CUNEO
elit

Portadilla

AMELIA, EMILIA Y SU INESPERADO IDILIO

PINTINA CUNEO

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Pintina Cuneo
© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Amelia, Emilia y su inesperado idilio, n.º 28 - agosto 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
® Harlequin, Elit y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock

I.S.B.N.: 9791370170233

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Prólogo

Bienvenidos a la clase donde se imparte el taller de escritura creativa por segundo año consecutivo. Como cierre de la actividad, en este último trimestre, se anima a los alumnos de más antigüedad y a todos los de nueva incorporación que deseen intentarlo a que escriban una novela corta. La profesora acaba de repartir las fotocopias en las que figuran las orientaciones a seguir; después, se ha situado tras su mesa y, cuando al fin consigue la atención de toda la clase, tras el revuelo formado, se dispone a leerlas en voz alta.

Una vez que acaba, los alumnos han anotado su nombre en la propuesta que más ha llamado su atención.

—Al parecer, la tercera propuesta no goza de vuestro beneplácito, nadie la ha elegido —les comenta, paseando una mirada interrogativa entre todos ellos.

—No es muy atractiva —dice una alumna al fondo y un rumor de asentimiento recorre todo el espacio.

—Sí, está claro que a la hora de ambientar un relato podemos pensar que ubicarlo en…, por ejemplo, París, en uno de sus coquetos barrios, puede ser llamativo desde el inicio de la historia. También podríamos estar en un apartado y pintoresco pueblo de la campiña inglesa o quizá en uno de los rincones que aparecen tantas veces retratados en un cuadro de la Toscana italiana. Pero en esta tercera propuesta, la que nadie ha elegido, no estamos allí, estamos en España, en una localidad sin nada que la haga destacar, ubicada cerca del Mediterráneo, aunque ni siquiera tiene playa, por lo que no es este un adorable pueblo con puerto y barquitos amarrados en la orilla de blancas arenas.

La profesora prosigue hablando, intentando captar algún voluntario para que desarrolle el relato en la localización sugerida pero no elegida:

—Aun siendo este un pueblo corriente, ¿querría alguien ambientar una historia aquí? A ver, que conste que os entiendo, ya que, como

he dicho, existiendo rincones por el mundo que harían especial cualquier trama, ¿por qué no elegir un ambiente de película? Esto siempre es un plus añadido a lo que se cuenta, pues, cuando no exista diálogo entre los personajes, usar el recurso del narrador, explayándose describiendo espacios idílicos, o adorables calles empedradas, incluso monumentos cargados de historia, todo suma, dota a la narración de un encanto especial.

Los alumnos asienten a lo que la profesora les dice.

—Pero dejando a un lado todo eso, ¿no hay aquí ningún valiente que se arriesgue a desarrollar una trama en el lugar anodino y carente de interés que os sugiero en la propuesta? De salir bien, sería un gran ejercicio de narración para el autor; de salir mal… ¡Ah! —se interrumpe de inmediato—, alguien levanta una mano, ¡vaya! Parece que tenemos un autor voluntario para este trabajo. Entonces, adelante, prosiga usted con esta historia y esperamos la evolución de la misma —invita la profesora mientras los compañeros miran, con ojos sorprendidos por la elección, a aquel taciturno chico que no se relaciona mucho con el resto de componentes de la clase.

Capítulo 1

Es este un pueblo de pocos habitantes, de casas corrientes, nada atractivas ni originales, y con algún edificio de no más de tres alturas. Bueno, sí existe uno de alguna planta más elevada que el resto, ubicado cerca de la iglesia. En su día, la construcción de esta mole de ladrillo marrón chocó y admiró, a partes iguales, dada su gran envergadura, muy alejada de la estética del lugar. Por añadir algún dato más: en una desgraciada ocasión, el mencionado edificio fue demasiado atractivo para un amante de la vida en el más allá, atraído, sin duda, por esa gran altura que ofrece el no retorno.

Un pueblo corriente, ¿y de gente corriente? Pues aquí va la siguiente revelación: en esta localidad vive gente normal. No es este un lugar de habitantes extraordinarios, aunque ¿quién soy yo para decidir si alguien es extraordinario o no? ¿Quién es nadie para establecer la diferencia entre normal y excepcional? Lo que a ojos de unos es normal, para otros se sale de la norma y es brillante y maravilloso. Porque existen reglas, cintas métricas, balanzas, relojes, termómetros… Es decir, instrumentos creados a partir de la necesidad por la medida y la precisión, pero ¿existen instrumentos para concretar cuánto de especial es otra persona?

En todas partes se dan situaciones de lo más variadas, en todos sitios cuecen habas, en cualquier rincón del mundo pueden encontrarse dos personas con mucho que decirse y cualquier pueblo, por corriente y poco atractivo que sea, puede dar cobijo al amor.

Amelia acaba de regresar del trabajo y entra en su amplia habitación. No, no voy a decir estudio o buhardilla para darle un aire chic al espacio donde vive. Se aloja en la primera planta de la casa de Maruja, ni siquiera en toda la planta, ella ocupa una habitación al fondo del pasillo y ahí es donde hace su vida. En ese primer piso también viven Mei y Yun, dos hermanas chinas que ocupan el resto de habitaciones; la cocina y el baño lo comparten con Amelia. Mei y Yun son sus jefas, dueñas de un bazar en el que Amelia trabaja

todas las mañanas, salvo los sábados; tampoco los domingos, día que el establecimiento cierra.

Amelia no necesita más espacio del que dispone, a decir verdad, tampoco el deseo por cambiar la anima a ampliar los metros que habita. Su cuerpo se mueve con brío entre las paredes de esa espaciosa habitación con terraza que le alquiló a Maruja hace dos años ya. Amelia vino huyendo. Bueno, no…, a ver, mejor digamos que vino buscando, porque lo cierto es que no tenía que huir de nada, porque nadie la perseguía y nada malo había hecho. Simplemente cambió la ciudad por un pueblo cuando una serie de acontecimientos se dieron en su vida.

Este es el primero de esos acontecimientos:

Después de pasar varios años preparando la oposición para lo que siempre había deseado ser, profesora de matemáticas, consiguió la ansiada plaza en un instituto de enseñanza secundaria. Completamente satisfecha, se dijo que su vida parecía ir en la dirección correcta, ya que todo había salido según sus planes, esos que llevaba trazando casi desde que tenía uso de razón. Esos que, igual, ni siquiera había trazado por sí misma y otros sí lo hicieron por ella porque pensaron que era lo normal tras acabar los estudios básicos. Porque era a lo que se debe aspirar cuando al fin consigues una titulación universitaria, es decir, tras estudiar lo que te gusta debes asegurarte un trabajo, un puesto fijo, un futuro.

«Asegurar, fijo, futuro…», ahora echaba la vista atrás y esas palabras le provocaban risa.

Lo único que hay «seguro» es la muerte.

«Fijo» le sonaba tan a tedio, tan a rutina… Aburrimiento, al fin y al cabo.

Y la última de esas palabras: «futuro», pero ¿qué sabe nadie acerca del futuro?

Siendo más joven, recién iniciada la carrera, lo que en realidad le provocaban a Amelia esas tres palabras era incertidumbre y nervios, y a todo ello se unían los sueños, las aspiraciones, los proyectos y el temor, o la ansiedad, por que nunca se cumplieran.

Tras la desastrosa experiencia laboral vivida en el instituto se había propuesto no volver a hacer planes. Al iniciar su aventura

como profesora no había contado con los imprevistos, con los sentimientos que esos planes tan bien trazados por ella, y por otros, le iban a provocar. Tampoco contó con los sentimientos que ella provocaría en otras personas inmersas en esos planes en apariencia perfectos.

Su primer año trabajando como docente fue de todo menos lo planeado. Desde luego, jamás pensó en el terrible dolor de cabeza con el que no conseguía lidiar al llegar a casa, cuando el día había sido especialmente movido para los alumnos. Tampoco sabía que las faltas de respeto de algunos chicos hacia ella le iban a alterar el ánimo tanto, haciéndole sentir una profunda tristeza. Y lo que peor llevaba: la desazón por la forma en la que algunos padres se dirigían a ella, sin tacto, sin educación alguna, con voces intimidatorias y miradas taladrantes que no creía que mereciera nadie que únicamente desea enseñar a un niño.

No todo era malo, bien lo sabía, porque a pesar de ser el suyo un centro conflictivo, había alumnos a los que enseñar era toda una satisfacción y también padres que valoraban sus esfuerzos y desvelos. Pero las faltas de respeto y la ansiedad que le provocaba el solo anuncio de una reunión o entrevista solicitada por un padre pesaba de manera considerable sobre ella, trastornando su día a día y minando las ganas de ejercer su profesión. Una profesión que no creía poder llevar a la práctica, no al menos en una institución educativa con un aula llena de alumnos. No digamos ya cuando un padre o madre se plantaba en el centro, a la entrada o la salida, a increparle de malas maneras ante el resto de alumnos por un malentendido o porque su hijo, por interés propio, hubiera tergiversado una simple contestación suya para hacerla quedar mal ante su familia.

Pese a todo, acabó su año preceptivo como funcionaria en prácticas antes de poder elegir centro definitivo. Pero, cuando esto sucedió al fin, la situación no mejoró. Antes de acabar el primer trimestre hubo de asumir la realidad y es que esta la desbordaba y no deseaba nada de lo que le estaba sucediendo: enseñar, al menos en un instituto, no la hacía feliz.

Algunos compañeros y amigos, y prácticamente casi toda su familia, pensaron que huía de su labor como profesional. Y Amelia vio la simpleza de su acto como algo más sencillo y menos dramático: dejaba una plaza vacante para alguien más preparado que ella, emocionalmente hablando. Alguien capaz de lidiar con esas otras cuestiones que rodean el proceso de enseñanza-aprendizaje y con las que no solo se sentía desbordada, sino que la hacían sufrir y que repercutían en su salud minando su autoestima.

Tener una mente privilegiada para los números le supuso encontrar de inmediato trabajo como contable en una asesoría. Y no, no era a eso a lo que siempre pensó que se dedicaría porque no había entrado en sus «maravillosos y bien estudiados planes», pero al menos ya no sufría.

Una lluvia de frases volvía a salpicarla, a mojarla y a dejar más lodo, ese que salía de la boca de la gente que decía quererla y que se sentían orgullosos porque creían que lo correcto era hablarle así:

«Has optado por el camino cómodo».

«Sentada ahí, tras una mesa, llevando cuentas de clientes, sin enfrentarte a la realidad de esos chicos y esas chicas».

«Eliges lo fácil, el riesgo cero».

¿Por qué todo el mundo opinaba cuando ella jamás les pidió consejo? Era algo que escapaba de su conocimiento, y de ese andaba sobrada, porque siempre fue la primera de su promoción en todas las etapas educativas por las que pasó.

«Renuncias a una plaza que tanto cuesta obtener, otros la quisieran para sí y tú la desprecias como si tal cosa, ir de sobrada por la vida no te hará ningún bien».

Esa frase cayó sobre Amelia como si de plomo derretido se tratase, dejándola inmóvil, sin palabra que replicar por todo lo que encerraba y por el desdén con el que fue lanzado. La plaza la había ganado ella después de duros y agotadores años preparando la oposición, por lo tanto, renunciaba a lo que era suyo por derecho. Estaba siendo honesta, no se había acogido a una baja por depresión, con todo el respeto que sentía por quienes sí lo hacían por necesidades de salud. Pero de haber pedido una baja habría acabado encadenando una tras otra, porque una no habría sido

suficiente, evitando así asistir a su puesto como profesora donde debía enfrentarse a todo lo que tanto la hacía sufrir. Así pues, estaba siendo justa, se estaba comportando con honradez y había admitido su derrota: el entorno de un instituto no era para ella.

Y eso no representaba una debacle, ni el fin de su carrera como profesora ni como amante fiel de las matemáticas, eso era, simplemente, un «pasemos página y sigamos adelante»; y, por supuesto, sin arrepentimiento y sin mirar atrás. Había vivido una experiencia nada satisfactoria, no había que darle más vueltas a ese asunto.

Ahora, casi todas las tardes, ejerce como docente a nivel particular en su habitación alquilada. Ahora, inicia las clases con una sonrisa, continúa con ese gesto y acaba las lecciones feliz, porque se siente útil y respetada en todas las ocasiones, tanto por los alumnos como por los padres de estos. Este curso Amelia vuelve a dar clases a unas gemelas de siete años que van muy retrasadas en lectura y a las que los números les suponen un reto continuo. También acuden hasta su mesa de estudio varios chicos y chicas, de entre cuarto y sexto de Primaria, a los que las matemáticas se les han atragantado y por las que no sienten pasión alguna. A última hora de la tarde, de ocho a nueve, llega un grupo de Bachillerato que este año se prepara para afrontar los exámenes de acceso a la universidad.

Pero entre todos ellos, además de las gemelas, sus «chiquitinas», como ella con tanto cariño las llama, destaca Leo, su alumno más combativo y contestón. Su batalla más personal y arriesgada. El curso pasado, debido a una enfermedad, no asistió al colegio, y Amelia le acompañó en sus estudios para poder sacar adelante un segundo de Secundaria que ya estaba repitiendo. Ahora necesita refuerzo para cursar tercero de la ESO.

No solo necesita refuerzo académicamente hablando, Leo es un dolor continuo de cabeza para su madre. Separada desde hace años del padre, un alcohólico del que no ha conseguido que el juez le niegue las visitas quincenales y de las que Leo regresa cada vez más explosivo y revolucionado. Silvia, su madre, le pidió ayuda, no solo para que lograse acabar el curso, también para orientarlo y aconsejarlo.

Y Amelia dijo sí.

Dijo sí por la desesperación que vio en aquellos ojos.

Dijo sí por la fuerza con la que la pobre mujer escurría el trapo con el que limpiaba el baño que comparte con Yun y Mei mientras le contaba sus angustias y desvelos.

Y definitivamente dijo que sí porque la pobre madre confesó, entre lágrimas, unas que no solo a esa mujer le quemaban la piel, lo duro que se le hacía que su propio hijo la acusase de no saber mantener un matrimonio y hacerla responsable de que el padre se hubiese dado a la bebida, pese a saber como sabía en carne propia el maltrato al que ese hombre sometía a su madre.

Las mañanas del fin de semana Amelia las dedica a los universitarios, clases intensivas de matemáticas a las que acuden alumnos desde varios pueblos vecinos atraídos por su fama, la que ha corrido de boca en boca entre los estudiantes por su buen hacer y los excelentes resultados que consigue.

Entre semana ella es quien abre la tienda de Yun y Mei por las mañanas, un próspero negocio que ambas atienden por las tardes. Los lunes es sin duda su peor día: las dueñas tienen una excelente mente para los negocios, la compra y selección de artículos, la administración y la contabilidad…, pero el orden no entra entre sus virtudes, de manera que, cada mañana, Amelia debe poner todo en su lugar. Es tan meticulosa que las estanterías lucen de manera espléndida, todos los artículos están apilados y ordenados de manera milimétrica, en todo momento pareces encontrarte en una exposición y no en una tienda en la que el propio cliente puede tocar y coger lo que desee él mismo. Es por eso que cada mañana, al abrir, se encuentra todo de cualquier manera, pero en menos de una hora a la tienda se le puede hacer una fotografía o vídeo promocional si llegado el caso fuese necesario.

El problema llega con los sábados, el único día que ella no acude al establecimiento, y es cuando ese local, a la hora del cierre, se convierte en debacle y caos. Las hermanas se muestran efusivas cada vez que la ven, Amelia sabe que se debe a lo bien que hace su trabajo, justo el que les ahorra a sus jefas. Yun no deja de darle palmaditas en el hombro y Mei no deja de sonreír feliz. Es por esta

razón que Silvia, contratada por sus jefas para poner orden en las estancias que ocupan en casa de Maruja, entra muchas veces a su habitación para limpiarla, agradeciendo con ese detalle, y no solo con el sueldo que le pagan, lo satisfechas que están con su escrupuloso trabajo en el bazar.

Una vez que ha supervisado todas las estanterías para reponer artículos, las mañanas en la tienda son muy tranquilas. Buscar el equilibrio y la armonía la relaja, de un modo como nunca había creído que fuese posible. Antes de ese trabajo el orden no era algo prioritario en su vida; en cambio, si ahora ha decidido que, por ejemplo, las libretas y cuadernos se exponen en torres de veinte, siempre tienen que exhibir ese número, así que en cuanto falta repone, nunca queda un hueco a no ser que el producto se agote. Todo a la vista resulta pulcro y llamativo, es agradable, transmite paz. Muchos de los clientes disfrutan paseando entre las estanterías, algunos solo entran buscando esa paz visual y al final siempre acaban comprando cualquier fruslería, la necesiten o no.

Tras la puesta a punto de la tienda ya solo tiene que atender a los escasos clientes que la visitan. La afluencia es mucho mayor por las tardes, donde los niños, ya lejos de clase, no dejan de entrar y salir para la compra de todo el material escolar que durante la jornada mágicamente desaparece, se pierde, se rompe o se desgasta. Eso y que la variedad de golosinas que Yun y Mei venden podría competir con la mejor tienda dedicada solo a la venta de chuches.

Amelia, el resto de la mañana, lo dedica a sentarse tras el mostrador y a devorar los libros que toma en préstamo de la biblioteca municipal. No disponen de muchos títulos de publicación reciente, pero la variedad en lecturas es enorme. Dos veces por semana, en su media hora de descanso, acude para la devolución y préstamo. Amelia no tiene televisor y lo único que ve en este aparato, situado en el salón de Maruja, son las películas que algunas veces disfrutan juntas en las sesiones de sábado noche o domingo tarde.

Indicar también, y para que la conozcáis un poco más, que por decisión propia Amelia se deshizo hace tiempo de su portátil y de su teléfono. Es una amante del correo postal. Por lo que quien desea

comunicarse con ella debe hacer uso del intercambio epistolar y todo lo que ese proceso conlleva: escribir unas líneas, buscar el sobre y lamer un sello, seguramente con la cara del rey de turno. Por supuesto, ubicar en el barrio en el que vivas un buzón, levantar la pestaña de metal amarillo, introducir la misiva y, si hay suerte y no se escucha nada en la calle, poder disfrutar del sonido, aunque débil, que provoca el sobre al caer al fondo.

Ser socia de la biblioteca ha sido todo un acierto desde que llegó al pueblo, ya que ha disfrutado lecturas que jamás pensó que leería, como los *Episodios nacionales* de Galdós. También ha descubierto a grandes autores rusos como Tolstói. Empezó con *Guerra y paz*, continuó con *Anna Karénina* y acabó por leer hasta la biografía del escritor. Por variar de estilo ha devorado todas las novelas de Lovecraft, impactada con su forma de construir atmósferas y trasladarte hasta ellas. Y sin quererlo ni pretenderlo se ha hecho amante de la poesía, enamorándose de un grande de la provincia como Miguel Hernández, que tanto la conmueve en algunas de sus composiciones.

Capítulo 2

A este pueblo corriente no le falta prácticamente ningún servicio. No es este uno de los llamados pueblos de la España vaciada, ya que ha evolucionado visiblemente; son muchos los que vienen a vivir aquí y otros tantos que nacen y hacen su vida por completo en la localidad. Es el caso de Emilia, ella es la zapatera del pueblo, antaño lo fue su padre y mucho antes su abuelo. Son una saga de zapateros y también de «Emilios», por no salir de la rutina, por conservar la tradición, en el oficio y en el nombre del primogénito.

El último de esos «Emilios», la más joven, nunca ha hecho planes. Fue al colegio cuando tocaba y después al instituto, porque también tocaba, y al acabar Bachillerato, y como no tenía planes, no supo qué hacer. El «futuro» se le antojaba un ente, una masa incorpórea rodeada de neblina. Ni siquiera pensaba en un «puesto fijo», ya que esto le sonaba a persona mayor, a persona con muchos años cotizados y que estaba próxima a cobrar por jubilación. Por lo que el concepto, o idea, que hacía referencia a «asegurarte un trabajo» para ella implicaba que eras un adulto con hijos a tu cargo, más una hipoteca, y que por consiguiente no debías aceptar cualquier propuesta mal pagada que únicamente cubriese tus gastos, sino que debías buscar algo sólido que te permitiese dormir tranquilo.

Y ella no se veía en ninguno de esos grupos. Emilia, simplemente, vivía. Emilia respiraba, Emilia salía y entraba. Emilia no tenía prisa ni miedo a no cumplir objetivos. La realidad es que tampoco los tenía. Subía a su bicicleta, paseaba sin rumbo, ayudaba en el jardín y en la huerta situada en la parte trasera de casa, leía tebeos: le fascinaban los disfraces de Mortadelo, se maravillaba con la inocencia del botones Sacarino y disfrutaba sin medida con los sucesos, mil veces releídos, de *13, Rue del Percebe*.

Tampoco se veía entre el grupo de amigos del pueblo que habían elegido carrera universitaria o entre los que, sin interés por continuar estudios, habían buscado trabajo en lo primero que había

salido a su paso cuando les habían ofrecido un sueldo, medianamente decente, que les permitía costearse sus gastos, las copas del fin de semana y aportar algo en casa.

No sentía envidia por aquellos que habían tomado decisiones, no sentía tampoco remordimiento ni pesar, simplemente no sentía nada porque no sabía qué hacer. Aunque la realidad es que tampoco había dedicado tiempo a parar y pensarlo. ¿Era Emilia una vaga? ¿Una *desoficiada*? ¿Estaba perdiendo el tiempo? ¿Procrastinando? El caso es que procrastinar es una palabra que ningún miembro en su familia sabía lo que significaba, por lo que no se la podía acusar de esto. Era una *desoficiada* porque oficio no tenía, y lo de perder el tiempo… por fortuna su padre no creía en esa expresión, porque cada momento que vives, sientes, piensas, interactúas y generas algún sentimiento en los que te rodean, aprendes, al fin y al cabo. ¿Dónde está, por tanto, la pérdida de tiempo?

Conocía a su hija y sabía que cuando decidiera qué era lo que deseaba hacer lo manifestaría. Si todavía no lo había hecho era porque no estaba preparada para pronunciarse en ningún sentido. ¿Por qué agobiar? ¿Para qué exigir? ¿Por qué repetir de manera monocorde y a diario: «Haz, estudia, trabaja, lo que sea, pero muévete»? Emilio padre era paciente, su padre lo fue con él en su día, iba en su ADN de zapatero. Se requería tiempo para que las suelas pegasen de manera adecuada, se requería una buena vista para dar la puntada en el lugar correcto y que la piel quedase firmemente cosida.

Paciencia, comprensión. Estas eran las herramientas que Emilia tenía a su disposición y que usó en beneficio propio. Pasaba a diario por el taller de su padre; al principio solo charlaban, después entregaba o recogía algún encargo a domicilio, ayudaba en tareas sencillas… Nunca tuvo que preguntar nada, el día a día, cuando eres una observadora nata, es suficiente para aprender a hacer lo que otros antes que tú han hecho.

El abuelo Emilio tuvo que aprender a la fuerza porque eran muchas las botas que remendar en el frente, durante la Guerra Civil. Su padre, la segunda generación de zapateros, aprendió obligado cuando el hambre acechaba y debía aportar un sueldo en casa.

Emilia lo tuvo fácil, ya tenía «genes de zapatero» muy arraigados, solo tuvo que usarlos, y lo que empezó como distracción acabó en la frase que anunció el día que por fin estaba preparada para hacerlo:

—Quiero estudiar para ser diseñadora de zapatos.

Sin hacer planes, sin tener objetivos, sin proyectar un futuro, sin sufrir por un porvenir incierto, un puesto fijo y un buen sueldo, Emilia encontró el modo en el que quería vivir.

Capítulo 3

(Hace tiempo, lejos del pueblo corriente)

—Estaremos juntos hasta que así lo decidamos, bien porque ambos lo queramos o porque uno de los dos ya no desee compartir esta situación.

La «situación» de la que Claudio hablaba no era para Amelia realmente una situación, era su vida en esos momentos. Compartir piso con el dueño de la asesoría en la que trabajaba había resultado en un principio una solución cómoda, pero sobre todo rápida. Claudio y ella habían congeniado desde el mismo día de su entrevista, ya que sus intereses eran comunes; su forma de ser, de pensar y de vivir la vida se aproximaban más de lo que estaban dispuestos a aceptar, y todo porque entre ellos, simplemente, se estaba forjando una amistad en la que no había indicios ni a la vista ni cabalgando desde el horizonte que les dijese que esa relación derivaría en algo más.

Pero derivó y, todavía pasado el tiempo, cuando Claudio y Amelia lo comentaban, se decían que no entendían cómo se habían dejado arrastrar por aquel instante de atracción sexual. No estaban bebidos, ni siquiera un poco achispados. Él llevaba meses en los que no dejaba de hablar de una chica del gimnasio que lo traía loco, y aunque Amelia no sentía nada especial por nadie, desde luego nada en Claudio le hacía querer desear algo físico con él. No se atraían, hay cosas que se ven, se palpan, se intuyen. Esas emociones y sensaciones que casi se tocan con las yemas de los dedos de la misma electricidad que dos personas pueden generar si se atraen… Esas se sienten en el aire que compartes cuando estáis juntos en la misma habitación.

Pero nada de todo esto les ocurría a ellos. En ningún momento de los muchos que compartían, tanto en el trabajo como en casa, Amelia había imaginado que los labios de Claudio pudieran posarse sobre los suyos. Nunca que le hubiera mirado a la cara nada en su

anatomía masculina había despertado interés sexual alguno; era un hombre, sí, y ella una mujer, pero ambos eran para el otro seres totalmente asexuados.

Por esa misma razón, aquella mañana de domingo en la que desayunaban juntos, y cuando tras una charla entretenida se dispusieron a recoger tazas y platos, nada les habría hecho intuir que, mientras el café acababa de digerirse en sus estómagos, junto a los deliciosos cruasanes que Claudio había comprado en la pastelería frente a su piso, algo más abajo de ese órgano encargado de la digestión, iba a tirar uno del otro para hacer que se acercasen en el único modo que, tras años de convivencia, no habían hecho.

Él la besó. Ella, sin sorpresa alguna, respondió, incluso replicó adelantándose cuando empezó a desabotonarle la camisa a Claudio y este no perdió el tiempo mientras le sacaba la camiseta a Amelia. Y así, desnudos desde el sector medio hasta el sector superior, se dejaron caer en el sofá, en el que tantas películas habían visto juntos. Ahora iban a presenciar un nuevo género de cine que nunca habían contemplado en pantalla plana: el erótico, ese que emite jadeos, gemidos, sonidos guturales inconexos, primarios, viscerales… Porque no había más, allí, sobre el cómodo sofá en el que practicaron un sexo suave, lento, uno que apetecía a sus cuerpos. Porque a veces el cuerpo manda y si es posible, y a nadie hieres, debes dejarlo que siga sus instintos, y eso hicieron estos dos compañeros de piso: compartir como siempre habían hecho. En este caso compartían un deseo que acababa de explotar y que no habían permitido esconder, tapar o silenciar.

¿Qué pasó tras el temido momento en que todo se aplaca, el deseo está satisfecho y quieres volver a la normalidad? Pues que esa normalidad no se había ido a ningún lugar y que siguieron adelante. Amelia quiso sentirse culpable. Claudio también, pero tras una tonta charla ambos admitieron que allí no había nada de lo que hablar y mucho menos algo por lo que sentirse culpables.

Sus vidas continuaron, trabajando, como siempre, en la misma oficina, y el enamoramiento que Claudio sentía por la chica del gimnasio, que lo traía de cabeza, permaneció intacto. Todo siguió igual salvo el cuerpo de Amelia, porque algo crecía en su interior y

no era amor por su compañero, era una nueva vida, un bebé del que tuvo la certeza al mes del rodaje de aquella ardiente película en el sofá de su piso compartido. Sí, porque al cuerpo hay que dejarlo mandar de vez en cuando, pero dándole una ayuda en modo protección.

No hubo drama tras su escena de sexo y no la hubo tras la noticia del embarazo, por eso admiraba a Claudio, por esa razón tenían tantas cosas en común. Venía un niño de camino, ¿lo deseaban? Estaba claro que no había sido buscado, pero de ahí a no desear que una vida pudiera llegar a tener un futuro y su propia historia… No, merecía una oportunidad y se la iban a dar. Claudio pensaba que podían seguir viviendo como hasta ese momento, allí había espacio para criar a un niño y estaba convencido de que, del mismo modo en que compartían metros, gastos y responsabilidades, compartirían cuidados y educación, justo hasta el día que ambos no lo quisieran así o uno de los dos deseara un cambio.

Iban a ser padres. No serían pareja. Por lo que entre ese trío, mamá/bebé/papá, había cabida para todos esos hombres o mujeres de mente tan abierta como ellos que fuesen lo suficientemente generosos y comprensivos para aceptar a Claudio o a Amelia como pareja sentimental, sin importar la mochila que ya aportaban de salida a la relación.

Y de nuevo ocurría, porque Amelia, pese a haberse dicho que nunca más lo haría, volvía a proyectar un futuro, a hacer planes… Venía un bebé de camino y era inevitable, la logística a organizar ya constituía todo un plan que llevar a cabo. Un plan que se truncó por completo cuando el corazón del bebé dejó de latir al cumplirse su séptimo mes de embarazo.

Un terrible y doloroso parto sin hijo al que acunar después.

Una triste y dura recuperación posparto.

Días de manos ansiosas por no poder llenarlas de una criatura a la que abrazar.

Noches de sueño imposible de conciliar porque ya no había bebé al que amamantar.

Una habitación de recién nacido desmontada y guardada en cajas de cartón.

Unos padres rotos.

Amelia consuelo de Claudio.

Claudio sostén de Amelia.

Un dolor infinito.

Un vacío enorme.

Un duelo que no parecía acabar nunca y una decisión que poner en práctica.

Amelia abandonó el cobijo y el cariño que el apoyo y la comprensión de Claudio llenaban cada rincón del piso compartido. Era hora de volar de nuevo, no sabía hacia dónde, pero había que extender las alas.

Capítulo 4

—*Guanton.*

—*Wonton*, sopa de *wonton* —le repetía Mei a Maruja mientras ponían la mesa.

—¿Y usted, Maruja? ¿Qué nos ha preparado? —Amelia, hambrienta tras toda la mañana atendiendo en el bazar, se lavaba las manos en la pila del patio donde iban a comer.

—Potaje de garbanzos, con espinacas.

Yun repitió el nombre del plato que su casera había preparado.

—Hija, tu hermana y tú no tenéis problema alguno para decir el nombre de las comidas que preparo. En cambio, yo… —se lamentaba Maruja.

—Solo coma y disfrute —le sugirió Yun.

—Me gusta saber lo que como, así os lo puedo pedir en otra ocasión si me apetece repetir plato —se quejaba la anciana, acomodándose en el lugar de la mesa que siempre ocupaba cuando se reunían todas las habitantes de la casa.

—Usted haga foto de comida con móvil y luego solo enseñe… Este, este… —Mei reía con su propia idea.

—No tengo móvil de esos modernos, pero las fotos las podéis hacer vosotras —sugirió Maruja.

—¡¡Sí!! —Aplaudía feliz Yun—. Y luego hacemos libro: menú chino, menú de Maruja y menú de postres.

Las cuatro mujeres se echaron a reír, no solo por la idea sugerida por Yun, también por la espontaneidad y el desparpajo del que siempre hacía gala aquella menuda mujer. De las dos hermanas, Yun, de cuarenta años, era la más joven, la más bromista y más atrevida de las dos, así lo ponía de manifiesto con su pelo, una media melena lisa que siempre andaba tiñendo de variados colores. Mei, en cambio, era discreta, tanto a la hora de expresarse como en su aspecto. Lucía el pelo corto en su natural y brillante color negro,

era reflexiva y pensaba mucho más a la hora de hablar o compartir cualquier opinión.

—Pocas fotos voy a añadir yo en la parte que me toca, porque, como no me dejáis innovar, hoy de nuevo mi postre es arroz con leche —se lamentó, medio en broma, Amelia.

—¡Oooh! —Suspiraron al mismo tiempo sus jefas, con ojos brillantes e ilusionados.

—Apetece saltar comida y pasar primero al postre —sugirió Mei, risueña, mientras los ojos se perdían en su rostro. Era una apasionada del arroz con leche y de las natillas con galleta.

A su hermana Yun la boca se le hacía agua con la leche frita y la crema catalana. Golpeaba suavemente con la cucharilla sobre la fina capa del azúcar tostado, pero incluso antes de que sonara el característico sonido, y como si ya fuese todo un ritual, todas callaban para mirarla, expectantes, mientras se inclinaba sobre el dulce; entonces anunciaba:

—Como Amelie con su *crème brûlée.*

Y todas, sin excepción, reían con la imitación de aquel inocente pasaje de una película de la que eran admiradoras.

El viernes era el día señalado en el calendario de esa enorme casa en la que sus habitantes habían decidido organizar el singular intercambio gastronómico. Las cuatro eran unas excelentes cocineras y a las cuatro les encantaba comer. Amelia nunca había disfrutado tanto alrededor de una mesa como en esos viernes desde que había llegado a vivir al pueblo.

No eran solo comidas, platos diferentes o ingredientes de lo más variado.

No eran únicamente carnes, pescados o condimentos desconocidos tanto por una como por otra parte.

No eran culturas y tradiciones tan alejadas unas de otras.

Eran cuatro vidas, cuatro historias, diferentes generaciones, multitud de vivencias, de opiniones, de modos de ver la vida, de sentimientos. Eran cuatro recorridos vitales. Y, sobre todo, era respeto y cariño máximo.

Amelia, una vez finalizada la comida, disfrutaba de la sombra que el patio de Maruja ofrecía, ese que acogía el pequeño huerto que

ella había diseñado y que cuidaba con tanto esmero y dedicación. Saboreaba su té y miraba, absorta, las tomateras, soñando con el dulce sabor del fruto en las ricas ensaladas que preparaba a diario. Recordó el día que llegó por primera vez y Maruja le mostró toda la casa: la habitación con terraza la enamoró de inmediato, pero se decidió a quedarse cuando bajaron al patio y Maruja le comentó que podía hacer uso de él siempre que lo deseara. Y esta oferta, para alguien acostumbrada a vivir, desde que recordaba, en un piso de menos de setenta metros cuadrados, sin duda era todo un lujo al que no iba a renunciar.

Al poco de instalarse le sugirió a Maruja aprovechar los poquitos metros de tierra sin cementar que el patio ofrecía. Con el beneplácito de la dueña, preparó la tierra, desbrozó de malas hierbas y con el mayor mimo que supo plantó tomates, pepinos, lechugas y todo lo que se le ocurrió hasta no dejar un hueco por sembrar. Si tenía que ser sincera consigo misma no esperaba que nada diera fruto, su conocimiento en cuidados de horticultura era cero, pero, por el contrario, sus ganas por ver brotar todo lo plantado eran máximas.

A veces, hasta se sentaba allí, a la sombra, simplemente para observar, como si se fuese a producir el milagro del cuento de *Las habichuelas mágicas* y todo fuese a crecer como la gigantesca planta: de la noche a la mañana. Era paciente, de eso andaba sobrada, no tenía ningún lugar al que ir, y ver sus esfuerzos recompensados la llenaba de una burbujeante excitación que solo provocaba en ella alegría y felicidad.

Con el pasar del tiempo había ido aprendiendo sobre siembra, épocas propicias para plantar, qué era mejor cultivar en ese pequeño espacio… Acercándose hasta las huertas cercanas al pueblo, había hecho, con toda la educación posible dado lo raro que sabía que les resultaba viniendo de una extraña, preguntas a los propietarios de dichos terrenos cuando los encontraba metidos en faena, sorprendiendo con su sola aparición para pedir ayuda y orientación sobre todo lo que no entendía acerca de los cuidados de unos escasos metros de tierra en un patio trasero. Amelia no podía más que sentirse satisfecha de lo conseguido.

Se incorporó para poner de nuevo agua a hervir, tenía tiempo de tomar otra taza de té hasta que llegasen las gemelas para su clase, pero nada más poner un pie en la cocina vislumbró, por la puerta entreabierta, la figura de Maruja agobiada sobre el sofá del salón y supo que algo ocurría.

—¿Se encuentra bien? —inquirió acuclillándose ante ella.

—La tensión… Me sentía extraña y me la he tomado… Mi pastilla. —La anciana se entrecortaba al hablar—. ¡Amelia, no encuentro mi medicación!

—Voy a la farmacia, diga cómo se llaman —la apremió.

Maruja balbuceaba el nombre del medicamento cuando ella ya salía corriendo por el pasillo y abandonaba la casa. La farmacia no quedaba lejos, a decir verdad nada quedaba lejos en ese pequeño pueblo, pero la urgencia hacía, en ese momento, que cualquier punto fuera de la casa donde vivía fuese una distancia considerable. Echó a correr y ya giraba la esquina para entrar en la calle principal cuando vislumbró una bicicleta apoyada en la fachada de la casa situada frente a ella. Sin pensarlo, cruzó la carretera y se montó en ella, para ir y regresar en un suspiro, ese que no le llegaba hasta los pulmones por el rápido, aunque torpe, pedaleo y por los nervios de la urgencia.

A la vuelta, Amelia entraba en tromba en casa de Maruja para tenderle la pastilla cuando esta la tranquilizó de inmediato: había encontrado el escurridizo blíster de la medicación entre los cojines del sofá y ya se estaba recuperando. El alivio fue inmediato para Amelia e intentó que su respiración volviese a la calma recostándose en el sillón.

Todavía no había cerrado los ojos cuando recordó la bici que había tomado prestada, entonces pegó un bote para salir a buscarla allí donde la había dejado tirada. Recogiéndola con cuidado, la levantó del suelo y pedaleó hasta el lugar en el que la había encontrado. Al doblar la esquina se percató de que una chica ocupaba el vacío de la bicicleta.

Una ola de vergüenza llenó su rostro cuando se paró frente a la figura femenina. Y esta, sin inmutarse, con un pie apoyado en la pared y los brazos cruzados sobre el pecho, la miró con atención.

—No la he robado —confesó Amelia con timidez, sin atreverse a mirarla a la cara.

—Ya —dijo la chica por todo comentario.

—Solo la he tomado prestada —anunció ofreciéndole el manillar para que su dueña la sujetase.

—¿Haces esto muy a menudo? —preguntó con voz tranquila.

Elevó la mirada para enfrentar el rostro de la mujer.

—¡No! ¡Claro que no! Pero ha surgido una urgencia, una amiga necesitaba medicación, y yo pues he pensado que iría más rápida pedaleando hasta la farmacia.

—Solo tenías que decirlo —sugirió la desconocida.

—¿Y a quién? ¡No había nadie aquí! —Amelia se molestó de manera airada como si estuviese en posición de hacerlo después de su gesto al sustraer la bici.

—Yo venía por esta misma acera caminando. —La chica señaló con el índice mientras hablaba.

—Las prisas, disculpa, no te he visto. Tampoco me has dicho nada… ¡No sé qué habrás pensado de mí! —Se agobió sin saber cómo disculparse o como mínimo sonar creíble con las explicaciones que estaba ofreciendo.

—He pensado que volverías —dijo la chica con convencimiento.

—¿Y si no lo hubiera hecho? —la desafió Amelia.

—Esto no es muy grande, alguien habría reconocido mi bicicleta, me habrían avisado y yo habría ido a buscarla —concluyó con la misma tranquilidad de la que hacía gala desde que ella había llegado.

—¿Y después? —Amelia, embelesada con el rostro tranquilo y afable que tenía frente a ella, se sentía como si estuviese escuchando un relato del que necesitaba seguir oyendo datos.

Esa chica no había separado sus ojos de los de Amelia en ningún momento, y Amelia, como hipnotizada, no separaba sus pupilas marrones de esa carita de muñeca que tenía frente a ella.

—¿Después? Después habría sujetado mi bici, me habría subido a ella y pedaleando me habría perdido al final de cualquier calle para entrar en otra y luego en otra hasta regresar cómodamente hasta mi casa.

—Pero entonces —insistía Amelia—, cuando yo hubiera salido a recoger la bici, pensaría que la habían robado y ya nunca podría devolvértela.

—Si no me la devuelves de inmediato es que no tienes intención de hacerlo —sentenció la dueña del vehículo por el que mantenían la charla.

—Si no la devuelvo de inmediato quizá se deba a que la sigo necesitando para más urgencias —comentó Amelia alargando la conversación.

—Solo tendrías que decirlo, y yo te la prestaría con gusto. —La muchacha la miró entrecerrando los ojos con descaro.

—Nada podría pedirte, no te conozco.

Amelia dejó caer el comentario con toda la intención, estaba deseando saber más de aquella extraña que, sin entender por qué, estaba poniendo todo su cuerpo en alerta.

—Emilia —se presentó mientras posaba la mano derecha a la altura del pecho e inclinaba, a medias, la cabeza, separándose de la pared donde había estado apoyada.

—Amelia.

—Sé quién eres —afirmó la chica, añadiendo una bonita sonrisa pintada del rojo más sensual y llamativo que nunca hubiese visto, al menos no antes de esa ocasión y de que su boca la turbase.

—¡Vaya! ¿Y eso? —se sorprendió Amelia, intentando ocultar una sonrisa de satisfacción.

—Eres nueva en el pueblo.

—¡No soy nueva! —dijo molesta, ya que eran muchos los vecinos que le hacían ese comentario de manera continua—. Llevo viviendo aquí dos años ya.

—Sigues siendo nueva, no eres de aquí. —Emilia, en cambio, no ocultaba su sonrisa mientras hablaba al verla defenderse con tanto ímpetu.

—¡Qué territorial! —dijo con malicia.

—No soy territorial, soy objetiva, realista: no eres de aquí, ¿verdad? —Amelia negó con la cabeza—. No lo serás aunque vivas en este pueblo hasta el día que exhales el último aliento, aunque escribas odas y rimas dedicadas a su patrona, la virgen del Rosario,

y pintes el campanario de la iglesia como monotema obsesivo de tu obra artística. Aunque le concedan a una calle tu nombre, aunque el alcalde de turno te proclame como hija predilecta…

Iba a hablar, pero Emilia no se lo permitió; alzando la mano para cortar sus palabras continuó con lo que deseaba decir:

—Pero tendrás el respeto y el cariño de todos los vecinos, y consideraremos que eres del pueblo si es aquí donde eliges vivir porque es aquí donde te sientes a gusto y feliz. ¿Es aquí donde quieres vivir, Amelia?

Su nombre, en boca de esa mujer, tenía una peculiaridad, se acababa de percatar con agrado. Ella siempre había pensado que era un nombre normal, más bien soso, anticuado, nada interesante o que llamase en algo la atención. Ahora, al escucharlo de esos labios que nunca lo habían pronunciado, le pareció bonito, sonaba diferente, dulce, incluso había mirado la boca de Emilia al decirlo esta y creyó ver cómo su lengua se enredaba y desenredaba en la eme y la ele.

—Disculpa, ¿qué decías? —Fue consciente de que Emilia le había hecho una pregunta, pero no sabía cuál.

—Te preguntaba si es aquí donde has decidido vivir.

Amelia se encogió de hombros con desgana y al mismo tiempo que hacía ese gesto no pudo evitar que su rostro mostrase cierta tristeza.

—Hace tiempo que no decido nada de manera categórica, simplemente escogí instalarme aquí porque un amigo es del pueblo de al lado.

—No lo entiendo —dijo Emilia con el desconcierto pintado en el rostro.

—Él siempre me estaba hablando de su pueblo, de la gente, de sus fiestas, de sus comidas y dulces típicos, de sus tradiciones, de las chicas que habían sido conquistas suyas, de sus costumbres… ¡Era un pesado, vaya! —Sonrió recordando a Claudio—. Un día que no callaba con las alabanzas de su tierra natal, le dije que, nada más por fastidiarlo, si algún día me mudaba sería justo al pueblo de al lado del suyo, o sea, este.

Ambas sonrieron a la vez. Amelia acababa de percatarse de lo mucho que estaba hablando con alguien que era totalmente desconocido para ella.

—A día de hoy estoy a gusto —confesó Amelia—, pero nadie sabe lo que puede ocurrir, por tanto, no sé si es aquí donde me quedaré.

—De acuerdo, pues mientras sigas aquí estaré encantada de volver a verte.

Por unos segundos ninguna parecía tener más que decirse.

Unos segundos más y ambas parecían querer volver a hablar de nuevo.

Y unos breves segundos después, pasó junto a ellas una moto con su ensordecedor petardeo que parecía indicarles el punto final de su encuentro.

Emilia ya se marchaba pedaleando cuando una duda asaltó a Amelia haciéndole sentir algo de zozobra, entonces le gritó:

—En dos años nunca nos hemos cruzado, ¿por qué habría de ser diferente a partir de ahora?

Una extraña sensación se había apoderado de ella al ver a Emilia alejarse, ¿era miedo eso que estaba sintiendo y mordía en su corazón? No llegaba a entender muy bien por qué debía sentir inquietud de no volver a ver a esa chica, una que, tenía que reconocerlo, tanto la había impresionado.

El frenazo de la delgada cubierta del neumático se escuchó nítido por la desierta calle. Emilia giró el rostro para deslumbrarla nuevamente con sus labios rojos y habló:

—¿Quién dice que no nos hemos cruzado, Amelia? Lo hemos hecho, infinidad de veces, pero tú no me conocías. Ahora, al menos, viviré a la espera de que, como ya sabes quién soy, quizá me saludes al reconocerme por la calle.

A Amelia, aquella respuesta le sonó a esperanza.

Capítulo 5

(Hace tiempo, lejos del corriente pueblo)

—¡Amelia, no te vayas! —El grito desesperado retumbó por toda la calle.

La persona que gritaba era su madre. La calle en la que su voz reverberaba era la paralela a uno de los hospitales más importantes de la ciudad. La desesperación se debía a que esa mujer había sido sorprendida en brazos de un hombre mientras este la devoraba a besos. Y Amelia era llamada porque se alejaba del lugar abochornada, porque esos besos no salían de la boca de su padre y todavía marido de su madre.

Esperanza era ágil, era rápida, y por encima de todo el deseo por alcanzar a su hija, antes de que se perdiese al final de la calle, era lo que más la impelía a ir tras ella.

—Hija, deja que te explique —le pidió cuando al fin detuvo su carrera.

—¡No! No vas a explicarme nada, vas a dejarme en paz porque necesito tranquilizarme y mostrarme serena para que, dentro de media hora, cuando mi padre, y marido tuyo, acabe su enésima sesión de quimioterapia, un tratamiento que lo deja al borde de la extenuación, yo pueda estar ahí, para él, con mi mejor sonrisa y ánimo para ser su sostén.

—Y yo voy a estar ahí, con él, contigo, con vosotros. Sois mi familia, no voy a dejaros hasta…

—Hasta que papá muera, ¿es eso? —la cortó Amelia, implacable.

—Sabes que no le queda mucho. —Esperanza bajó el tono de voz.

—¡Y eso es un alivio para ti y para el hombretón que te comía la boca! —La furia al recordar el momento de sorprender a su madre volvía de nuevo a ella.

—Las cosas no son como tú piensas —intentaba defenderse Esperanza.

—Las cosas son como yo las he visto hace un momento en ese coche mientras tu marido agoniza en este edificio. —Señaló con el índice hacia la mole de hormigón que se vislumbraba frente a ellas.

—Lo siento, deja que te explique —pedía Esperanza, derrotada.

—¡Que no me expliques nada! —siseó indignada acercándose a su cara para no llamar la atención de quienes pasaban junto a ellas en la acera—. Cállate y deja que hable yo —le exigió presa de la indignación—. Yo no te he visto, tú no estás con nadie y vas a hacer a mi padre feliz hasta el día que su cuerpo se agote definitivamente. —Tomó aire para continuar—: Entre tú y yo nada ha pasado y seguiremos como siempre, ¡¡finge!! Finge conmigo como has hecho con él, porque si mi padre nos ve mal y llega a preguntar ni una sola vez qué es lo que nos ocurre, y eso le genera malestar o tristeza, te juro que soy capaz de cualquier cosa.

Y así fue. Amelia fingió. Su madre incluso mejor que ella. Eran una piña ante su padre y no dejaron de comportarse como siempre habían hecho. En cambio, se sentía destrozada, no solo su padre se apagaba, su madre estaba con otro hombre y ella se devanaba la cabeza al pensar en qué momento había ocurrido. Nunca había detectado que la relación entre el matrimonio estuviese en horas bajas, siempre los vio enamorados, a su madre se la veía radiante y feliz, la pareja compartía todo lo que les ocurría en el día a día. Para Amelia su madre era su paño de lágrimas, confiaba en ella ante cualquier duda o problema, compartían aficiones, iban juntas al gimnasio y lloraban abrazadas cuando su padre no podía escucharlas, siendo consuelo una de otra, por el hombre que pronto no estaría entre sus vidas.

Amelia no entendía nada y se vio invadida por la sensación de no conocer a su madre de un día para otro. Pensó que compartía vida con una extraña y ese pensamiento le generaba una ansiedad y un estrés horribles. Se sentía triste, desolada, no quería usar la palabra «abandonada» para definirse, porque no era una niña, pero así era exactamente como se sentía.

El día que enterró a su padre fue el último que le dirigió la palabra a su madre, y fue, simplemente, para decirle adiós antes de salir por la puerta con la mayoría de sus pertenencias. Ya había hablado con

Claudio, su jefe en la asesoría, este le permitía quedarse en su casa por el tiempo que necesitase.

Ni se molestó en decirle a Esperanza a dónde iba, estaba demasiado dolida, demasiado resentida. El rencor la cegaba, no tenía nada que perdonarle ni disculparle. Pensaba firmemente que ella no era quién para disculparla, ¡que lo hiciera su padre si eso era posible al saber lo ocurrido desde donde quiera que estuviese! Pero como aquello era más bien improbable, ya todo le daba igual. Que su madre cargase a solas con sus actos.

Pese a que la ciudad no era muy grande, no volvieron a verse hasta cuatro años después; saber dónde podía encontrarse con su madre la hacía evitar muchos lugares, tiendas o cualquier espacio de la predilección de su progenitora. Amelia, frente al escaparate de una tienda de artículos para bebé, resoplaba por el calor y el peso de su séptimo mes de embarazo. Discutía con Claudio acerca de las prestaciones del cochecito que a ella le gustaba y el que, por el contrario, no le gustaba a él.

—Amelia…

Sin girarse, reconoció su voz. Y su imagen, reflejada en el escaparate, le dijo que no había error posible.

—Enhorabuena, hija. —Extendió la mano y Amelia adivinó de inmediato las ganas que tenía de posar los dedos sobre su abultado vientre.

La mirada fulminante que le lanzó a Esperanza la hizo desistir de inmediato. Después, posó los ojos sobre Claudio, estaba claro que esperaba ser presentada, pero Amelia no iba a darle la satisfacción, ni tampoco ningún tipo de información.

—Necesito hablar contigo —parecía suplicar su madre—, después podemos continuar como hasta ahora, si así lo deseas.

Amelia la miraba con fijeza. La vio más pálida, más delgada, vio sufrimiento en el rostro de su madre, y casi iba a no dirigirle la palabra, para seguir avenida abajo, cuando sus sentimientos, por años silenciados, la impulsaron a hablar:

—Desearía no haber visto lo que vi, desearía mantenerte en el pedestal en el que te tenía aupada mi padre, desearía permanecer en la ignorancia en la que él falleció.

Un suave carraspeo sonó tras ella.

—Hace un calor terrible, ¿qué tal si tomáis algo fresquito en esa cafetería de ahí enfrente en vez de estar aquí paradas? —sugirió Claudio, que, tomándola por el brazo, ya casi la conducía hacia el local que había nombrado, haciéndole un leve gesto de cabeza a la madre de Amelia invitándola a seguirlos.

Cuando quiso darse cuenta de lo que ocurría, ya estaba cómodamente sentada en el interior de la refrigerada cafetería. Sintió alivio de inmediato con el cambio de temperatura, una que se había visto aumentada no solo por el ambiente bochornoso de una primavera que más parecía verano, también por la sorpresa y lo vergonzoso que para ella era el reencuentro.

Claudio, solícito, les había acercado las bebidas desde la barra y discretamente había desaparecido rumbo a la calle. Amelia quiso ser cruel y obligarle a quedarse para que su madre pasara el mal trago de contar lo que quisiera delante de un extraño. Quería hacerle daño, quería hacerla sufrir, avergonzarla si ya no lo había hecho en su día.

—¿De cuánto estás?

—Siete meses —le contestó con sequedad.

—¿Él es el padre?

—Sí —confirmó.

—Es tu…

—Mi compañero de piso —cortó, como si de un hachazo se tratase, las especulaciones de su madre—. Ni mi marido, ni mi novio, ni mi pareja. Sí, mamá, no pongas esa cara, se ve que lo de hacer las cosas mal va en los genes.

—No iba a decirte nada. —Esperanza acababa de sonrojarse por el reproche—. ¿Eres feliz? —le preguntó con mirada ilusionada ante la respuesta que su hija fuese a darle.

—¿Se puede ser totalmente feliz con la situación que tú generaste? —Amelia no rebajaba el tono cortante de sus respuestas —. Pues soy todo lo feliz que puedo si lo olvido y me centro en vivir lo que me está ocurriendo. ¿Tú eres feliz? —preguntó desdeñosa.

—No, no lo soy. Porque nunca pensé que te enterarías de ese modo. Lucas y yo nos conocemos desde hace muchos años, los

mismos en los que dejé de estar enamorada de tu padre porque pasé a darme cuenta de que solo nos unía cariño y respeto.

Amelia, cruzada de brazos como si intentase protegerse, la miró con altivez.

—Ya, y ahora me dirás que seguiste al lado de mi padre por mí y para darme una familia estable y no hacerme sufrir por crecer en un hogar desestructurado, ¡¡venga, mamá, no me hagas sentir culpable encima!!

—No lo voy a decir, porque no sería cierto. Me podía la vergüenza y el qué dirán. Me podía la indignación de tu abuela, ya sabes cómo era, cómo pensaba y cuáles eran sus creencias: «Un matrimonio es para siempre, hay que aguantar todo…». Me moría pensando en las caras de tus tías, las hermanas de tu padre que nunca me han respetado, la de tu otra abuela, esa suegra tiesa y estirada que nunca me ha querido. Y, sobre todas las cosas, me imaginaba a tu padre, en el pueblo, soportando en silencio, y con esa exquisita educación que siempre le ha caracterizado, rumores y cotilleos. Así que aguanté y aguanté, me negué a tener nada con Lucas por muchos años, más de los que nunca creí que aguantaría. Yo quería a tu padre y no deseaba hacerle sufrir, antes prefería hacerlo yo.

Escuchaba mirando hacia el fondo de la cafetería, no soportaba mantenerle la mirada a su madre mientras le hablaba.

—¡Hija! —llamó Esperanza para atraer su atención—, lo que viste aquel día no fue un arrebato de pasión en un coche con un extraño, no era un rato de diversión con un amante casual, era un beso desesperado entre dos adultos muy conscientes de que su amor no era posible.

A Amelia se le atropellaban las palabras deseosas por abandonar su boca para lanzárselas a la mujer que con tanto fervor se defendía.

—Vuestro amor sí era posible, solo debías dar un paso adelante, ser valiente y dar la cara ante papá, pero preferiste ser una cobarde.

—Sí, no necesito que me lo recuerdes. —Esperanza bajó la cabeza y su mirada se perdió entre la espuma de su café.

Experimentó un nuevo sentimiento, algo que surgía de su interior llenándola de desazón e incertidumbre desde la última vez que vio a

su madre, el día que enterraron a su padre. La miró con fijeza, allí abatida, tanto que parecía que fuese a desplomarse de un momento a otro de la silla que ocupaba para dar contra el suelo. Se sintió mal, reconocía su dureza al dirigirse a Esperanza, pero no creía que esa mujer mereciera menos y tampoco supo hablarle de otro modo.

—¡Lo compartíamos todo, mamá! —se lanzó a decirle enrabietada —. Pudiste decírmelo, desde muchos años atrás. Me habría dolido por papá, pero te habría entendido, ¿o acaso me veías a mí también como a las tías y las abuelas? ¿Tan obtusa de pensamiento me ves? ¿Tan rancia soy?

—Nooo, claro que no —elevó la mirada con rapidez—, pero adorabas a tu padre, siempre os vi tan unidos que lo último que deseaba era herirte.

—Pero lo hiciste y de la peor forma posible por no confiar, por no dejarme opinar acerca de lo que estabas viviendo y sintiendo por ese hombre.

—¡Me aterraba perderte cuando al fin lo supieras! —lloraba Esperanza.

—¡Me perdiste de igual modo, mamá! —lloraba también Amelia.

Y continuaron llorando en silencio durante unos minutos. Enjugándose las lágrimas. De manera discreta la madre, sin miramiento alguno la hija, pasando sin cesar la palma de la mano por sus ojos ya enrojecidos e hinchados.

—Pero dime que no te he perdido para siempre, ¡por favor, hija! Me gustaría estar en tu vida… y en la de tu bebé. —Estiró la mano sobre la mesa, entre las bebidas, como si quisiera agarrar entre sus temblorosos dedos los huidizos de su hija.

Y esta, que ya no sabía si las hormonas estaban haciendo mella en su firme decisión de mantener alejada a su madre o tal vez era que necesitaba el apoyo de quien tan querida había sido para ella, le permitió estar en su vida cuando la de su bebé se apagó.

Capítulo 6

El cielo se había cubierto, pintando cada calle por la que pasaba con los apagados tonos de gris que tan poco le gustaban, pero que, en ese mediodía antes de estrenar el mes de mayo y su adelantado calor, sin duda se agradecía el que no se vislumbrasen los rayos de sol. Acababa de cerrar el bazar y se encaminaba hacia la casa de Maruja. Su estómago rugió puntual como un reloj, y sonrió sintiéndose totalmente afortunada, porque al regreso del trabajo y a diferencia de otros mortales, solo debía llegar y sentarse a la mesa para compartir la comida que tan gustosa preparaba su casera para las dos.

Se podía decir que prácticamente no hacía uso de la cocina que compartía en el primer piso con Yun y Mei, porque Maruja, tiempo atrás, se había lamentado de que nunca hubiera sabido cocinar para una sola persona, por lo que siempre le sobraba comida por más cuidado que pusiera en las medidas y cantidades, y que, bueno, compartir ese ratito juntas era de agradecer. Y Amelia no dijo que no a la invitación implícita que la mujer le hizo en su día. Se sentía cuidada, se sentía parte de aquella casa y de la vida de Maruja, puesto que ella le había hecho un hueco en su mesa, en sus menús diarios y en todas las confidencias que con tanto cariño compartía con su inquilina.

Se disponía a cruzar la calle cuando vio que Emilia salía de la panadería. Ya se habían encontrado en varias ocasiones desde el «hurto» de la bicicleta. Coincidiendo en algún cruce, a lo lejos mientras una entraba o salía de algún comercio… Entonces se habían observado con detenimiento unos breves pero acalorados segundos, una había alzado tímidamente la mano, la otra había repetido el gesto al presentarse: mano en el pecho, a la altura del corazón, y breve inclinación de cabeza. Su corazón había galopado con trote airoso y rítmico al observar ese gesto dedicado a ella, y un «qué bonito, pero qué bonito» no había dejado de repetirse en bucle

en su cabeza, aturullada por ese inesperado pero agradable encuentro, uno que la había llevado en volandas de regreso hasta la habitación que alquilaba en casa de Maruja. Y allí, recreándose en ese momento, creía que no había tenido necesidad de comer o cenar o de ingerir nada, porque estaba retroalimentándose de ese recuerdo con sabor a tarta de manzana y olor a caramelo. Su sabor favorito y el olor que la calmaba cuando el pesar acudía hasta ella en forma de malos recuerdos.

Imprimiendo más velocidad a sus pasos, cruzó la calle con rapidez y se plantó ante ella justo cuando Emilia ya se subía a su bicicleta.

—¡Hola! —le dijo con el aliento entrecortado.

—¡Hola, Amelia! —La sonrisa de esa chica, al ver quién estaba ante ella, podía haber hecho que se abriesen las nubes y dejasen pasar el sol.

Emilia caminó unos pasos haciendo rodar su bici.

—¿De vuelta a casa de Maruja?

—¿Sabes dónde vivo? —se sorprendió Amelia.

—Aquí hay pocas cosas que no se sepan.

—Imagino que también sabes dónde trabajo. —De antemano sabía lo que esa mujer le iba a contestar.

—Sí, en el bazar de Yun y Mei.

Siguieron caminando, al tiempo que se lanzaban cuidadosas miradas de reojo.

—Nunca te he visto entrar a comprar nada. —Sin querer, el comentario había salido de su boca como un reproche, no olvidaba que Emilia, antes de presentarse, ya la recordaba y que, en cambio, ella nunca se había fijado en esa chica.

—Será que no hemos coincidido en la tienda.

—Sí, es posible —dijo Amelia mirándola con atención intentando descifrar su respuesta, deseando averiguar por qué si la conocía desde su llegada al pueblo no había tenido interés en presentarse.

Se fijó en Emilia al tiempo que trataba de no apartar demasiado tiempo la mirada de la acera por donde caminaba para evitar tropezar. No la conocía, pero parecía nerviosa, como si se supiese estudiada, pero procurando que no se trasluciera en su gesto nada de lo que en realidad estaba pensando, «o eso o está incómoda

conmigo al lado», se dijo con algo de tristeza Amelia, deduciendo que tal vez ahí radicaba la respuesta que estaba buscando y el porqué a que no la hubiera querido conocer antes.

El padre de uno de sus alumnos se cruzó con ellas de frente y la detuvo para preguntar por los progresos de su hijo, y ella, con toda la educación y la paciencia que era capaz en esos momentos, al verse interrumpida en su encuentro con Emilia, explicó, muy por encima, los avances que su pupilo estaba haciendo. Cuando acabó de hablar y al fin pudo despedirse, se fijó en que Emilia se había adelantado unos pasos para dejarles espacio y poder así hablar.

—Es el padre de Antonio, un alumno —informó a pesar de que Emilia nada había preguntado—, imagino que sabes que imparto clases de corte y confección —dijo como si tal cosa.

Las alegres carcajadas de Emilia le hicieron detener los pasos para mirarla llena de diversión.

—Los hijos de una prima de mi padre están muy contentos con tus clases de matemáticas. —Emilia rebatió su comentario.

—Vaya, ¡así que también sabes a qué me dedico por las tardes, por lo que veo! Y yo intentando colártela. —Procuraba mostrar enfado con escaso éxito.

—Me temo que en ese sentido no hay modo de ocultar nada.

—Bueno, al menos me quedo tranquila sabiendo que los hijos de esa prima hablan bien de mí.

—Sí, Esteban y Miguel al parecer no tienen quejas —le confirmó.

Rememoró el rostro de esos hermanos, ambos alumnos de su grupo de universitarios del fin de semana. Abstraída en sus pensamientos, cuando regresó a la acera por la que caminaba se dio cuenta de que ya estaban ante la puerta de Maruja. Fue el momento de mirarse con atención para descubrir, en el rostro de Emilia, una mueca de pesar.

—Hemos llegado —le dijo forzando una sonrisa.

—Sí, no ha sido muy largo este paseo. —Amelia no ocultó su malestar por la brevedad del encuentro.

—Podemos seguir paseando si es eso lo que te apetece —sugirió Emilia ahora con otro gesto muy diferente y los ojos brillantes.

Amelia parpadeó ante lo que ofrecía, sin saber si iba en serio o era una broma.

—Pero si ya he llegado a casa —recalcó lo evidente señalando con la mano hacia la fachada que tenían enfrente.

—Pues regresemos sobre nuestros pasos —dijo Emilia convencida.

—¿Por qué haríamos algo así? —Seguía sin vislumbrar los visos de broma de la propuesta, pero le parecía totalmente irreal que la sugerencia fuese en serio.

—¿Y por qué no hacerlo, Amelia, si lo que te apetece es seguir en la compañía de otra persona? —inquirió con dulzura, y pudo detectar la suavidad de su tono no solo entre las palabras que encerraban ese interrogante, también en su gesto, en la pose de su cuerpo—. ¿Sabes? Existe una leyenda que…

Sorprendida, la cortó de inmediato:

—¡¿En este pueblo también existen leyendas?!

—En este pueblo hay de todo. —Parecía estar avisándola Emilia de una inevitable realidad.

—¿Y de qué va esa leyenda?

—De dos amigas que salieron juntas y se les hizo muy tarde para regresar cada una por su lado siendo ya de madrugada, hasta que una decidió acompañar a la otra, pero al llegar hasta la casa, la dueña de esta decidió que no estaba bien que su amiga se fuese sola y decidió acompañarla ella a su vez. Y así vuelta y vuelta continuaron de por vida.

Incrédula con lo que acababa de escuchar, no sabía si reír o sentirse molesta por lo que pensaba que era una tomadura de pelo. Emilia, por su parte, giró la bicicleta para apuntar en la dirección en la que habían venido y la invitó, con la mano, a regresar sobre sus pasos. Y sin desechar la oferta, echó a andar nuevamente.

—¿Pretendes hacer como esas dos amigas de la leyenda? —quiso saber.

—Lo que me pidas, Amelia.

—De acuerdo —concedió, alagada por el tono en el que había sonado su frase—. ¿A qué te dedicas? —Se sentía en inferioridad, puesto que nada sabía de esa mujer.

—Tengo un taller, diseño y también arreglo calzado y otros complementos, como bolsos o cinturones.

—Nunca he estado en tu taller.

—No, no has estado, porque me habría dado cuenta en caso contrario.

A Amelia, de nuevo, le sonó entristecida con su respuesta. Y de nuevo y como si estuviese predispuesto en el orden de ese día gris en el que por fin volvía a coincidir con esa chica, el padre de otro alumno les salía al encuentro. Por lo que tocaba ser educada y complaciente, aunque en esta ocasión algo menos, ya que le podía la impaciencia por continuar el paseo, o como quiera que se llamase a lo que ella y Emilia estaban haciendo, de la manera más tonta, por las calles del pueblo que volvían a atravesar.

—Es como pasear con alguien famoso, te paran a cada paso —le dijo entre sonrisas Emilia cuando se despidió al fin del padre de su alumno.

—Es agradable este tipo de contactos cuando los padres están realmente interesados en el aprendizaje de sus hijos y valoran tu trabajo.

—Por la forma en la que lo dices no parece que siempre haya sido así.

El recuerdo de sus años impartiendo clases en el instituto la hizo entristecer, podía haberse lanzado a hablar de esa época, pero no deseaba agobiar.

—No, no siempre. No cuando no hay respeto ni en los alumnos ni en padres que tampoco ven necesario que sus hijos deban tenerlo hacia el profesor, porque creen que están en su derecho de exigir todo y en cambio no creen que deban dar nada a cambio. —Amelia se encogió de hombros dibujando en sus labios una amarga sonrisa —. Me alegra saber que se habla bien de mí y de mi labor, y si tanto sabes de mí, espero que cuando se me critique, y llegue hasta tus atentos oídos, me pongas sobre aviso para que mi ego no crezca de manera desmesurada y crea que todo lo hago bien.

—Oh, no creo que ese día llegue, todos aquí tienen buenas palabras para la chica de las luces.

—¿Así se me conoce aquí? ¿Por las luces que instalé en la terraza de Maruja? ¿O es por «mis luces», entendida como la inteligencia que tengo? —inquirió con malicia.

Emilia se echó a reír.

—Pues nunca me había parado a pensar si en ese comentario que circula desde que llegaste hay malicia y doble sentido encerrado. —La miró pensativa, como si realmente albergase dudas de lo que se iba diciendo al respecto.

Volvían a encontrarse frente a la casa de Maruja y al percatarse se echaron a reír al mismo tiempo.

—¿Otra vuelta? —sugirió Emilia entrecerrando los ojos divertida.

—Sería buena idea, sí, pero es la hora de comer.

—Yo no tengo hambre —dijo Emilia con una rapidez que sirvió para que fijase en ella la mirada.

—Y yo creo que tampoco —confesó, recordando lo llena y satisfecha que se había sentido en todas las ocasiones en las que se habían vuelto a encontrar y Emilia le había regalado su precioso saludo—. El paseo ha sido muy agradable.

—¿Un buen sustituto de la comida? —inquirió Emilia.

—Sin duda, sí —le aseguró sonriendo para que entendiese, o al menos leyese entre líneas, lo que estaba pensando—, pero Maruja me está esperando.

—Entonces, no la hagas esperar.

Y Amelia solo tuvo ganas de sujetarla por el brazo para no dejarla ir, forzándola, con ese gesto, a quedarse a pasear de nuevo con ella, para, de ese modo, llevándola bien sujeta, obligarla a hablar, a contarle y a contestar a todas sus preguntas curiosas para saber más de ella y así poder entender por qué en ocasiones la descubría triste, dando respuestas con pesar.

Emilia ya se marchaba cuando no pudo evitar llamarla:

—¡¡Emilia!!

La observó frenar y poner un pie en el suelo, volvía a regalarle su sonrisa roja y completamente perfecta, una que no se cansaba de brindarle y de la que Amelia intuía que nunca se cansaría de recibir. Era ese un tipo de regalo que recibía a manos llenas, con ganas, con ilusión, por lo bonito y desinteresado que le parecía el gesto, un

detalle como todos los que para ella representaban los que daban sin parar Maruja, Yun y Mei en la convivencia del día a día. Se sintió afortunada por todo lo que recogía, allí, mirando a Emilia, a esa desconocida que esperaba unas palabras de su boca.

—Dime. —Parecía deshecha, mendigando un ratito más con su llamada.

—A mí no me importaría —le dijo Amelia.

Pero Emilia, que no entendía sus palabras, frunció el ceño.

—¿El qué?

—Que fuésemos esas amigas que no dejan de acompañarse de manera infinita.

Y en ese preciso instante, Amelia lo vio, lo notó y lo sintió. En el cuerpo que tenía frente a ella y en el suyo propio: ambas querían acercarse, las dos dieron un paso en dirección a la otra, aunque lo detuvieron sin saber muy bien por qué. Y también pudo detectar la frustración que flotó entre ellas, como si de carga eléctrica se tratase, por no poder ir al encuentro de sus cuerpos.

Le pareció escuchar un «joder» de protesta en tono casi imperceptible, pero casi, porque claramente llegó hasta los oídos de Amelia. Emilia parecía enfadada, pero cambió el gesto, se llevó la mano al pecho e inclinó la cabeza; después, de manera precipitada, subió a su bici y se alejó como si todo el gris del mediodía fuese a caerle encima para aplastarla.

Capítulo 7

Emilia tenía treinta años y había pasado justo la mitad de su vida sin su madre.

Emilio padre tenía diez años cuando su propia madre también se marchó, pero no como la de Emilia, por enfermedad, sino por el arrebato y la locura de un amor que lo arrasó todo como una ola:

Arrasó con la vida de Emilio abuelo, dejándolo sin esposa.

Arrasó con su hijo, que no entendía que una madre, abnegada y amorosa, de un día para otro hiciera mutis por el foro enfebrecida con los encantos de aquel vendedor ambulante de productos de perfumería: alto, morenazo, de rizos engominados, de labia sugerente y mirada provocadora.

A los únicos a los que dejó en pie la ola arrebatadora fue a los vecinos del pueblo, que no se hartaron de comentar el suceso: «La mujer del zapatero lo ha abandonado por otro». La frase no dejó de recorrer el pueblo como si de un mal viento se tratase, haciendo ondear hasta la ropa en los tendederos de las terrazas y patios. Secándola rapidito, claro está, porque el chisme era de los gordos.

El abuelo Emilio siguió donde estaba, en su taller, en su casa de la huerta, con sus asuntos. Que tenía un hijo que sacar adelante y si iba a ser sin ayuda pues sería así, pero no iba a esconderse ni a avergonzarse; nada malo había hecho. Tampoco iba a sentarse a lamentarse y a lamer sus heridas. Porque, tras la conmoción inicial, al comprobar que la ropa de su mujer había desaparecido del armario y que ni una carta aclaratoria merecía por su parte, pensó que, definitivamente, estaba mejor solo que atado en un matrimonio en el que su mujer se pasase la vida penando porque nunca pudo satisfacer la necesidad de volar y aventurarse con aquel extraño. Emilio abuelo no quería migajas de amor, ni un matrimonio al que solo unía la costumbre, tampoco quería a alguien a su lado que pensase que se había conformado con él.

Eso sí, lo sentía por su niño, pero nada le iba a faltar. Por no faltarle no le faltó ni el cariño y los cuidados de otras mujeres, porque su padre tuvo varias relaciones, que no solo daban amor al hombre, también llenaron de cuidados al hijo y este, aunque nunca las llegó a sentir como una madre, sí las respetaba porque eso mismo le dieron las dos mujeres que convivieron con su padre. Incluso con los años pasados, y ya nacida Emilia, ambas mujeres le pidieron conocer a la niña y la trataban como a una nieta.

Y cuando alguien se atrevía a indagar en aquellas relaciones tras el abandono de la legítima esposa, Emilio abuelo cortaba con un seco: «La Pepa está conmigo». Con todo lo que el verbo «estar» implicaba o la gente pudiera imaginar que implicaba. Sus hermanas le recriminaban su comportamiento y no dejaban de decirle que esas relaciones eran un escándalo.

—Mejor, que en este pueblo nunca pasa nada, así andan todos entretenidos, ¿en época de los romanos no era «pan y circo» lo que se le daba a la gente de a pie? Pues yo aquí doy zapatos y circo, ¡y que lo disfruten! Y yo también, por muchos años —zanjaba Emilio el debate.

De la mujer huida nunca más se supo, aunque, por supuesto, no dejaron de llegar comentarios y noticias de todo tipo, traídas y llevadas por la boca de muchos: que si la habían visto en el pueblo vecino, que si el amante perfumado le duró nada y menos, que estaba mal de la cabeza por el mal de amores, que emigró a Francia, que se casó y tuvo un porrón de hijos, que había prosperado y andaba todo el día emperifollada y muy bien enjoyada… Emilio abuelo levantaba la mano y, de manera indolente, agitaba la cabeza quitándole importancia a lo narrado, pasando a otra cosa, que era mucho lo que atender: el taller, el chiquillo, la huerta, los animales…

Así que había allí no solo una saga de «Emilios», también de zapateros y de hombres a los que, por un motivo u otro, los abandonaba su mujer.

Emilia reía cuando su abuelo, con su habitual pragmatismo ante cualquier situación, le contaba su vida y ponía acento en eso del abandono femenino, y aunque intentó sonsacarlo con la historia de algún otro abandono ocurrido en el pasado de la familia, su abuelo

nunca soltaba prenda, quizá por no desbaratar esa que él llamaba tradición.

Con su padre reía menos, ya que la ausencia de su mujer todavía dolía, la terrible enfermedad la dejó exhausta, verla apagarse poco a poco fue un proceso doloroso, para el marido y para la hija. Su padre intentó que toda la lenta agonía le influyese lo menos posible y creía que en parte lo había conseguido, ya que Emilia se parecía más al abuelo que a él mismo y pensaba que eso ayudaría para sobrellevar cualquier situación mucho mejor que él.

Su padre no andaba muy desencaminado en dicha apreciación, aunque también era cierto que Emilia guardaba bajo llave todas las veces que sus emociones habían querido salir a pasear, a chillar y a desesperarse de puro dolor. Pero no deseaba provocar más pena en su padre, solo buscaba dar apoyo y creía que lo conseguía si él la veía recompuesta y sorteando las tristezas.

Pero las tristezas no siempre se sortean como si de olas a surfear se tratasen. En los años en los que salió a estudiar fuera del pueblo Emilia conoció a mucha gente, gente que en la mayoría de las ocasiones no le hicieron ningún bien, pero que la ayudaron a conocerse más, a la vez que conocía las decepciones que los demás eran capaces de regalar como si tal cosa. Siempre fue la misma niña, atenta a todo, con una capacidad para aprender sorprendente si realmente le interesaba lo que se abría ante sus ojos y llegaba a llenar sus oídos. Con lo que no era de su interés pasaba página y a lo siguiente. De tanto querer imitar el pragmatismo del abuelo parecía que ya lo había adquirido como una capa que la cubría, como si de una armadura se tratase, y como era lo que parecía, que nada le afectaba, pues esa apariencia daba libertad a algunos y también pie para pensar que a Emilia se le podía «dar caña», porque nunca iba a salir malherida, marcada, cicatrizada. Si la tratabas veías que no mostraba cicatriz alguna, al menos no de esas indelebles, de las que ya no se van.

Cuando empezó a abrirse al mundo, se dejó seducir por María, una pobre diabla; porque ni siquiera para diabla era buena candidata. Alguien que se acercó a ella de la manera más sutil haciendo que todo pareciese natural, mostrándose amable,

acogedora. Parecía encantada de haberla conocido y siempre andaba proponiendo planes; Emilia, sin apenas darse cuenta, se vio envuelta en la que parecía una bonita amistad. Con el tiempo la amistad derivó en relación íntima, aunque Emilia, que no entendía por qué, no acababa de sentirse del todo cómoda y creía que, para ella, el amor del que tanto presumía María no era recíproco.

Miraba su rostro, que no le inspiraba nada. Miraba sus manos, que no conseguían arrancar de ella un gemido por muy ahogado que fuera; directamente no era ahogado, ya estaba muerto y enterrado el gemido. Se recreaba en sus ojos, que le parecían dos puntos inexpresivos dibujados en una pared. Ni siquiera su cuerpo le atraía, más bien le provocaba indiferencia, pero era su primera relación, estaba algo perdida en los asuntos del amor y María se mostraba tan intensa en todo que temía herir a una persona tan buena y que daba todo a manos llenas. De manera que primero pensó que no estaba enamorada, mucho menos preparada para una relación, y por último sintió que definitivamente no aguantaba a esa persona. En el fondo veía en ella algo extraño, y una sensación desagradable se apoderaba de Emilia cuando estaban juntas, una sensación que no podía ubicar ni definir, pero que la hacía estar alerta.

A menudo, Emilia pensaba en su abuelo cuando miraba a María y de sobra sabía lo que le diría si le contase lo que estaba sintiendo por esa chica:

—Hasta con los ojos cerrados te daría un capón.

—Abuelo, con los ojos cerrados no acertarías nunca —lo desafiaba ella en sus pensamientos.

—Emilia, tu estupidez es tan grande que rebosaría la habitación, apuntando a cualquier punto te llevabas el capón seguro.

De manera que, intentando no herir y con todo el tacto que fue posible, le planteó a María cómo se sentía y dio por acabada la relación. Aunque la muchacha, angustiada y nerviosa, le pidió entre suplicas dramáticas que no la dejase, y ella, que no entendía esa exagerada y teatral escena, intentó sonsacarla y al final acabó por confesar: necesitaba de su ayuda e ideas para sacar adelante sus diseños y sin ella no sabía qué iba a hacer. Ahí estaba esa sensación que Emilia nunca supo cómo ubicar: María no era trigo limpio, no

había actuado con honestidad al acercarse a ella para iniciar una amistad.

—Solo tenías que decirlo, bastaba con pedir ayuda y consejo, y para eso no era necesario este paripé que hemos vivido —se lamentó por que esa chica no hubiese ido de frente.

—Sí, claro, lo que tú digas, ¡si ya nadie ayuda a nadie! —le dijo desairada, casi ofendida como si en algún momento Emilia de verdad le hubiese negado sus consejos o cualquier orientación respecto a las clases—. La gente nunca echa una mano solo porque sí, prestar ayuda a un compañero equivale a que el otro destaque más que tú.

Emilia cabeceó, molesta ante lo que escuchaba.

—En el tiempo que hemos estado juntas deberías haber estado más atenta para darte cuenta de algunas cosas, entre otras que no tenía orgasmos.

La cara de María se contrajo molesta. Sí, sus palabras eran un ataque innecesario, totalmente gratuito, pero Emilia, llegadas a ese punto, pensaba que la otra parte se lo merecía.

—También debiste darte cuenta de algo mucho más importante: que yo no era simplemente gente, no soy como los demás, soy Emilia, y ni siquiera has prestado atención a cómo soy o dejo de ser, porque te habría ayudado en los diseños con solo pedirlo.

No fue agradable seguir compartiendo aula con María, pero hizo como el abuelo hubiera hecho: ignorarla por completo.

Andresa fue su segunda relación y una gran lección de vida. Si te enamoras, que sea a lo grande, de quien más destaque, de la más bonita, de inteligencia aplastante y simpatía para regalar, de alguien que brille incluso sin abrir la boca, de la que todo el mundo hable y a quien todo el mundo admire. Parecía que esas eran las reglas a cumplir y Emilia las asimiló como si de una realidad se tratase, porque de ese modo fue su relación con esa deslumbrante chica.

Vistió sus pies, dibujó para ella docenas de zapatos, confeccionó todos los que el tiempo libre le permitía, disfrutaban a solas en sus encuentros íntimos y su vida social estaba llena de eventos. A Andresa, que estudiaba interpretación, le encantaba cantar y deseaba que la acompañase Emilia y que esta trajese su acordeón

para amenizar veladas. Enamorada, se sentía llena de la luz que irradiaba Andresa, y creía que ella proyectaba lo mismo en la otra parte de la pareja, se creía apreciada por su gran imaginación al diseñar, por las suaves melodías con las que alegraba todas las reuniones de los que consideraba amigos, aunque en realidad solo eran los de Andresa, como así quedó patente cuando todo entre ellas acabó y no volvieron a dirigirle la palabra como si algo malo hubiese hecho.

Sin más, un día, todo lo que Emilia hacía era molesto, incómodo o desagradable para Andresa. Nunca acertaba con la respuesta correcta y sus acciones siempre estaban llenas de defectos y quejas por dar. Y Emilia, que no entendía el cambio de actitud, primero fue paciente, después comprensiva, hasta que, por último, simplemente se dio cuenta de que ya no era bienvenida, ni en la vida de su pareja ni tampoco en la del grupo de amigos. Amigos que estaba claro que no lo eran ni nunca lo habían sido.

Pero, vaya, que bien estaba, no hacía falta herir ni hundir el dedo en la llaga, el mensaje estaba entendido. Aunque, al parecer, cuando cortas una relación, debes defender tu decisión, defenderte a ti mismo para aclarar el porqué de tu acto, ¿justificarte, tal vez, para que tu conciencia quede tranquila? Pues sería lo justo en toda relación que se acaba para no hacer de menos a la otra parte implicada, es decir, dar explicaciones. Pero no era necesario en este caso y ella nada preguntó, porque pensaba ser como el abuelo Emilio: seguir adelante porque había mucho que hacer y el que se sentase a lamerse las heridas no iba a hacer cambiar a una Andresa que ya venía dejando muy claro, y de manera muy desagradable desde semanas atrás, que ya no la quería en su vida. Parecía que el amor se le había acabado de golpe.

Tras una perorata incoherente, absurda e innecesaria, Andresa finalizó su monólogo diciéndole que:

—Tu vulgaridad me sobrecoge en ocasiones, Emilia.

Entonces nuestra diseñadora de calzado hizo un rápido repaso mental por las acepciones que de la palabra «vulgar» pudiese albergar un diccionario. Miren, lectores, ya que estamos metidos en faena, vamos a repasar el diccionario nosotros también:

«Vulgar: Impropio de personas cultas o educadas, chabacano, grosero, tosco, basto, inculto, maleducado, pedestre».

Jamás se hubiese considerado una persona maleducada, mucho menos grosera, máxime cuando muchas veces no hablaba por no ofender. También creía que su cultura general era más que aceptable. Y, a ver, ¿tosca? ¿Era ella alguien sin pulir? Y de ser así, ¿en qué aspecto en concreto tendrían que pulirla?

Si seguimos con las acepciones ya topamos con la última: «pedestre», que es relativo al pie. ¡Mira, a ella le venía bien!, puesto que era una experta conocedora en la anatomía del pie gracias a su profesión, pero, vaya, que no va por ahí la cosa, no. Y como Emilia no encontraba cuál de todas las acepciones era aplicable a ella, Andresa se lo hizo ver enseguida: era alguien corriente y que no destacaba en nada, llana, simple, o sea, pedestre.

Y el que Emilia en más de una ocasión le hubiese comentado que sus aspiraciones eran regresar al pueblo, no solo a vivir, sino también a trabajar en el taller que siempre había pertenecido a la familia, pues al parecer estas pretensiones, o ilusiones, fueron usadas como arma arrojadiza en la despedida. Porque, hay que ver, ¡qué vulgaridad seguir con el negocio de zapatero de tu padre! En cambio, si sigues los pasos como cirujana de tu madre o te gradúas como abogado al igual que tu padre y abuelo, o vas tras los logros de tus antepasados con una insigne carrera como notario o militar, eso no es vulgar ni de personas corrientes, eso es un orgullo, algo digno de mención y de todo tipo de elogios de cara a la sociedad.

Andresa, al ver el silencio en el que se había sumido Emilia al descargar contra ella, todavía siguió sumando insultos.

—¿Ves a lo que me refiero con lo de vulgar? No te inmutas por nada, como si te diese absolutamente igual lo que te digo. Otra persona, en tu lugar, andaría ofendida y se lanzaría a defenderse.

—Vaya, o sea, que además de menospreciarme y tratarme como si no existiese durante semanas, en lugar de venir de frente y decir que ya no me querías a tu lado, ahora resulta que por eso soy vulgar, no una persona que te apreciaba y que deseaba darte espacio con mis silencios porque no quería agobiar mientras te decidías a explicarme qué te ocurría. Y pese a que me interesé por

tu cambio de actitud y te he prestado mi apoyo y mi comprensión cuando te veía saturada con todo, tú, en cambio, decidiste atacarme y menospreciarme, pero resulta que la vulgar soy yo.

—Exactamente —dijo orgullosa Andresa.

—Pues te informo de que voy a seguir con mi vulgaridad silenciosa, porque si esperas una pelea, unos gritos y un armar jaleo de esos de enamorada despechada ya te puedes ir sentando y poner tu culo en cuarentena.

Con el pasar de los años Emilia se reafirmaba en llevar a cabo sus sueños, nadie iba a despreciar eso, ni siquiera iba a consentir que opinasen al respecto, y al que opinase, pues un sacudir de mano y un cabeceo indolente como el abuelo Emilio.

Capítulo 8

Amelia se sentía un poco fuera de lugar en la terraza de la casa de Sole, una que por otro lado no podía dejar de admirar. Cuando llegó al pueblo y empezó a vivir en casa de Maruja, lo primero que hizo fue decorar la barandilla de la terraza con guirnaldas de luces de colores, unas en tonos pastel, muy muy cálidos y suaves. Unos tonos muy alejados de los vivos y chillones típicos de Navidad. Le gustaba esa tenue luz que se filtraba por la ventana para reflejarla en el interior de su dormitorio cuando no encendía la lámpara de techo. Sabía que las guirnaldas habían despertado el interés de los vecinos de la dueña de la casa, ya que todo el mundo le andaba comentando la novedad a la anciana y a Amelia le hacía gracia que se interesasen por algo tan sencillo. Con el tiempo, su elemento decorativo de exterior había sido varias veces copiado, así había podido observarlo en algunas azoteas de la localidad, y una de ellas a sumarse a esa idea había sido la anfitriona de la fiesta a la que había sido invitada.

Se paseó con aire distraído por todo el enorme espacio, los farolillos de cálida luz que bordeaban la barandilla eran algo más grandes que los que ella había instalado. A esa iluminación se sumaban las titilantes velas repartidas por cada uno de los rincones y sobre las mesas, pintando la reunión, de ese modo, con un aire íntimo, recogido, casi apartado de todo. Propiciado por la exuberante vegetación que invadía cada metro de la azotea de Sole y que te llevaba a pensar que no te encontrabas en una terraza de pueblo, sino en otro lugar mucho más exótico y alejado.

Las buganvillas trepaban por la pared y sobre sus cabezas, los helechos crecían abundantes cerca de las barandillas, los ficus, en sus enormes maceteros, se repartían por todo el perímetro. Rozó con los dedos los pequeños pinos limoneros que desprendían su delicado olor cítrico. Todo allí era verde, apacible, ordenado. Tomó

aire despacio, pensando en disfrutar de la velada a la que había sido invitada; el entorno, al menos, lo merecía.

Vislumbró, entre toda esa selva de pueblo, a Verónica, la dueña de la tienda de ropa de segunda mano en la que solía comprar alguna que otra prenda cuando se animaba a darle un toque nuevo a su reducido vestuario. Charlaron de manera animada un instante, estaban en la fiesta por la misma razón: por ser nuevas en el pueblo, aunque llevasen años viviendo allí.

La fiesta no era un casual evento, tenía su fin y este no era otro que poner en contacto a algunos vecinos con todos los que, como ellas, habían llegado a vivir al pueblo en el mismo espacio de tiempo. Por lo que allí, Amelia pudo conocer un poco más a clientes del bazar que tan solo saludaban al entrar y se despedían al marcharse. También a otras personas con las que nunca, por trabajar fuera de la localidad, había coincidido.

Entre los nuevos habitantes también estaba un matrimonio de argentinos jubilados que llegaron hacía unos meses y que, aparcando su caravana a las afueras, acabaron por comprar un pequeño terreno en la huerta. En esos momentos estaban en ciernes de construir una casita.

Amelia, con una copa de vino blanco que se le calentaba entre las manos sin ganas por degustarla, prestaba atención a lo que Gustavo, uno de los policías municipales, le contaba acerca de la próxima carrera que el ayuntamiento había organizado con motivo del Día del Medio Ambiente.

Gustavo, de tez blanca y pelo más blanco todavía, y no por edad sino más bien por ser casi albino, relataba, ilusionado, las características de la cita deportiva. Se le veía tremendamente orgulloso de los eventos que su ayuntamiento organizaba para que esa pequeña localidad también fuese dinámica y atractiva en todos los sentidos.

—¿Te animas a correr por una buena causa? —preguntó el policía sin que ella llegase a escuchar siquiera su voz.

En el campo visual de Amelia había entrado otra persona, una muñequita delgada y de carita de porcelana, con pelo en total revuelo, llamada Emilia. En su rostro, sus finas cejas, casi de dibujo,

se elevaron hasta el cielo de esa noche primaveral, sus pestañas batieron como una delicada mariposa, y sus ojos, casi deslumbrados, la miraron con fijeza.

Emilia y su encantador gesto posando la mano a la altura del corazón volvieron a repetirse para ella en aquella azotea. Quiso recrearse en todo lo bonito que encerraba, pero la voz de Gustavo la sacó de su ensoñación cuando lo escuchó decir que iban a sentarse para cenar y le ofreció un lugar en la mesa junto a él. Y ella, que tan solo tenía ojos para los movimientos pausados y tranquilos de su Campanilla particular, comprobó con agrado que Emilia se sentaba en la silla de enfrente. Y aunque no intercambiaron palabra alguna mientras degustaban los diferentes platos que todos habían aportado para esa fiesta, las miradas volaron como pelotas de tenis por encima de vasos y botellas.

—Estos encuentros tienen unas normas, bueno, no me gusta llamarlas exactamente así, porque suena a algo rígido o formal, pero, vaya, sabéis que os he pedido unos platos cocinados por vosotros y también os voy a pedir que nos obsequiéis con alguna de vuestras habilidades. —Sole sonreía abiertamente a todos los allí reunidos.

—Mi mujer no se puede limitar a invitar a cenar y pasar un rato tranquilo —apuntó con malicia el marido de la anfitriona.

—Hay que darle un puntito interesante a estas reuniones, para que la gente desee venir —se defendía ella.

—Obligarlos a exponerse ante el resto a veces es contraproducente y te echas piedras sobre tu propio tejado.

—Marido, te recuerdo que esta azotea no tiene tejado —inquirió maliciosa Sole.

Todos rieron mientras Amelia observaba cómo Emilia se levantaba y se encaminaba hacia la pared opuesta, donde la vio extraer de un estuche negro un precioso acordeón brillante y rojo, como el color que pintaba sus labios.

—Ariel y Serafina nos van a deleitar bailando para nosotros un tango y Emilia ha sido tan amable de acarrear hasta aquí su acordeón para darle a esta noche un aire más argentino si cabe,

después de las deliciosas empanadillas que han aportado para la cena.

El matrimonio se situó en el espacio más despejado de la terraza. Emilia, en un rincón, más alejada, tomó asiento en una silla, se ajustó las correas del instrumento, toqueteó con suavidad sobre las teclas y mirando a la pareja de baile empezó a tocar. En cuanto la música envolvió a todos los allí congregados, los ojos de Emilia se cerraron, sus dedos volaron arrancando nota tras nota, unas que vestían un tango elegante ejecutado a la perfección por Serafina y Ariel. Bueno, a decir verdad, Amelia no sabía cuánto de perfectos eran esos pasos, pero a sus ojos de inexperta le parecieron movimientos coordinados, sensuales, nada improvisados y sí muchas veces repetidos y ensayados por el matrimonio.

Ariel era alto y corpulento. Lucía unos musculosos brazos que podían adivinarse bajo su blanca camisa cuando tensaba el cuerpo y se le ajustaba el tejido al sujetar a su pareja de baile. Serafina era tan alta como su marido, aunque delgada y con una flexibilidad envidiable, su negra melena danzaba al aire con sus movimientos. Al contemplarlos no sabías bien dónde posar la vista, si en sus cinturas al girarse al compás, en sus pies trazando pasos elegantes y medidos, o en la mirada que ambos tenían fija en el otro como si nadie más existiera en esa azotea.

La pareja parecía hablarse uno en brazos del otro y la música de Emilia era el idioma en el que solo ellos dos se estaban entendiendo. Y Amelia tuvo celos. Celos de los argentinos por su sincronía, y envidia de las teclas del acordeón por las caricias que los dedos de Emilia les estaban regalando, porque esos sutiles y diestros toques solo podían calificarse de regalo.

Cuando el entusiasta aplauso sonó al término de la canción, Emilia abrió los ojos para mirarla directamente a ella, parecía que en su mente la tenía ubicada y sabía dónde hallarla al volver a la realidad de la fiesta. Amelia no aplaudió, le fue imposible, porque, intentando tragar saliva, se recomponía del intenso momento que acababa de vivir, para, de inmediato, pasar a sonrojarse, avergonzada por no poder corresponder al maravilloso espectáculo ofrecido con su gesto

aplaudiendo; y lo último que deseaba era hacer pensar que no le había gustado.

Sin darle tiempo a que todo el rubor desapareciese de sus ardientes mejillas, observó cómo Verónica era invitada por la anfitriona para mostrar su habilidad contando chistes.

—Son horribles —se disculpaba entre sus alegres risas y las palabras de casi todos animándola a contarlos.

Y sí, realmente lo eran, pero gesticulaba con naturalidad, ponía poses, impostaba la voz y sus dotes teatrales eran buen acompañamiento a sus malos chistes. Sole aprovechó para servir el postre que aún no habían probado. Amelia había aportado una variedad de dulces elaborados con leche que todos alabaron. Y tras la actuación de Verónica era su turno. Mucho más nerviosa de lo que creía que se encontraba al llegar, se incorporó para situarse frente a una pizarra fijada en la pared que tenían frente a la mesa en la que todos degustaba sus natillas, el arroz con leche y el flan de café.

—Me alegro de que os gusten, pero creo que es poca cosa si lo comparamos con las habilidades que todos habéis demostrado esta noche, así que me gustaría añadirle al dulce una historia. —Extrajo una tiza blanca de la cajita que había clavada a la parte inferior del tablón negro—. ¿Puedo usar esta pizarra? —le preguntó a Sole.

—Claro, es de mi hija, le encanta jugar a que es profesora.

Amelia barrió con una sonrisa a todo aquel público expectante y se dirigió a ellos:

—Bien, pues allá va mi historia… Ya os he comentado que soy profesora de matemáticas, así que de eso trata este cuento que ahora vais a escuchar, de elementos matemáticos.

Carraspeó para aclararse la voz y comenzó:

—Andaban enamoradas una esfera y una pirámide —los ojos de Amelia volaron hasta los de Emilia—, la primera era tan redondita, educada y adorable…, aunque siempre estaba dándole vueltas a todo. La pirámide, en cambio, era un tanto pragmática, se había criado en el seno de una familia de pirámides convexas.

Conforme hablaba, dibujaba en la pizarra el elemento matemático al que hacía referencia.

—Nuestra pirámide nunca se salía por la tangente, era clara, y esto no hacía sino sumar puntos en el amor que la esfera sentía por ella. Nunca una discusión entre esta pareja restaba —Amelia anotó una sencilla resta cuyo resultado era un número por encima del resultado real—, y en esa ecuación que ambas formaban jamás hubo incógnita que despejar.

Amelia inspiró con suavidad animándose a seguir.

—Con el pasar del tiempo se empadronaron en el plano tridimensional y consiguieron echar raíces. —Anotó la raíz cuadrada de varios números resolviéndolas con rapidez y soltura entre las risas de los invitados—. Su vida era una sucesión de acontecimientos, como los de cualquier pareja, a veces positivos y ascendentes —escribió la serie numérica desde el 1 hasta el 6—, o negativos y descendentes. —Ahora anotó la serie numérica desde -1 hasta -6.

Continuó el original relato con la misma calidez con la que les explicaba a sus alumnos cualquier problema u operación:

—Hubo una ocasión en la que, por un absurdo malentendido, discutieron de forma acalorada. De manera que, llegados a ese punto, decidieron darse un respiro, e iniciaron así otras relaciones. Entonces probaron a agruparse con otros elementos formando las más diversas combinaciones, unas veces con repetición y otras sin ellas. —Amelia acababa de anotar la fórmula de combinaciones—. Sí, tenían una vida muy activa, como estaréis pensando algunos de vosotros, pero a pesar de ese ajetreo volvieron a reencontrarse en la intersección de la Calle Mayor con la Avenida de la Libertad.

Las risas regresaron a la terraza cuando trazó el dibujo marcando el punto exacto que había nombrado.

—Entonces se fueron a vivir cerca del colegio —dibujó una pequeña casita en el lugar que estaba nombrando—, en una calle paralela al ayuntamiento y perpendicular a la iglesia. Siempre fueron felices, aunque, según desde el ángulo que se las mirase, podría parecer lo contrario —Amelia dibujó tres ángulos: recto, agudo y obtuso—, pero debéis saber que su amor fue siempre el denominador común. —Dibujó una fracción cuyo denominador era

un corazón y su numerador el número dos—. Y para rematar la historia deciros que consiguieron establecer un sólido teorema.

Cerró su cuento anotando el teorema de la suma de los catetos. Apenas dejaba la tiza en el cajetín dispuesto para tal fin cuando las risas y los aplausos resonaban agradeciendo su historia. Devolvió a todos el gesto con una radiante sonrisa, satisfecha por que una inocente y simple historia hubiera sido de su agrado, a todos menos a una persona: Emilia no aplaudía. La observó en el proceso de llevarse la copa de licor que sujetaba para acercarla hasta sus labios y apurarla de un trago.

—¿Tiene título esta historia? —preguntó Gustavo, divertido, mientras alzaba la mano como si en realidad estuviesen en clase para resolver una duda.

—*Al final, todo encaja* —le dijo Amelia regalándole a su vez una sonrisa.

Capítulo 9

Amelia esperaba tras una esquina, justo en la última calle, a la salida del pueblo. Esa mañana, y preguntando de manera discreta, había averiguado que Emilia vivía a las afueras, en plena huerta. Sentía una curiosidad terrible por esa chica y no sabía cómo saciarla sin quedar demasiado en evidencia, por tanto, había concluido que lo que debía era hacer pesquisas por su cuenta.

Sonrió como una boba pensando en esa palabra, «pesquisas», una que nunca había usado en ninguna conversación habitual, pero que ahora había llegado hasta su mente. Dada la hora que era, Emilia no se demoraría mucho en cerrar el taller, y si se encaminaba hacia su casa no tardaría en hacer acto de presencia. Los cálculos de Amelia fueron acertados: en unos minutos tenía a esa chica pedaleando ante ella. Guardando una distancia prudencial, la siguió. Durante un breve espacio de tiempo avanzaron por la carretera principal que comunicaba el pueblo con la localidad vecina, pero poco después se internó por un camino de tierra.

Mientras la miraba pedalear no pudo reprimir un estremecimiento, uno que subía desde donde tenía posados los pies para pedalear, en la bicicleta prestada por Maruja, para arremolinarse en su estómago. Era un cosquilleo de placer al contemplar la espalda de Emilia embutida en la camiseta, blanca, radiante y de manga corta, la misma que ya le había visto en varias ocasiones desde que la conocía, combinada con un pantalón vaquero negro, estrecho, ajustado a sus piernas. Al parecer le gustaba ese atuendo y a ella no le desagradaba.

La velada en la terraza de Sole se repetía en bucle en su mente. Al principio se había sentido cohibida, tan solo conocía a los invitados de vista; después, al descubrir a Emilia, una sonrisa se había dibujado en su boca, pero hacia dentro, ¿es eso posible? Al parecer sí, y también al parecer ese dibujo lo había realizado en tinta permanente porque no pudo borrar su sonrisa en toda la noche.

Estallaba de felicidad, pero para dentro, repito. Ni una sola vez Emilia llegó a ver esa curva en sus labios, al menos no dirigida a ella, aunque para Amelia fueron muchas las ocasiones en las que quiso regalársela. Y es que, a decir verdad, en tantos momentos tuvo oportunidad de hacerle ese generoso obsequio… El mejor instante, cuando ejecutó la estremecida melodía del tango en su acordeón. Durante todo el tiempo, a Emilia, que se mantuvo con los ojos cerrados, se la veía una con su instrumento, una sintonía que Amelia sabía que nadie llegaría a conseguir nunca con esa mujer. Y cuando al fin abrió los párpados y Amelia fue consciente de que sus pupilas ya la estaban enfocando sin necesidad de buscarla entre los invitados, Emilia le regaló la sonrisa más increíble que nadie le había dedicado antes. Y ella, tiesa como un palo de fregona, fría como ese hielo que se acumula en los congeladores antiguos y que ya no sacas ni queriendo, e impertérrita, en apariencia, a los evidentes encantos que la dulce Campanilla ofrecía mientras acariciaba las teclas para regalarles un precioso instante en esa terraza, continuó sin pestañear ni sonreír.

Y permaneció tiesa, como ese palo que os decía, porque temía que con algún movimiento por su parte esa chica descubriera cuánto de vulnerable era a sus encantos. Se mostró fría como el hielo, porque así se quedó: congelada, inmóvil, como el líquido que se sale de su recipiente y se queda adherido a la pared del congelador antes mencionado. La sangre no parecía correr por sus venas, el atractivo de Emilia era embrujador y la había paralizado por completo. Podían haber enviado unos transportistas para llevarla a casa de Maruja y el traslado se hubiera realizado sujetando su cuerpo en bloque.

Amelia trajo sus pensamientos de regreso al sinuoso y polvoriento camino. Vislumbró una casa y entonces pensó que ya habían llegado a destino, pero no fue así, ya que, después de sobrepasarla, llegaron algunas viviendas más, rodeadas de jardines y árboles, unas más viejas que otras, algunas de moderna construcción.

Emilia no se detenía ante ninguna y se internó en otro camino, uno en el que no distinguió casa alguna, ni a la vista ni a lo lejos. Pedaleaba tranquila, con una parsimonia tan alarmante que Amelia,

por momentos, pensaba que ella misma caería de la bici dada la mínima velocidad que imprimía a las dos ruedas.

De repente, la perseguida frenó de golpe y ella, por la inercia que llevaba la bici, siguió avanzando y la sobrepasó. Justo en ese momento sus miradas se cruzaron y se sintió ridícula en valores exponenciales, por seguir con los elementos matemáticos.

—¿Me estás siguiendo? —la escuchó gritar a su espalda.

—¡¡Claro que no!! —se indignó Amelia sin mucho empeño, frenando y girándose a mirarla.

—De acuerdo, ¿y puedo saber dónde vas?

—A dar un paseo —le contestó convencida.

—Pues te informo de que la última casa que hemos pasado, hace ya unos buenos minutos, era la mía y que hasta el próximo pueblo no encontrarás vida humana.

—Sin problemas —le dijo agitando con desidia la mano.

—Pues hasta la vista, Amelia.

—Adiós, Emilia.

Y allá que fue, pedaleando camino adelante, desoyendo las indicaciones que le acababa de dar, fingiendo que estaba allí como por la más pura casualidad. No avanzó ni diez metros cuando giró la bicicleta y comenzó a darle al pedal como si fuese el esprint de la última etapa del Tour de Francia y de su gesta dependiera el premio a ganar.

—¡¡¡Espera!!! —gritó hacia el aire, aunque ya no había rastro humano en el camino—. ¡¡Emilia!! —aulló sin dejar de avanzar.

Tras unos árboles, en el siguiente recodo, la esperaba mientras la bici descansaba apoyada en su cadera.

—¿Pensabas dejarme sola por estos parajes? —le increpó, molesta y frenando frente a Emilia.

«Parajes» era otra palabra que tampoco había usado nunca.

—¿Acaso me has ofrecido una invitación para hacerte compañía durante ese paseo tuyo? —inquirió Emilia con malicia.

—Está bien, de acuerdo… ¡Sí, te perseguía! —confesó poniendo los ojos en blanco.

—¿Por qué? —se sorprendió Emilia—. ¿Tengo que asustarme?

—Solamente quería ver dónde vives —confesó azorada, desviando la mirada.

—No era necesario, de haberlo preguntado te lo habría dicho.

—No me servía, quería verlo con mis propios ojos —dijo muy digna cruzándose de brazos.

La cara de Emilia, ante esas contestaciones, no podía describirse: divertida, curiosa, expectante, incrédula, asombrada, asustada…

—¿Para qué?

—Para ver qué ofreces —dijo la profesora con medida tranquilidad, afianzando mucho más ese rígido cruce de brazos.

—¿Y eso? —Emilia preguntaba con tiento, perdida como estaba ante las contestaciones que se le estaban ofreciendo.

—Quiero saber si me convienes.

La risa de Emilia casi desbordaba ya por las comisuras de sus labios, pero aguantó el tipo.

—Está bien, pues adelante —dijo señalando hacia el camino polvoriento con la mano—, tú primera.

En silencio, emprendieron el camino de vuelta. Cuando al fin Emilia se detuvo lo hizo ante una antigua casa, típica de las que abundaban en esa zona de huerta, no se veía descuidada y menos lo parecía la vegetación que la rodeaba. Paradas frente a la verja que circundaba la propiedad, Amelia, con enormes ojos curiosos, enumeraba:

—Naranjos, perales, manzanos, un ciruelo, tienes nísperos, ¡varios nogales!… Y ese precioso y enorme pino bajo el que detenerse unos minutos mientras cierras los ojos y escuchas el murmullo del viento entre las ramas. Ese instante es tan intenso, tan grande que te sobrecoge, te traslada hacia arriba enredándote con el viento, flotando en él, haciendo que te olvides de tu cuerpo, de que pisas tierra firme…

Amelia, con los ojos cerrados, parecía estar viviendo en realidad el momento que describía. Y Emilia, embobada, la miraba con satisfacción, orgullosa de que su pino hiciese sentir así a otra persona.

—También tengo una enorme parra —informó Emilia sacándola de su feliz trance—, en la parte de atrás.

—¡Oooh! —Suspiró emocionada al dibujarse en su mente el verde entramado y toda la sombra que podía llegar a proporcionar—. ¿Y animales tienes?

—Un perro… Mira, aquí está. —Saludó a un alegre terrier que ya le lamía la mano—. Este es Duque.

Amelia se inclinó para rascarle el suave pelaje del lomo.

—También tengo gallinas, dos caballos y…

—¡Una vaca! —El mugido cercano la hizo estallar de alegría olvidándose de las caricias que el perro estaba deseando seguir recibiendo de su mano.

—Y una vaca, sí. —La dueña de la finca estaba prendada de la emoción que estaba estallando de manera desbordante frente a ella.

—Necesitamos una vaca —dijo Amelia alborozada.

—¿Necesitamos? ¿Quiénes? —preguntó Emilia, confundida.

—Las chicas y yo, nos encantan los postres lácteos.

—Nada más que he visitado la casa de Maruja en una ocasión, pero creo recordar que su patio no es el lugar más indicado para que viva un animal de esa envergadura.

—Lo sé —dijo con aflicción, tanto de palabra como cuando sus hombros cayeron visiblemente.

—Pero puedes venir y ordeñarla —ofreció Emilia—. Ven y os presento —dijo entre risas.

Abrió la puerta situada en la reja y rodearon la casa; unos metros más allá pastaba un hermoso ejemplar de la raza bovina, blanco, de enormes manchas negras.

—¡Qué bonita es! —Amelia solo tenía ojos para la vaca.

—Se llama Jardinera.

—¡Hola, preciosa, soy Amelia y voy a venir a ordeñarte! —le gritó mientras se subía al cercado y hacía bocina con las manos.

Una enorme carcajada sonó a su lado y la confundió.

—Hablabas en serio, ¿no? —preguntó con el rostro alicaído—. ¿Puedo venir?

—Puedes venir, sí, y, bueno, ya ves todo lo que yo ofrezco. —Abrió los brazos para abarcar su propiedad—. Ahora me gustaría saber si tú me convienes a mí, creo que es lo justo, ¿no?

—Lo es —confirmó ella—. A ver, puedo hablarte de mí… Me gustan las matemáticas, la horticultura y la poesía.

—¡Qué ecléctica!

—Y a ti, Emilia, ¿qué te gusta? —se interesó, intentando desviar la mirada de esos ojos tan azules.

—A mí me gusta mi vida —dijo con total sencillez haciendo que con su respuesta Amelia se sintiese algo más fascinada por aquella bonita chica.

—¡Vaya! Debería haber contestado eso, es una respuesta maravillosa —se lamentó Amelia bajando la barbilla hasta posar los ojos en las puntas de sus zapatillas.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Bueno, tal vez porque cuando sepas lo que tengo en mi vida verás que no te convengo —contestó con algo de aflicción.

—Y dime, Amelia, ¿qué tienes? —Dando la espalda al cercado, se cruzó de brazos y la miró, no solo llena de interés en lo que esperaba que le contase, sino interesada en lo que únicamente tenía ante sus ojos, una mujer sorprendente y original como nunca antes había conocido.

—Nada, no tengo posesión alguna. —Elevó el rostro y se encogió de hombros—. Por no tener no tengo ni siquiera planes de futuro.

—Yo tampoco… hasta ahora, Amelia. —Sonaba sincera, con una voz tan sugerente como dulce. Y la mirada puesta en su cuerpo, todavía más sugerente y clarificadora, la hizo sonreír halagada.

—Entonces, ¿crees que te convengo, Emilia? —preguntó con la ilusión puesta en la contestación.

—Bueno, deja que me lo piense.

—¡Qué respuesta más fea! —Amelia se hizo la ofendida—. Yo no lo tengo que pensar, sé que sí me convienes —dijo airada.

—Obvio. —Emilia volvía a abrir los brazos para señalar todo lo que alcanzaba la vista.

—Pues no tan obvio, porque no he visto una cola de pretendientes a tu puerta, no hay por aquí un grupo de fans enfebrecidas y locas por ti y por desear mudarse a vivir a tu huerto.

—No las has visto porque tienen unas horas en concreto al día para venir, no deseo que molesten a mi padre. —Emilia señaló con

un suave movimiento de cabeza.

Entonces lo vio, un anciano cómodamente sentado bajo la parra, a escasos metros de donde ellas estaban y que, según todo indicaba, no se había perdido detalle de la cómica conversación.

—Dime que es sordo —le suplicó entre susurros al tiempo que elevaba una mano para saludar tímidamente al hombre.

—No, no es sordo, pero vas a tener suerte porque es muy parco en palabras y jamás te dirá lo que opina de nuestra charla.

Capítulo 10

Empujó, con muchos nervios y algo de indecisión, la puerta del taller de Emilia.

—Buenos días —saludó al penetrar en el luminoso espacio.

Emilia elevó los ojos del zapato que en ese momento tenía entre sus manos y la llenó de cabeza a pies con una enorme y roja sonrisa. Una señora, junto al mostrador, le devolvió el saludo. Amelia no esperaba encontrar a nadie allí, había estado esperando durante varios minutos en la acera de enfrente a que ningún cliente entrase, pero al parecer la mujer llevaba dentro bastante tiempo, por lo que ahora, sumamente cohibida, pensó que no tenía excusa que dar para encontrarse en ese establecimiento si nada tenía que recoger o entregar para reparar. Quiso salir conforme había entrado aduciendo que había olvidado los zapatos, y Emilia, que percibió su tribulación, acudió en su rescate:

—Ya tengo tus zapatos listos, acabo y te muestro cómo han quedado, ¿puedes esperar unos minutos?

La clienta, a la que conocía de vista por ser asidua de la tienda de Mei y Yun, esperaba su respuesta sin dejar de recorrerla con los ojos. Ya había deducido, por anteriores encuentros, que nunca le agradaba su aspecto, o al menos eso dejaba traslucir en aquellos fríos y escrutadores ojos cada vez que la atendía con sus impertinentes preguntas acerca de cualquier objeto que el bazar ofertaba. Los amplios vestidos que solía usar, talla *oversize*, en los más variados estampados, al parecer herían las pupilas de esa *enlacada* y encorsetada señora. Era muy elegante, eso no se le podía negar, pero también muy desagradable, al menos eso era lo que decía su rostro; también lo que destilaban sus miradas. Así como lo que ofrecían sus palabras secas y las preguntas cortantes que solía hacer. Y al parecer, el que Amelia continuamente la obsequiara con una sonrisa la sacaba bastante de quicio. Pensaba que la mujer, siempre con la escopeta cargada, esperaba de un

momento a otro una contestación cortante de parte de Amelia, pero esta, que nada tenía contra la señora, se limitaba a ser educada, ya que de poco se conocían como para ofenderse con sus reconocimientos visuales y su palabrerío hosco.

—¿Hoy no estás en la tienda? —le soltó la señora en su habitual tono desabrido.

—Por las tardes abren Yun y Mei —contestó con educación, añadiendo un gesto agradable a sus palabras.

—Entonces, las tardes se te harán eternas sin hacer nada.

Emilia, que encolaba una suela, había detenido su movimiento para mirar a la clienta y a Amelia alternativamente.

—¡Uy, mis tardes son lo mejor!

Amelia rebuscó en la enorme bolsa de tela que siempre usaba para llevar sus efectos personales y extrajo una tarjeta que le entregó a la mujer. Esta, sorprendida, se echó un tanto hacia atrás, como si en lugar de con papel la estuviese apuntando con un arma.

—Es mi tarjeta, por si conoce a alguien que necesite clases de apoyo y refuerzo, soy licenciada en Matemáticas.

Emilia se mordió los labios para no soltar una carcajada y la ofendida mujer recogió el trozo de cartulina de las manos de una sonriente profesora.

—No sabía nada —dijo como si eso fuese una disculpa a sus impertinentes palabras.

—No se preocupe, no tenía por qué saberlo, por eso le doy la tarjeta, nunca sabemos dónde podemos encontrar un futuro alumno.

Tras un tenso e incómodo cruce de miradas, la clienta optó por desaparecer.

—Emilia, me avisas cuando acabes, si te parece, porque no puedo esperar más y tengo mucho que hacer.

—Claro, Eugenia, no se preocupe, mañana los tendrá listos.

La elegante y peripuesta Eugenia salió por la puerta como la mejor y más grande de las reinas, sumiendo todo el espacio en un tranquilo y casi reparador silencio.

—No puedo lanzarle los zapatos a la cabeza como sería mi gusto… —empezó a decir Emilia—, es una de mis mejores clientas, se

compra zapatos todas las semanas, entenderás que nada más en tapas nuevas aquí se deja un buen dinero.

Amelia sonrió agitando la cabeza.

—No hay por qué hacerse enemigos mientras se pueden torear.

—Lo de tu tarjeta ha sido un golpe maestro —le recordó satisfecha Emilia.

—En una buena manera de cerrar bocas a todos los que no saben de qué me alimento.

—Podrías alimentarte muy bien contando historias de elementos matemáticos —apuntó Emilia con cariño.

—No aplaudiste mi cuento, no creas que no lo vi —le recriminó la profesora, aunque fingiendo un malestar que para nada sentía.

—Y tú no aplaudiste mi música —saltó la acordeonista, arrugando la boca simulando indignación.

Tras un intercambio caluroso de miradas, Amelia destensó los hombros e inspirando con lentitud respondió a aquel que, aunque entre bromas, no había sido más que reproche por ambas partes:

—Yo tengo excusa —se justificó—, ¿la tienes tú?

—Me ofende que lo preguntes —dijo Emilia, sonando con amargura.

Su rostro compungido no pasó desapercibido para Amelia, lo que le hizo sentir un pellizco en la boca del estómago al percibir tristeza en el delicado rostro que la miraba abatida. Lo peor fue comprobar que, aunque sin querer, esa tristeza la había provocado ella. Sin poder evitarlo, estiró la mano por encima del mostrador y se atrevió a pasar con delicadeza los dedos por la tensa mandíbula de Emilia. Se deleitó en la suavidad del cutis, en el calor que desprendía ese menudo cuerpo.

—Disculpa, no deseaba hacerte sentir mal.

Emilia, soltando lo que tenía entre los dedos, alzó la mano para sujetar la de Amelia, entonces cerró los ojos, invadida por una oleada de paz, de dulzura, de cosas buenas que tal vez estaba empezando a entender que solo podían venir de la mano de la profesora de matemáticas. Y Amelia, estremecida ante el contacto, solo pudo confesarse:

—Me quedé tan extasiada mirándote, mientras la música que tú arrancabas de las teclas del acordeón me envolvía, que creí salir de mi cuerpo. Estaba paralizada, congelada, estaba en otro lugar, y solo aterricé cuando abriste los ojos y tu mirada se enredó con la mía… Entonces te colaste dentro, Emilia. —Esta última frase fue casi un susurro que hizo estremecer a la diseñadora de zapatos.

Volvían a trabar sus miradas, como la noche de la fiesta, pero esta vez para comprobar que ambas estaban emocionadas y que ahora sus ojos brillaban llenos de limpias y felices lágrimas. Bajó la mano, desenlazándola de la de Emilia.

—¿Cuál es tu excusa para no aplaudir mi cuento, si al parecer te gustó? —preguntó bajando la vista hasta el mostrador, a la espera de una respuesta y porque estaba tan emocionada y vulnerable que no soportaba ni un segundo más los ojos de Emilia sobre ella, aquel resplandor y cegador azul era difícil de aguantar durante mucho tiempo.

La dueña del taller, con movimientos pausados, salió de detrás del mostrador.

—Ven por aquí, por favor —la invitó a encaminarse hacia la trastienda.

Una vez dentro, allí donde había varias estanterías de techo a suelo repletas de zapatos, de material para el trabajo, del fuerte olor a la cola que Emilia usaba para sus arreglos, una vez en ese espacio, Amelia iba a recibir la declaración más bonita que nunca le habían regalado:

—Nunca he sido persona de hacer planes, pero ahora me apetece hacerlos. Antes no me había sentado a imaginar un futuro, pero ahora quiero poner a alguien en él, pero no es una masa informe rodeada de neblina, es una masa corpórea, de rostro agradable y preciosas curvas que tiene nombre, el tuyo, Amelia —le confesó radiante—. Eso es lo que vi escuchándote al relatar la historia, lo que pude confirmar después de tiempo observándote desde que llegaste a este pueblo. Se me secó la boca porque había estado mirándote y escuchándote con los labios abiertos, sorprendidos, encantados, disfrutando lo que contabas, porque yo quería ser esa

pirámide para ti y que tú fueses mi esfera para crear juntas un sólido teorema.

Estiró los brazos para rodear a Amelia con las manos, atrapándola por la cintura, después olisqueó sobre el pelo y el cuello de la mujer que tenía entre los dedos y un gemido de frustración brotó de sus labios.

—Cuando al fin puedo olerte estamos aquí, donde este fuerte olor a cola lo llena todo —se lamentó dolida.

Una suave risa brotó de los labios de Amelia.

—Entonces, habrá que planear una cita lejos de tu taller.

—¿Para poder olerte? —susurró ansiosa sobre su cuello, allí donde latía nervioso el pulso de Amelia.

—Por ejemplo —sugirió esta.

—De acuerdo, pero para besarte no puedo esperar hasta esa cita. ¿Puedo besarte ahora, Amelia? —solicitó con ternura acercándose mucho más, tanto como para que su cálido aliento rozase sus labios.

—¿Tu boca también tiene esa cola con la que pegas los zapatos? —inquirió con malicia.

—¿Por qué lo dices? —Emilia se separó un tanto, con preocupación—. ¿Tengo la boca sucia?

—Para nada, tienes una boca limpia y preciosa —informó de la manera más sugerente—, pero me gustaría pegarme a ti del mismo modo en el que tú pegas las suelas, para no separarme jamás.

No hizo falta más invitación para que esas dos mujeres se abrazasen con los labios y dejasen a sus lenguas hablar por ellas.

Amelia había repartido y recibido besos en infinidad de ocasiones a lo largo de su vida. Había besado a chicas, también a chicos, y ninguna de las dos experiencias le había gustado, al menos no tanto como lo que estaba experimentado en ese instante. Ninguna persona la había sobrecogido del modo en el que la estaba haciendo sentir Emilia, porque sentía a esa chica no ya pegada a ella, sino como cuando sonó el tango: dentro de ella.

—Esto es serio, entonces —fue lo único capaz de decir Amelia cuando, tras largos segundos de arrebatado y ardiente beso, se separaron.

—Por mi parte, sí —declaró con las mejillas arreboladas, ofreciéndole la imagen más dulce que jamás había visto: su pelo rubio en total revuelo, su cara irradiando sonrojo de placer, las pupilas más azules que nunca antes, la respiración entrecortada haciendo subir y bajar su pecho.

Al verla así, tuvo la necesidad imperiosa de volver a pegarse a ella, pero decidió que iba a esperar.

—Entonces, no tengo más opción que presentarme ante tu padre y pedirle su consentimiento para iniciar unas relaciones formales contigo —dijo con gravedad, provocando la risa de la dueña del local.

—Es exactamente lo que en su día hicieron todos los Emilios de mi familia y te puedo asegurar que mi padre estará encantado.

Por suerte, nadie vino a interrumpirlas en esos momentos; así, pudo enseñarle el taller, hablarle de su pasión, el diseño, y mostrarle varios de los que tenía esbozados y otros que ya había llegado a confeccionar.

Ofrecía su creatividad a través de las redes sociales, por lo que recibía pedidos de los lugares más variados, no solo del país, sino de todo el mundo. Enseñándole el teléfono, hizo partícipe a aquella mujer, que se negaba a estar al día en cualquier sentido, de todo lo que ella era capaz de hacer desde ese pueblo y sin salir de su taller; era conocida en cualquier rincón y traspasaba fronteras con su creatividad vistiendo pies.

—¿Por qué no diseñas solamente? —quiso saber Amelia.

—Porque diseñar y reparar son tareas diferentes y ambas me llenan de modos distintos. Son dos facetas de mi profesión que me apasionan. Reparar calzado me genera paz, me llena de calma devolver la vida a unos zapatos, saber que su vida se alarga gracias a mis manos, verlos de nuevo en los pies de los clientes cuando ya los daban por desahuciados. Siempre se pueden encolar, teñir, darles lustre, poner tapas, correas o hebillas nuevas, o añadirles un detalle que los haga rejuvenecer.

Hablaba e ilustraba lo que decía gracias al trabajo que tenía pendiente sobre su mesa.

—En cambio —volvía a abrir su perfil en Instagram para mostrarle sus creaciones—, diseñar, crear desde la nada, es otro mundo, que me transmite emociones y sensaciones diferentes, y todas ellas se complementan en este que, para mí, es el oficio perfecto. ¿Qué hay más importante que tener zapatos cómodos para andar por la vida? —le preguntó a Amelia.

—Creo que nada —contestó esta, convencida.

—Pues así es cuando lo piensas si tus pies no son algo de lo que preocuparte en cada jornada, que son los que te llevan a todas partes. Bastante con tener un mal día como para que además tengas que regresar a casa con ampollas o rozaduras que te impidan dar un paso; eso ya no es un mal día, es, directamente, el infierno.

Sonrieron a la vez antes de que Emilia le tomase la mano para conducirla a la trastienda de nuevo, allí donde, en varias estanterías, lucían primorosamente ordenadas decenas de pares de sandalias, elevados tacones, zapatillas de deporte, botas, botines…

—Todo lo que ves aquí no ha sido recogido después de años esperando a sus dueños.

—¿En serio? —se asombró Amelia.

—Así es, damos de margen cinco años para recoger un encargo, pero, ya ves, hay clientes que se olvidan de volver, que murieron o que simplemente, por la razón que sea, nunca regresaron. Mi padre todavía los conservaba cuando yo me encargué del negocio, algunos los di a asociaciones, otros los recoge Vero para su tienda de segunda mano, me es imposible guardar todo. Estos siguen aquí de momento, de vez en cuando algún cliente paga el arreglo y se los lleva si le gustan.

—Hay algunos muy bonitos. —Rozó unas bailarinas de brillante charol rojo.

—Todos los de esta balda son de tu número, por si quieres llevarte alguno —le ofreció la dueña.

—¿Cómo sabes mi número?

—No sería buena en lo mío, Amelia —le guiñó un ojo con malicia —, y como soy muy buena, también puedo diseñarte unos zapatos, los que imagines o desees, por más imposible que te parezca, ¿qué dices?

—Que sí —respondió ilusionada.

—¿Nos sentamos y los diseñamos juntas? —Le ofreció una silla junto a la suya.

—¿Y qué te parece si me sorprendes?

—Me gusta la idea. —Emilia parecía aplaudir la sugerencia con su mirada chispeante.

—¿Cómo vas a empezar?

—Muchas veces depende de mi estado de ánimo, de la música que elijo para trabajar, a veces hasta de cómo está el tiempo —se echó a reír encogiéndose de hombros—, me influyen muchas situaciones, se ponen en marcha emociones, sensaciones. La descripción del cliente es de gran ayuda si tiene muy claro lo que desea en cuanto a colores, tipo de material… Algunas veces la idea es muy vaga y solamente te dice: «Quiero una sandalia divertida y cómoda» o «Busco un zapato de salón original». Otros solo desean algo muy parecido a otro modelo que ya han visto y que no encuentran en los canales de venta habituales; hacer eso es lo que menos me gusta, aunque siempre reoriento la idea y le doy un aire diferente, nunca copio un diseño que ya esté andando por ahí.

Se incorporó y buscó un par de folios en la estantería situada tras ella.

—Tengo que medir y dibujar tus pies, incorpórate, por favor —le pidió—, ¿te importa si te descalzo?

—No, para nada —dijo ofreciendo su calzado mientras lo elevaba.

Poniendo una rodilla en el suelo, desató las zapatillas. Primero la derecha, con cuidado, después la izquierda, y las dejó una junto a la otra, colocadas de manera alineada y a la perfección. Amelia no podía apartar los ojos de sus silenciosos y medidos movimientos. Con suavidad, le quitó los calcetines y los colocó sobre las zapatillas; al rozar la piel, allí descubierta, sus miradas se cruzaron.

—Pisa sobre las hojas —le pidió con timidez.

Una vez sobre la blancura de los folios, delineó el contorno de sus pies para dejar el recuerdo allí dibujado, anotando después las pertinentes y necesarias medidas: parte más ancha, empeine…

—Si quieres un botín debo medir talón con empeine. —Midió lo que anunciaba rozándola levemente—. Ahora bien, si deseas una

bota tengo que saber lo que mide el tobillo.

Sobre el hueso de la parte nombrada dejó una sutil caricia que hizo sonreír a Amelia, aunque no de diversión precisamente.

—Súbete la falda. —Emilia sentía como se le secaba la garganta con la petición formulada, inclinó hacia atrás la cabeza para mirar a la destinataria de lo que pedía.

Mientras, su modelo, obediente, sujetaba con cuidado el bajo de su vestido y lo deslizaba con lentitud hacia arriba, dejando a la vista sus piernas, sus rodillas y parte de sus muslos.

—Dependiendo de lo alta que te gusten las botas así debo medir altura y contorno de pantorrilla —le informó la diseñadora sin dejar de mirarla.

—¿Te parece si tomas ya la medida hasta que decida si quiero bota o zapato? ¿O es mucho?

—¿Mucho molestar o mucho torturarme? —inquirió Emilia, mirándola con ojos soñadores, brillantes y cargados de deseo.

Amelia dejó caer el bajo del vestido al escuchar lo que le estaba demandando.

—Si te incomoda puedo contestar a mi propia pregunta. —Emilia bajó la vista hasta la blancura del folio donde hacía las anotaciones —. ¿O quieres hacerlo tú?

De nuevo la miraba y sus ojos decían tanto que no creía que fuese necesario contestar ni explicar o aclarar nada, pero Amelia sintió ansiedad, de la que quema y trepa a toda velocidad por el cuerpo, de la que hace escapar gemidos ahogados, o quizá no tan ahogados si no eras capaz de retener el deseo dentro.

—Contesta tú —pidió con voz trémula, y como de sobra sabía lo que venía a continuación, volvió a sujetar la tela de su vestido.

Pero en esta ocasión de forma muy diferente a como lo había hecho hacía escasos segundos, porque deslizó la falda hacia arriba exactamente con la misma lentitud en la que Emilia recorría su pantorrilla. Así, dejaba ver la cremosidad de su piel poco a poco y Emilia la torturaba al mismo ritmo, cadencioso y sin prisa alguna, posando su pequeña mano en la parte de atrás de su pierna. Cerró los ojos con cada centímetro que esa chica incendiaba su cuerpo al tocarla. En cambio, Emilia no podía dejar de mirar el rostro que, en

un estado de rotundo placer, se deshacía entre sus dedos, deshaciéndola a ella al completo, haciéndola arder, turbándola de un modo tan maravilloso como nunca antes había sentido, tal vez porque nunca antes que ahora había visto que despertase tantas cosas bonitas y excitantes en otra mujer, no al menos en el modo en el que Amelia la estaba sintiendo a ella en ese momento.

El vestido hizo cumbre casi a la altura del pubis de Amelia, justo antes Emilia debió detener el sendero que estaba dibujando con sus dedos. Volvió a descender y con gesto grácil midió la pantorrilla.

—Y por último el largo del pie —le anunció sacándola de su ensoñación.

La tela de la falda volvía a caer, y la frustración también cayó sobre Amelia al ver cómo se esfumaba el delicioso momento.

—Ya tengo un trocito de ti, Amelia —dijo regalándole una enorme y satisfecha sonrisa mientras le mostraba el dibujo que había hecho de las plantas de sus pies.

—¿El día que mis zapatos estén acabados me los probarás como a Cenicienta?

—¿Te gustaría? —inquirió divertida.

—¿Suena muy ñoño si digo que sí?

Las pupilas de la diseñadora parecieron dilatarse y oscurecerse cuando a su vez le lanzó una pregunta con voz sugerente:

—¿Suena muy atrevido si digo que estaré encantada de volver a rozar tu piel? —Volvía acariciar desde el empeine hasta los talones de la mujer que estaba frente a ella, provocándole un nuevo y acogedor estremecimiento.

—¿Vas a tardar mucho en hacer los zapatos?

—¿Te corren prisa? —Emilia dejó de tocarla para mirarla con atención a la vez que se incorporaba—. Si es así dilo y me pongo con ellos hoy mismo.

—Lo que me corre prisa es tenerte cerca. —Tiró de su mano para acariciarla y entrelazar los dedos, con el pulgar frotó el resto de cola que había allí pegada, sobre la hermosa piel de esa bonita chica.

Y esta se inclinó sobre la oreja de Amelia para dejarle un mensaje que solo ella pudiera escuchar, aunque nadie más se encontrase presente:

—Tengo toda una balda de tu número, ya lo has visto, puedo estar probándote zapatos todo el tiempo que quieras.

Y Amelia, a la que su cercanía la dejaba sin aliento, volvía a juntar los labios con esos otros rojos y perfectos para que le insuflase el aliento necesario y poder así aguantar hasta el próximo encuentro.

Capítulo 11

Maruja había despertado el espíritu bailongo en Yun. La anciana asistía algunas tardes al hogar del pensionista para sus habituales clases de baile, a menudo llegaba a casa una amiga para practicar en pareja y Yun y Mei, movidas por el soniquete de la música de los pasodobles, se asomaban a la barandilla que iba a dar justo encima del salón de su casera. Amelia, una noche, las sorprendió embobadas mientras observaban, desde las alturas, los repetitivos pasos que iban dibujando sobre las losas ajedrezadas de la enorme sala, en esos momentos despejada de muebles.

No pudo sino sentir ternura al contemplar la escena. Mei parecía divertida, pero a Yun, totalmente concentrada, se la veía con ganas de bajar y unirse a una de las dos mujeres. Amelia se lo sugirió y su jefa, sonrojada, comentó que no se creía capaz, aunque de ese modo, y como si de un desafío para Maruja se tratase, la mujer las instruyó en el baile. Mei miraba jocosa la torpeza de su hermana y Amelia se acomodaba en el sofá intentando memorizar los pasos. Siempre había sido un palo tieso en lo que a las artes *danzatorias* se refería, pero le parecía tan divertido aprender algo nuevo e intentarlo…

Ya no solo tenían sus citas gastronómicas y las sesiones de cine, ahora también practicaban pasodobles. Ninguna de las cuatro hacía vida social durante los fines de semana, de manera que esas citas caseras eran un bálsamo para todas. Maruja preparaba roscos fritos y también abrillantaba las elegantes copas de su ajuar de casada para servir el chinchón. Y sobre la mesa, ahora pegada a la pared para dejar espacio libre a los movimientos, extendía un bonito mantel y disponía el tentempié como si de una verdadera fiesta se tratase.

Entre baile y baile, copa y rosco, y entre descanso y descanso, más chinchón y más dulces; Amelia reía, Maruja se abanicaba con lo primero que tenía a mano, Mei se relamía los dedos con el azúcar de

los roscos y Yun, con la copa entre los dedos, dejaba que a su improvisada profesora se le pasase el sofoco mientras ella intentaba repetir, a solas, las instrucciones que se le habían dado.

En esos descansos, Maruja hablaba de su juventud, de los bailes en la plaza cuando se celebraba la verbena en honor a la patrona del pueblo. Rememoraba lo mucho que llegó a bailar haciendo de pareja con sus amigas, puesto que no era posible hacerlo con un chico, a no ser que fuese familiar o novio ya consentido por los padres; y aun en este último caso, el aire debía correr entre ellos. Yun y Mei la miraban extrañadas.

—¿Por qué tenía que correr el aire? —preguntaban con curiosidad ante la expresión empleada por la dueña de la casa—. ¿Es que hacía mucho calor y podías marearte con el baile?

Las dos españolas del cuarteto reían ante la inocente curiosidad de sus amigas asiáticas. Después, la anciana explicaba: otra época, otros tiempos, otra forma de pensar. Y mientras lo hacía daba ejemplos de lo que le ocurrió a esta o a esa otra chica cuando el roce era muy obvio y se notaba que entre aquella pareja no había nada inocente y sí mucho descaro y mucho arrimarse.

—¡¡Aaah!! —dijeron a la vez las hermanas.

—Entonces, sí hacía mucho calor —dijo Yun exultante, comprendiéndolo al fin—, allí había fuego entre las parejas. Como dicen los adolescentes cuando miran chicos o chicas que le gustan: ¡te ponías como moto!

Las cuatro amigas se echaron a reír de manera alocada.

—Eso mismo, hija —dijo Maruja—. ¡Y fijaos para lo que he quedado yo! Tanto prohibir el arrimarse en los bailes en esa época, una en la que mi cuerpo era bonito, duro y hermoso, y ahora, si me persiguiera una jauría de perros hambrientos, al llegar hasta mí, me olfatearían con disgusto y pasarían de largo porque ni deseo de morderme tendrían.

Las chicas explotaban de nuevo en carcajadas al escuchar a su casera, imaginando la situación que tan bien les describía.

—Un dechado de virtudes estoy hecha, cuando me voy a la cama sin la faja ni el sujetador que me aprieten las carnes y con los dientes portátiles sobre mi mesita de noche.

Lo de los dientes postizos, o portátiles, como los llamó la anciana, hubo de explicárselo Amelia a las hermanas, para que instantes después dejasen salir la risa, movida esta por los efluvios del chinchón dulce que pegaba con ganas y se subía con fuerza.

—Entra solo —les decía su casera entre copa y copa con las mejillas enrojecidas y abanicándose con la portada de la revista *Hola* que siempre terminaba por arrancar cuando nada más a mano encontraba.

La mujer se explayaba a base de bien, las chicas atendían, comían y bebían, y seguía el baile y a Maruja se la veía exultante, cómoda, como si eso no fuese lo normal, puesto que se encontraba en su propia casa. Pero Amelia no dejaba de recordar lo que Maruja le había relatado: las reticencias e impedimentos que el hijo le puso cuando ella ofreció el piso superior de su casa para alquilar, aunque su pensión de jubilación además de nimia era ridícula y la soledad que sufría, algo evidente y doloroso.

Su único hijo la visitaba de Pascuas a Ramos y, según decía, cuando regresaba al pueblo era para alojarse allí donde había crecido, en la casa que su padre había construido y la que un día sería para él. Sus nietos gustaban de corretear por todas las habitaciones jugando al escondite, rebuscando en los viejos armarios cargados de ropa, de recuerdos, de historia…, «de trastos y chismes», diría harta ya la anciana. ¿Cómo iban a disfrutar igual si la parte de arriba iba a estar ocupada? ¡Y por extraños, además!

Y eso, según el hijo, el alquilar parte de su casa, fue la comidilla del pueblo, ¿dónde se había visto semejante cosa?

«Pues se va a ver aquí», le contó Maruja a Amelia que le había replicado a su vástago, dando un fuerte golpe en la mesa tras degustar una paella un domingo cualquiera.

El hijo de Maruja, que como ya he dicho venía poco y menos, empezó a venir más, a controlar, a supervisar, a mirar mal a las inquilinas. Primero a Yun y Mei, que indiferentes no se dejaban amedrentar por ese hombre, ellas no entendían de habladurías ni opiniones de hijos de caseras, vivían bien y estaban cómodamente instaladas.

Después, las críticas vinieron con la llegada a la casa de la profesora de matemáticas y el inicio de sus clases particulares impartidas en la propia habitación. El disgusto fue doble porque allí, en esa habitación que ella iba a ocupar, se arrumbaban todos los objetos de los que su hijo no había querido desprenderse cuando hubo que vaciar habitaciones y hacer espacio para que entrasen a vivir Yun y Mei. Y ya, ante esa perspectiva de inevitable desalojo de chismes para ubicar a Amelia, Maruja fue tajante con su hijo:

—Lo que quieras te lo llevas, lo que no, lo tiro —le avisó al heredero.

—¿Y adónde me lo voy a llevar, mamá? —preguntó indignado.

—¿Dónde va a ser? Pues a tu casa, si tanto cariño le tienes a todos esos trastos.

Maruja le contaba a Amelia que su nuera puso cara de decir «marramiau», que, traducido, con su «morro» torcido y todo, quería decir: «En mi casa mierdas no». La mirada fulminante con que la chica obsequió a su marido le hizo desistir de su empeño de conservar todo lo heredado, por lo que al final lo que no se repartió, directamente, y sin miramientos de ningún tipo, se desechó en varios contenedores durante los incontables viajes que la familia efectuó entre silencios cargados de polvo y estornudos.

Amelia solo podía agradecer el techo que compartía y las personas con quienes lo hacía, sentía a esas tres mujeres como si fuesen de su familia: Maruja con su sinceridad y humor aplastante, Yun y Mei con su timidez y esa forma tan encantadora de ponerse la palma de la mano sobre la boca cuando la risa les bailaba en la garganta y amenazaba con salir.

Agradecía la compañía de esas mujeres y también la alegría que sus alumnos le proporcionaban. Vivía prendada de sus chiquitinas, como ella les decía cariñosamente a las niñas de Sofía: Estela y Valle. Tenían siete años, pero eran tan menuditas que parecían mucho menores. Habían nacido prematuras y eso había influido no solo en su desarrollo físico, también, aunque en menor medida, en su desarrollo intelectual. Aprendían a otro ritmo y sus necesidades eran otras, otras que sus padres no dudaban en proporcionar. Y uno de sus recursos lo habían encontrado en las clases que ella les

impartía, de manera alegre, entre juegos, echadas en la terraza leyendo cuentos o coloreando, de paseo por la huerta recogiendo flores, contando árboles, pétalos de flores… O también haciendo la compra en algún comercio, redactaban listas, pesaban alimentos, miraban y comparaban precios, las dejaba pagar y recoger el cambio para contarlo. Merendaban juntas, y coleccionaban álbumes de cromos que Yun y Mei siempre andaban regalando conforme los iban descartando de la tienda.

Amelia le habría pagado a Sofía incluso por estar más tiempo con las niñas. De haber podido no habría tenido más alumnos únicamente para poder pasar todas las tardes al completo con las niñas.

Su otro ojito derecho era Leo, el rebelde, el descarado, el «todos contra mí», el «odio a todos y mi vida es una mierda». Ese era su otro niño mimado, con el que había luchado a brazo partido el año que se conocieron y, en cambio, ahora, aunque sus arranques de rabia se seguían produciendo, eran más calmados y más llevaderos. El muchacho seguía sin soportar a su padre, pero lo aceptaba y seguía discutiendo con su madre, pero era más obediente.

Profesora y alumno habían descubierto juntos una pasión: a ambos les encantaba escribir y contar relatos, el día en el que la adulta narró uno de su propia cosecha, en el que los números eran los protagonistas, el embeleso del chico fue el mejor regalo con el que pudo obsequiarla. Días después, dejó sobre la mesa de estudio un relato para ella, pidiendo que lo leyese cuando él ya se hubiera marchado. No pudo más que emocionarse al descubrir que el muchacho les había escrito un breve cuento a las gemelas, una historia corta y muy divertida en la que los protagonistas eran dos triángulos equiláteros pequeñitos que era el símil con el que las niñas podían identificarse.

Capítulo 12

Amelia se encontraba cómodamente instalada en su terracita cuando escuchó los cascos de unos caballos, un lento caminar, pero que resonaba con fuerza sobre el asfalto de la estrecha calle de Maruja.

Movida por la curiosidad, se asomó a la barandilla.

Movida por la sorpresa, abrió los ojos con desmesura.

Movida por la alegría, su corazón latió agitado, su sonrisa se ensanchó y su cuerpo casi resbala por la fachada para bajar más rápido y poder situarse así junto a quien había ido a visitarla: Emilia, montada sobre uno de sus caballos, tiraba de las bridas del otro y parecía suplicar su presencia junto a ella sin necesidad de hablar. Amelia, por toda respuesta, batió palmas y se echó a reír emocionada, divertida, ilusionada.

—Bajo ya, no te vayas —le pidió.

—No lo pretendo —respondió Emilia.

En grandes zancadas, haciendo retumbar los viejos escalones de la casa, se plantó en la calle.

—Nunca he montado a caballo.

—Pues una tarea pendiente que ya puedes tachar de tu lista —sugirió Emilia.

—Me da un poco de miedo. —Contemplaba la altura del animal y no se veía allí encaramada.

—Tendrás que ir practicando, cuando al fin te pruebe los zapatos como a Cenicienta ten por seguro que después te raptaré y te llevaré a lomos de mi caballo —avisó Emilia con seriedad.

—Está bien —se encogió de hombros—, no puedo decir que no.

—Ellos son Marco Polo y Rosalín —presentó a los dos animales, un caballo de pelaje gris brillante y una preciosa yegua blanca.

Después, desmontó para ayudarla a subir. Al posar un pie en el estribo las risas nerviosas acudieron hasta Amelia, agitando su pecho de manera acelerada, imposibilitando cualquier tipo de

movimiento en ningún sentido: ni para acabar de montar ni tampoco para bajar hasta el suelo de nuevo. Emilia, dándole espacio, la dejó reír, pero cuando las risas derivaron en carcajadas tontas ya no pudo más que esperar incrédula y observarla allí, con el pie enganchado y sin conseguir otro avance para trepar hasta el lomo de Rosalín.

—¿Va? —le preguntó impaciente.

—Va, va —respondió Amelia intentando tomar impulso para pasar la pierna y verse al fin a horcajadas del animal.

Pero el intento la dejó con la pierna sobre la silla de montar incapaz de ejecutar el siguiente movimiento: pasarla hasta el otro lado. Tendida sobre el lomo de la yegua volvieron las risas, esta vez sí acompañadas por las de su pareja de paseo. Su pierna resbalaba desde las alturas y antes de que volviese a la posición inicial Emilia la sujetó para ayudar en lo posible.

—Es lo menos elegante que he visto en mi vida a lomos de un caballo. —Emilia agitaba la cabeza entre sonrisas mientras montaba con rapidez y soltura sobre Marco Polo.

—¡Qué alto! —dijo impresionada, aunque era algo que ya había supuesto antes del espantoso ascenso—. ¿No te sientes un poquito poderosa cuando paseas sobre esta preciosidad?

Acarició el cuello de la yegua y se inclinó sobre ella. Con suavidad tiró de sus peinadas crines, después, acompasó su respiración a la del animal, cerrando los ojos para sentirlo más cerca. Hasta sus fosas nasales le llegó el olor a cuadra, a ser vivo, notó la firmeza de los músculos de los flancos que tenía entre sus piernas, el calor animal le subía por toda la piel; era una sensación grande, hermosa, una que la llevó a hinchar el pecho llenándolo de aire, sintiéndose en armonía con la yegua.

Cuando volvió a la postura original se percató de que Emilia la miraba y en sus pupilas bailaba un brillo especial, uno que parecía tener reflejo en la comisura de sus labios al elevarse débilmente hacia arriba, aunque sin dibujar una sonrisa, solo un leve gesto que no supo interpretar, pero que alegraba su corazón poniéndolo a latir con otro ritmo.

—¿Qué? —quiso saber Amelia ante aquel escrutinio.

—Nada, ¿nos vamos?

—Pero despacio, ¿de acuerdo? —pidió algo temerosa.

—Lo que pidas, Amelia. —Guio a Marco Polo hacia la salida del pueblo mientras eran seguidas por la mirada curiosa de todos con los que se cruzaban, también por los vecinos que se asomaban a la ventana ante el repiqueteo de los cascos.

—Parecemos de otro tiempo. —Amelia, contemplándose y contemplando a su compañera, se vio viviendo en un tiempo más lejano.

—Tú más que yo, que no usas nuevas tecnologías.

Las risas de Amelia las acompañaron mientras dejaban atrás el pueblo y se internaban por un camino bordeado de árboles. Marco Polo marcaba el ritmo y Rosalín le seguía tranquila, pero de vez en cuando esta se paraba al borde del camino para degustar los arbustos que allí crecían; entonces, allí detenida y sin querer agobiar al animal, se quedaba en silencio, sin atreverse a llamar a Emilia, que ya se perdía de su vista. Nerviosa, intentaba espolear los flancos de la yegua con un más que dudoso movimiento de sus muslos, aunque sin resultado alguno, ya que parecía una niña pequeña sobre un caballito de cartón del tío vivo ejecutando movimientos que no iban a ninguna parte.

—¿Qué haces? —Emilia, regresando hasta donde estaba al no encontrarla ni a su lado ni tras ella, preguntaba, entre risas, al verla moverse de ese modo sobre la silla de montar, como si en realidad estuviese cabalgando, ya que su cuerpo subía y bajaba sin parar como si animal y montura fuesen al trote, y, en cambio, Rosalín, inmóvil, pastaba con deleite moviendo únicamente sus quijadas.

—No lo sé —se lamentó sintiéndose un tanto ridícula—, animo a la yegua a moverse y a ir detrás de vosotros, pero… ¡es que no hay manera! No me hace ningún caso —lloriqueó haciendo que el animal cabecease inquieto, por lo que optó por callar para no poner nerviosa a Rosalín.

—No dejes que se detenga, cuando se dirija hacia los arbustos tira de la rienda. —Le indicó el movimiento.

Se lanzó a galopar mientras que Amelia prefería ejercer de tranquila observadora, no se animaba a ir tras la estela de la ligereza de aquellos cascos. Después, y junto al río, dejaron pastar a los

caballos. Emilia se acomodó en un claro bajo un árbol, apoyando la espalda en este, y Amelia buscó cobijo entre sus piernas, para acabar reposando la cabeza en su regazo.

Nuestra profesora necesitaba de ritmos tranquilos, de sobresaltos cero. No le gustaban las aventuras, ni sentía la necesidad de vivir esas que otros llamaban emociones fuertes, creía que ya había vivido suficientes y no deseaba más. Disfrutaba con las cosas más sencillas, a todas ellas les sacaba algo positivo, porque generaban paz en su interior, calma, sosiego: poner orden en el bazar, buscar libros entre los estantes de la biblioteca municipal, preparar postres para compartir, cuidar del pequeño huerto en el patio de Maruja y todos los momentos que pasaba junto a las chicas. Ahora Emilia le aportaba un nuevo significado a la palabra tranquilidad, porque venía envuelta de cosquillas en el estómago, de ansiedad por verla, pero ansiedad de la bonita, no de esa otra estresante y que deja sin respiración, la que llena de preocupaciones, de nervios y pensamientos repetitivos que rondan tu mente y que no puedes desechar. Se removió inquieta, con el deseo bailando en la punta de la lengua por expresar todo lo que estaba sintiendo y quiso decirlo:

«Me aportas tanto, Emilia, tanto que no encuentro el modo de llenar tu vida, no sé qué puedo dar, con qué puedo deslumbrar o descolocarte en el buen sentido de la palabra». Se encogió un poco sobre sí misma, recordando lo que le había dicho el día que la persiguió: no tenía nada que ofrecer, era lo más cierto que nunca diría, estaba presentándose, poniéndola sobre aviso, mostrando sus cartas, siendo sincera.

Ahora quería hacerle saber que le gustaría estar siempre así, tal cual estaban en ese instante y en ese momento de su vida, pero del mismo modo que tuvo la necesidad de decirlo también le sobrevino la necesidad de callarlo. Temía aburrir, temía no parecer atractiva, en cuanto a iniciativas, a los ojos de la chica que sostenía su cabeza. Amelia no tenía pretensiones y se conformaba con poco, y eso, a su modo de ver, no era muy llamativo como aspecto destacable en la personalidad de alguien.

—Emilia —la llamó desviando los ojos de la vista que se abría ante ella.

Entonces, al elevar la mirada, fue consciente de que Emilia no había dejado de observarla mientras ella permanecía perdida en sus pensamientos.

—¿Qué piensas? —le preguntó cuando sus ojos se encontraron tras el largo silencio.

—Yo podría preguntarte lo mismo, has estado mucho tiempo callada.

—¿Te molestan los silencios cuando estás con otra persona? —inquirió Amelia.

—Depende del momento, no de la persona; si no hay una respuesta o explicación que se haya quedado pendiente de contestar o de dar, el silencio entre dos es bueno y a veces necesario.

—Entonces, ¿deduzco que mi silencio no te ha molestado?

Emilia se tomó un tiempo para contestar.

—Empecé a tocar el acordeón imitando a mi abuelo, él me enseñó lo básico, practicábamos juntos… Después asistí a clases, aquí en el pueblo, en la Sociedad de Arte Musical, a la que llegué enamorada del instrumento, ilusionada porque iba a mejorar, a saber tocar más canciones. Me encantaba tocar algunas melodías, pero quería aprender muchas más; los tangos, por ejemplo, siempre me apasionaron.

Le regaló una enorme sonrisa antes de continuar.

—Pero tenía una profesora que…, bueno, ella hacía lo que era su deber y yo entendía que en mi aprendizaje como estudiante se me debía exigir un nivel de acordeón, unas horas diarias de estudio y de ensayo… Y fue ahí cuando yo empecé a tener una relación amor-odio por el instrumento, porque cuando eran obras que a mí me gustaba tocar pues era satisfactorio. Pero llegué a rehuir del acordeón porque esta profesora nos mandaba practicar algunas obras contemporáneas, o alguna que otra *suit* rusa, que, la verdad, no había forma de tragarlas, con todo mi respeto. Y entonces, cuando se me imponía un estudio o debía aprenderme equis obras que no eran de mi agrado, pues al final se hacía duro.

Amelia la escuchaba con atención, pero no sabía qué relación tenía lo que le relataba con su pregunta; aun así, era agradable todo lo que explicaba.

—Lo que con los años me ha quedado, dejando atrás esas horas de prácticas, es que si busco una palabra para expresar lo que me transmite el acordeón cuando lo toco es tranquilidad, apaciguamiento, relajación a la hora de dejarme llevar por él, a pesar de haberle perdido el sentimiento a la hora de tocar con las horas de prácticas. Pero cuando toco lo que me gusta y, sobre todo, cuando veo cómo hace sentir a los demás, además de orgullo por ver que mis notas les llegan en el mismo modo que me llegan a mí, me siento feliz porque compruebo que soy capaz de transmitir muchos sentimientos. Entonces rozo la plenitud y eso he sentido aquí, en este lugar y contigo sobre mí, en absoluto silencio: plenitud, Amelia.

Ese mismo silencio del que hablaba volvía a instalarse de nuevo entre ellas.

—Espero explicarme tan bien como lo hace la profesora de matemáticas —comentó mirándola con atención.

Amelia solo pudo tragar saliva, ¿qué se decía ante esa exposición de sentimientos? ¿Podía expresar así, de ese modo, todo lo que Emilia ponía a funcionar en ella? Apretó con firmeza la mano de quien la cobijaba en su regazo y le regaló una sonrisa. Emilia se la devolvió más grande, más bonita, más roja, «más sincera», se dijo Amelia algo triste por no saber transmitir, por no hacerse cercana para esa chica, por no saber desnudarse en el mismo modo en el que esa preciosa mujer hacía con ella.

Capítulo 13

Los caballos relincharon, parecían impacientes, y su dueña ofreció regresar.

—¿Te ayudo de nuevo a subir? —preguntó con diversión ante sus infructuosos intentos por pasar la pierna sobre el lomo del animal.

—Antes, en la puerta de casa de Maruja, he visto un poco de abuso de confianza por tu parte —le recriminó Amelia enfurruñada.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te has recreado mucho en mi culo al auparme?

—Debes de estar confundida. —Emilia evitó mirarla y dejó que su vista vagara hacia delante mientras aguantaba una traicionera risa.

Amelia, contra todo pronóstico, había conseguido montar de nuevo. Sujetó las riendas para ponerse a la altura de Marco Polo, que permanecía a la espera de su nada elegante encaramamiento a lomos de un equino. Emilia dejó de mirar al limbo para fijarse en ella, mejor dicho, en todo lo que la tela de su vestido no cubría.

—¿Vestido para montar, Amelia? —preguntó con socarronería.

—No se me ha ocurrido cambiarme, y, bueno —quiso justificar su atuendo para la equitación—, antes las mujeres no usaban pantalón y montaban.

—Sí, montaban *a la amazona*, nunca a horcajadas enseñando toda esa piel —la amonestó señalando la blancura de sus piernas.

—¡Huuum! —murmuró llena de placer contenido al comprobar lo que esa observación estaba provocando en Emilia—. ¿Te escandalizas?

—Mucho, ¡muchísimo! —El caballo que montaba se removía inquieto bajo ella como si el calor que estaba sufriendo, por lo sugerente de las vistas, lo estuviese traspasando a la piel del equino —. Estoy completamente escandalizada, sonrojada y sofocada, y has de saber que tengo mucho calor con todo este… escándalo acumulado en mi cuerpo.

Emilia, divertida ante sus propias palabras, estiró la mano y rozó el tobillo de Amelia. Sin desenlazar las miradas, ascendió por toda la extremidad con dedos trémulos, sin prisa alguna, con todo el tacto del mundo, como si tuviese temor a que, si aceleraba sus movimientos, el caballo saliese disparado y con él su magnífica montura.

De manera sinuosa, cambió de movimiento y con una de sus uñas repasó la largura de la tibia que se exponía ante sus ojos.

—¿Acaso has perdido mis medidas y buscas tomarlas de nuevo para confeccionarme una bota? —preguntó Amelia con voz sugerente.

—Busco hacerte el amor, aunque solo sea con mis caricias, sin llegar a desnudarte.

Amelia ni siquiera se atrevió a mirarla mientras la escuchaba, solo se dejaba tocar.

La pequeña mano ascendió para chocar con la redondez de la rodilla, entonces abrió la mano para abarcarla por completo, haciéndola girar en círculos, levitando con los dedos sobre la incitante piel que sentía erizarse ante su contacto. Continuó subiendo, ahora con la palma totalmente plana ajustándola al muslo que, por la posición afianzada a los flancos del animal, se encontraba en tensión. Amasó y masajeó la carne y subió un poquito más, lo justo para disfrutar del momento en el que Amelia cerraba los ojos y dejaba escapar un suave resoplido lleno de placer.

—Amelia, mírame —suplicó más que pidió.

Al abrir los ojos tenía a esa chica inclinada sobre ella, su mano se separó, sintiendo que acababa de retirarla y ya la echaba de menos allí, sobre ella, pero pasó a posarla en su barbilla.

—También busco hacerte el amor con la mirada cada vez que nos vemos.

Sonrió encantada al escucharla, aunque con la lengua trabada, impidiéndole decir nada medianamente coherente.

—Creo que no ha sido tan mala idea el acudir a esta cita con vestido —bromeó al fin sin saber qué decir ante la turbación que sus caricias y sus palabras le habían provocado.

—No lo ha sido, Amelia, nunca son una mala idea los vestidos que te pones, porque me encanta el bamboleo de tus caderas y de tu trasero con esas telas sueltas, casi suena música cuando caminas…

Ambas rieron flojito.

—Una melodía que dispara mis latidos, me acalora y me pide pegarme a tu cuerpo, solo quiero correr tras de ti, persiguiéndote por toda la calle, como si fuese una perturbada.

Volvían a reír.

Amelia giró la palma de la mano que ella había posado en su rostro y se la llevó a los labios para dejar allí un suave beso.

—Todo eso que describes no es muy sentimental que se diga, este paseo a caballo tan romántico está teniendo un final muy caliente —regañó Amelia, maliciosa, para picarla.

—¿Cenicienta sin zapatos nuevos quiere sentimentalismos y frases encantadoras? —Separó no solo la mano, también alejó el caballo unos cuantos pasos para enarcar una ceja y mirarla con detenimiento.

—A ver, ¿qué ofreces?

Continuaron por el camino manteniendo los caballos a paso suave. Amelia sonreía, su boca dibujaba una curva de felicidad y en su interior burbujeaba una exultante sensación, provocada por el disfrute de los preciosos momentos que esa chica le regalaba y en los que nunca sabía qué se iba a encontrar cuando estaban juntas. Era una gran sensación, nueva y completamente vivificadora, energizante, tal y como decía el anuncio que te hacía sentir esa famosa bebida que daba alas.

Las palabras de Emilia rompieron el agradable silencio y también sus pensamientos:

—El alcalde ha hecho bajar la intensidad del alumbrado público desde que tú llegaste.

—¿Cómo dices? —Amelia no había captado el humor implícito de la frase.

—Digo que tu presencia basta para iluminar todas las calles y las de las carreteras de acceso al pueblo.

Amelia se echó a reír al entender lo que pretendía, es decir, agasajarla con romanticismos y palabras halagadoras.

—¡Qué tontería! —dijo entre risas observando como Emilia ahogaba las suyas.

—Pero sería bonito, ¿no?

—Lo que sería es un ahorro energético importante —apuntó Amelia.

—Ahorro alrededor del mundo, además, porque en todas partes hay enamorados, gente deslumbrada con otras personas. —Emilia batió las pestañas repetidas veces.

—Así que deslumbrada estás tú, ¿eh?

—Como cuando Gustavo enfoca con su potente linterna de policía municipal para descubrir a algún vecino robándole higos al tío Eufrasio.

—¿El tío Eufrasio? —inquirió por desconocimiento del vecino nombrado.

—Sí, el que mejores higueras tiene en toda la huerta.

—La comparación no ha sido muy romántica.

—¡Niña! No puedo mantener un nivel alto todo el rato, así que disculpa. ¿Te gusta más si te digo que el corazón se me para al verte?

—¡Entonces estarías muerta o en parada cardíaca! —avisó con sequedad, pero valorando los esfuerzos que estaban haciendo por ella.

—Es lo que se dice al encontrarse con la persona que te gusta. —Emilia se encogió de hombros.

—Y no es nada real —dijo convencida.

—¿Prefieres oír que se para el tiempo si me miras? —Cruzaron las miradas de caballo a caballo.

—Será que el reloj necesita pilas y vas a llegar tarde a algún sitio.

—¡Vaya, no hay manera contigo! —se quejó Emilia.

—Soy dura, sí, pero puedes seguir intentándolo —la invitó.

Tras un breve silencio, Emilia volvía a atacar:

—Me da un vuelco el estómago después de días sin verte.

—Será indigestión o que ese día has comido muy rápido.

—Pues me arde todo el cuerpo y siento que necesito arrancarme la ropa cuando te miro. —Alzó la voz, fingiendo malhumor por sus continuos reproches.

—Habrás entrado en menopausia y tendrás sofocos.

Se miraron entrecerrando los párpados retándose a continuar, una con los halagos, la otra con los reproches.

—¿Qué tal si te digo que los ojos me hacen chiribitas cuando te encuentro en alguna parte? —inquirió con ganas de echarse a reír con lo que ella misma preguntaba.

—Serán fosfenos o que tienes desprendimiento de retina, ¡te urge visita al oftalmólogo!

Casi de manera premeditada detuvieron los caballos y se echaron a reír, tanto y de tan buena gana que hasta hicieron piafar a los animales. Cuando regresó la calma a aquel solitario camino se miraron con dulzura, sin prisa, como si lo hubiesen hecho desde siempre y ya se conociesen bien.

—¿Sabes, Amelia? —preguntó antes de espolear de nuevo al animal para que la llevase de regreso al pueblo—. No me siento poderosa por ir montada a caballo, como antes me decías, creo que uno debe ser fuerte y constante sin la necesidad de otra presencia a tu lado, pero, contigo, todo eso viene envuelto en el mejor papel de regalo, porque soy capaz de todo, pero llena de la energía que la felicidad de estar contigo me transmite.

Tomó aire tras su confesión y concluyó con voz serena:

—Estoy enamorada de ti, ¿qué me vas a replicar a eso, Amelia?

—Absolutamente nada, Emilia.

Porque estaba claro que no pensaba replicar ante su confesión, pero tristemente tampoco iba a añadir nada más.

Capítulo 14

—Te he visto entrar mucho en el taller de Emilia.

Elevó la vista del ejercicio que le estaba corrigiendo a Leo. Intentó descifrar el tono en el que el muchacho le había hecho el comentario, ¿había sonado a reproche? Quiso sonreír al sentirse tan estúpida por pensar así.

—Me ha diseñado unos zapatos, es una chica maravillosa.

Amelia quiso reconducir la clase hacia los ejercicios de fracciones que todavía le quedaban por explicar de la lección.

—Le gustan las chicas, yo lo sé —le dijo Leo.

—¿Y que sepas eso es relevante para la clase de matemáticas?

—No.

—Exacto, ni para la clase de matemáticas que tengo que explicarte ni para nada que a ti te incumba.

—Sí, sí me incumbe, porque si a ti también te gustan las chicas… —Leo no acabó su frase.

—¿Qué ocurriría si a mí también me gustasen las chicas? —preguntó con dulzura, sin querer ponerse a la defensiva con el chico; ya no era un niño, pero sus quince años tampoco le hacían un adulto pese a todo el sufrimiento que había vivido con la relación de sus padres.

—Que igual ya no me apetece que me des más clases —soltó de repente, lanzando su bolígrafo sobre la mesa de estudio.

—Sentiría mucho que dejases tus clases conmigo solo por esa razón, porque no es algo que a ti deba importarte. Te conozco desde hace tiempo y te aprecio y siento que nos llevamos bien, y que, pese a lo dura que soy contigo para sacar de ti lo mejor en clase, sé que en el fondo tú también me aprecias.

—Por eso, porque creía que eras mi amiga, no me gustaría saber que esa anda detrás de ti.

Se removió en su silla sin dejar de observar el rostro del muchacho.

—Esa se llama Emilia, a la que de nada conoces y no merece tu desprecio.

—Me obligas a traerte los deberes a diario, pero no puedes obligarme a pensar como tú, ¿sabes? —le dijo indignado.

—No quiero que pienses como yo ni como nadie más —le aconsejó apaciguadora—, pero me gustaría creer que eres una buena persona que respeta a todo el mundo, sean cuales sean sus preferencias sexuales.

—No deberías estar hablando de esas cosas con un menor —le dijo malicioso—, Maruja podría escucharte y creer que no es matemáticas lo que me enseñas.

Amelia, sin alterarse, cerró el libro y con actitud parsimoniosa se lo tendió.

—La clase de hoy se ha terminado.

—¡Queda media hora! —protestó el chico.

—Dile a tu madre que no se la cobraré, que no se preocupe. Nos vemos el próximo jueves, si es que de verdad tienes ganas de aprobar la asignatura.

Lo dejó recogiendo mientras ella abandonaba la habitación para salir hasta la terraza, cuando una amenaza sobrevoló el espacio de su habitación:

—La madre de tus gemelas es una pija de cuidado y el marido un carca y un estirado de mierda, si llegan a enterarse se te acaban los alumnos en este pueblo.

Encendida de rabia, se giró para enfrentarlo.

—¿Me estás amenazando, Leo?

—No, te estoy previniendo de lo que puede pasarte, porque como has dicho te tengo algo de aprecio, lo que no te tiene la zapatera desesperada esa que solo busca quien le meta mano.

—Leo… —Iba a acabar con aquello de raíz.

—No, no voy a dejar de venir a clase —se adelantó el muchacho a la que parecía ser la intención de su profesora—, me haces falta para pasar de curso, así que olvídate de pedirme que no vuelva, que no lo haré por ganas, sino por necesidad.

Colgándose la mochila al hombro, salió de la habitación como si en realidad fuese un juez dictando sentencias inapelables. Amelia

necesitaba tomar aire con fuerza, las manos le temblaban y notaba el sudor bañándole la espalda, nunca se había sentido tan tensa con un crío, ni siquiera con los alumnos del instituto de Secundaria con los que en tiempos pasados hubo de lidiar.

—¿Qué acaba de ocurrir? —se preguntó intranquila y terriblemente trastornada.

¿Un mocoso de quince años le recriminaba con quién se veía o no? Leo era un muchacho difícil, nunca lo había tenido fácil con él, ni como alumno impartiendo lecciones matemáticas ni intentando aplacar su ira y su rabia cada vez que hablaba de cualquier tema por nimio que fuese. Pero había sabido ganárselo, al menos eso creía ella cuando charlaban de manera relajada y distendida. En ocasiones en las que sorprendía al chico mirándola con fijeza y embelesado había llegado a pensar que andaba algo enamorado de ella, creía que era algo que a veces ocurría en las relaciones docente-alumno, es decir, que confundían admiración con enamoramiento.

A ella le había ocurrido siendo una adolescente con un profesor de apoyo que tuvo para poder superar la asignatura de francés que tan atravesada tenía. El hombre no es que fuera especialmente guapo, pero al hablar despertaba en ella sentimientos de lo más variados y a menudo se sorprendía pensando en él extasiada, imaginándolo sobre su oído susurrándole palabras de amor en francés. La calentura se le pasó en cuanto aprobó la asignatura y no hubo necesidad de volver a verse. Y ella, con Leo, intentaba ser lo más parecido a una hermana mayor, compartían risas, había comprensión y le ayudaba en todo lo que podía, a veces incluso le había devuelto el dinero de la clase para que el chico pudiera salir con unos amigos y poder así tomarse un refresco y una porción de *pizza* sin tener que avergonzarse pidiendo prestado dinero a alguien de la pandilla.

Se levantó una suave brisa que la hizo estremecer levemente. Se frotó los desnudos brazos y elevó la mirada hacia el cielo. Resopló agobiada, estaba siendo un día bastante malo y ella no necesitaba nada de todo eso. Sin querer, estaba rememorando la visita que había recibido por la mañana de una antigua amiga. Leticia y ella habían sido amigas desde niñas y aunque ya no se veían tanto, de vez en cuando se carteaban para estar al día, aunque con el pasar

de los años Amelia había ido notando que le apetecía cada vez menos seguir en contacto y que hablar de su vida, con personas a las que ya apenas veía, no le resultaba cómodo. Cuando debes poner al día a alguien debes contar mucho de ti, ponerla en situación para que entienda cuál es tu realidad en esos momentos, y a ella se le hacía tedioso, por lo que hacía tiempo que había limitado las palabras de sus cartas a simples saludos y a decir que todo estaba en orden en su vida.

Y esa mañana, sin saber por qué, se había presentado en la tienda para darle, según Leticia creía, una sorpresa. Y sí, eso había sido, una sorpresa, pero no una agradable, porque al tenerla ante ella y escucharla parlotear sin cesar, tal y como hacía cuando eran unas jovencitas atolondradas, su charla imparable la había agobiado y sentía que esa persona ya no tenía cabida en su vida.

Leticia se paseó por el bazar toqueteándolo todo, lanzando preguntas absurdas que no entendía para qué hacía. Cuando cerró la tienda no tuvo más remedio que invitarla a comer, ya que parecía dispuesta a pasar el día al completo a su lado. Maruja, tan acogedora como siempre, recibió a la amiga de su huésped con los brazos abiertos. Yun y Mei, que escucharon las risas de Leticia, se asomaron y quisieron participar en la comida de recibimiento de la invitada. Bajaron sus platos cocinados y compartieron mesa y charla con la muchacha, una que no pudo evitar sorprenderse cuando Maruja le sirvió una sencilla ensalada de tomate y un plato de potaje de alubias.

—Pensaba que iríamos a cualquier sitio a comer —dijo carente de entusiasmo contemplando el caldo, aprovechando cuando Maruja fue a la cocina y Yun y Mei estaban discutiendo algo en su idioma.

—No sabía que venías y esto es lo que hay hoy en el «menú»… De todos modos, yo tengo clase a las cuatro, no me puedo demorar mucho contigo —le soltó tan seca como Leticia había hecho despreciando la comida casera que Maruja les ofrecía.

—Para una vez que nos vemos podías suspender las clases —le sugirió Leticia.

—No, eso no es posible. —De ningún modo pensaba dejar a sus alumnos tirados.

Era demasiado evidente que las alegres risas de Yun y Mei tampoco es que fuesen muy del agrado de su amiga, y Maruja, notando la incomodidad, les ofreció llevarles un café hasta el patio para dejarles intimidad y que charlasen tranquilas, justo lo que Amelia no deseaba: quedarse a solas con Leticia.

Amelia agitaba su café y miraba con desidia el trozo de tarta de manzana que Maruja había preparado esa mañana inundando toda la casa con el delicioso olor a fruta y canela. Un olor que la había hecho sonreír llena de felicidad nada más abrir los ojos al despertar y, en cambio, ahora, no pensaba llevarse ni un solo trozo de esa delicia a la boca, se le había hecho un nudo en el estómago. Contempló a su amiga y recordó los buenos y los malos momentos vividos: su apoyo cuando decidió dejar la plaza de profesora, sus abrazos cuando sufrió al descubrir la infidelidad de su madre, su compañía en la muerte de su padre. Ya no lo tuvo después, puesto que, por trabajo, se mudó a Holanda, y solamente recibió palabras de aliento desde la lejanía cuando perdió a su bebé. Mucho antes de que eso ocurriese ya habían empezado a distanciarse, pero Amelia lo entendía, era ley de vida y su amiga estaba haciendo la suya lejos de ella y las cosas debían cambiar. Lo había entendido y asimilado mucho tiempo atrás. Ahora Leticia había regresado a España y quería recuperar la relación donde la habían dejado y eso era algo imposible, también nada apetecible para Amelia.

—¿En serio eres feliz aquí? —soltó de repente Leticia—. Porque no me creía tus cartas y he querido venir a comprobarlo por mí misma.

—No entiendo por qué debías comprobar nada, ¿en caso de verme infeliz me abrías rescatado de este lugar y de las garras de estas malas personas?

Leticia parpadeó ante el tono de su amiga.

—Las amigas están para ayudarse y voy donde se me necesita.

—Nada te he pedido nunca, Leticia, y te agradezco tu preocupación, pero sobra, está de más. Si te digo que estoy bien es que lo estoy y si necesitase ayuda te la pediría y no ha sido así, ¿verdad?

—Creí que podría darte vergüenza, no sé, ¡¡¿un bazar?!! Y además tener que dar clases en ese cuartito, ahí arriba. —Elevó los ojos

hacia el techo que cubría sus cabezas y solo pudo distinguir aprensión en la mirada de Leticia.

—Y para mí, todo eso que relatas con tanta estupefacción es más que suficiente, te lo he dicho muchas veces, y me duele y también ya me ofende tu actitud. Tengo lo que necesito, si necesitase más lo buscaría aquí o en otro lugar. Tú sabes que los cambios no me asustan, mi vida hasta ahora da fe de ello, estoy donde quiero estar en cada momento y en esta etapa de mi vida es aquí donde deseo estar, en este pequeño e insulso pueblo, como tú lo has llamado —le recordó sus propias palabras intentando no mostrar demasiada acritud.

—Perdona, no pensaba que te molestase. No es tu pueblo de nacimiento como para que te ofendas y para que te pongas así, tan a la defensiva.

—Me molesta que no valores lo que yo sí valoro, sobre todo el aprecio que aquí se me tiene, donde tan bien me han acogido. Tengo un lugar donde vivir, tengo dos trabajos…

El respingo, aguantando el mohín de fastidio de Leticia, no pasó desapercibido para Amelia, irritándola todavía más. Pero prosiguió con lo que deseaba decir antes de despedirse del todo de esa mujer:

—Lo más importante es que tengo gente a mi lado que me quiere, que me aprecia como soy y que no me exige nada, ni siquiera que dé más o que aspire a más, tal y como tú haces continuamente.

Entonces un pensamiento llegó hasta ella y quiso exponerlo:

—Me estoy dando cuenta de algo, Leticia.

—¿De qué?

—De que cuando decidí renunciar a mi plaza de profesora recibí tu comprensión mientras el resto no lo hacía, pero creo que no fuiste sincera.

—Claro que no lo fui, me pareció una estupidez, ¡una locura hacer lo que hacías! Despreciar un puesto fijo y tan bien pagado, uno que todos quisiéramos.

—Todos menos yo, que es lo que parece que nadie, tú incluida, entendía.

—¡Lo que sea! —dijo mostrando el aburrimiento que sentía con la conversación—, yo solo sé que era mi deber como amiga darte la

razón.

—Vaya —dijo sin sorpresa alguna en la voz—, pues qué equivocada estás y estuviste entonces y qué poco me conocías, al parecer. Porque yo nunca quise a mi lado a alguien que me diese la razón, no creo que sea esa la tarea de una amiga, no una de corazón. Fuiste condescendiente conmigo cuando no estabas de acuerdo, pudiste darme tu sincera opinión, con respeto, como no hizo el resto de los que sí opinaron. Yo no buscaba la aprobación de nadie, porque tenía mi decisión tomada, solo pedía respeto.

—Te dejé estar, no pensaba discutir porque pensé que tú misma te darías cuenta del error que estabas cometiendo, a las pruebas me remito. —Con los brazos abiertos señaló todo el espacio en el patio.

—No quiero más que esto que has visto. —Fue su momento de abrir también los brazos para abarcar lo que allí se vislumbraba—. ¿Por qué no puedes verlo y respetarlo? Solo eso, porque, la verdad, no aspiro a que lo entiendas, Leticia.

—Solo me preocupo por ti, me duele que me apartes y no lo valores.

—No te aparto, nunca lo he hecho, es solo que no ves que nuestro tiempo ya pasó. —Estiró la mano para sujetar la de la persona que ya no consideraba nada suyo—. Fuiste alguien muy importante en mi vida, en otro tiempo, uno que ya ha pasado y que por más que queramos no va a regresar. Fuimos muy amigas, fuimos muy felices compartiendo todo y lo agradezco infinito, siempre recordaré esos años con ternura y cariño, siempre serás alguien valioso para mí, pero ya todo eso ha pasado y estamos en otro momento, uno que, ya lo has visto por ti misma, una no tiene cabida en la vida de la otra. Aunque no importa —imprimió más fuerza a esa mano que sujetaba para que entendiese bien lo que deseaba transmitirle—, agradezco que nuestras vidas se cruzaran, pero debemos dejarlo ahí, en lo que fuimos, porque no volveremos a ser nunca como antes. Necesito que lo entiendas y nos despidamos hoy con cariño, todo el que siempre nos tuvimos.

Leticia se incorporó colgando su bolso al hombro.

—Nunca creí que podríamos acabar así.

—Nuestra amistad acabó hace mucho, de ti depende que nos quede un bonito recuerdo o no. Son líneas que se cierran para que se abran otras, pero no tienen por qué cerrarse de manera amarga y con dolor; yo no necesito más dolor en mi vida, tú lo sabes bien.

—Líneas que se cierran —dijo emulando su frase—, tú y tus cuentos de elementos matemáticos que solo aburren.

Amelia sonrió sin querer recordando su cuento y el rostro de Emilia, también la revelación que después le ofreció: había caído rendida a sus pies, se había enamorado de ella un poco más gracias a aquella historia de la esfera y la pirámide. Leticia, en cambio, despreciaba sus historias, las ninguneaba cuando para otros eran música para los oídos. Sí, estaba claro para ella, no deseaba estar con alguien que pensaba como Leticia.

Se incorporó en la silla en la que estaba sentada y señalando hacia la puerta la invitó a abandonar la casa.

Escuchó un silbido, y su mente aterrizó de golpe en la terraza; bajó la vista buscando por toda la calle de dónde provenía el sonido: Emilia, junto a su inseparable bicicleta, la miraba con embeleso.

—Baja —pidió con una sonrisa iluminándole el rostro.

—No —dijo juguetona.

—¿Cómo que no, niña? Que bajes, te digo.

—¿Para qué? —la provocó, asomada a la barandilla deleitando sus ojos en el menudo y delgado cuerpo que tenía a sus pies.

—Tengo una duda sobre tus nuevos zapatos. Baja, por favor —imploró en un tono más suave que la frase relativa a sus zapatos, que una señora que por allí pasaba acertó a escuchar.

Y claro que iba a bajar, porque la necesitaba, necesitaba su cara a dos centímetros de la suya y su boca dentro de la de ella, necesitaba sus delgaditos brazos rodeándola, necesitaba su cariño, ese que rezumaba únicamente con estar a su lado, porque Emilia espiraba dulzura. Se recreó en lo que acababa de pensar, no sabía si alguien entendería ese pensamiento si lo dijese en voz alta, pero es que así la hacía sentir esa mujer. Emilia solo era cosas bonitas, sentimientos buenos, gestos delicados…

Bajó a la carrera y abrió la puerta de par en par, quería lanzarse sobre su Campanilla y apretujarla con firmeza, lo necesitaba más

que nunca después del amargo día junto a su amiga y las duras palabras de su alumno, pero no quiso emocionarse y desde el umbral la invitó a entrar. Emilia dejó apoyada la bicicleta en la fachada y pasó al interior. Amelia entrecerró la puerta para darles un poco de privacidad y se echó de inmediato a sus brazos. Emilia olisqueó entre los suaves mechones morenos de Amelia. Pero esta, que no se separaba de aquel refugio, provocó el fruncimiento de ceño en Emilia.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo? —Sabía leer en ella a pesar del poco tiempo que se conocían.

Pero no quiso preocuparla y optó por no contar, por no explicar.

—Nada, solo abrázame —pidió intentando mantenerse en calma, de un momento a otro llegaría el grupo de alumnos de Bachillerato para la clase y debía estar serena.

Emilia la abrazó unos segundos más hasta que la hizo salir del lazo humano.

—¿Qué querías? —le dijo Amelia para intentar desviar la atención de su tristeza.

—Verte, besarte —contestó acercándose hasta sus labios—, beberme tu pena —susurró antes de posar sus labios con delicadeza sobre ella.

Y si eso no era posible al menos por un breve instante Emilia se llevó tras de sí algo del malestar que sentía.

Capítulo 15

Amelia se colaba en la huerta de Emilia todas las mañanas. Bien temprano, cuando el sol todavía no rayaba el alba, se acercaba a ordeñar a Jardinera. No era la única que lo hacía, y a ella le encantaba coincidir allí con otros vecinos con los que charlaba de recetas de postres, de la preocupación que acechase esa mañana en su mente, de algún comentario simple y sencillo…

Otras veces podía disfrutar de toda aquella tranquilidad a solas, se sentaba sobre la valla y repasaba con la vista los árboles, se entretenía mirando el agitar de las hojas por el viento, después se acercaba hasta la vaca y le susurraba canciones preciosas mientras la ordeñaba o se desahogaba con el animal si se sentía especialmente triste y la ausencia de su bebé dolía esa mañana un poquito más que cualquier otro día.

—¡Qué bonito es tu bebé, Jardinera! —la felicitaba al tiempo que acariciaba en el hocico del ternero—. Tan chiquitito, suave y dulce.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Mi bebé también era precioso, y yo lo quería tanto… Algunas personas dicen que no puedes querer a quien todavía no conoces. —Se encogió de hombros ante lo que decía—. Cada persona es un mundo y son tantas y tan distintas las formas de sentir o pensar… Pero yo lo quise desde que supe que estaba ahí, conmigo. Le había dado vida a otro ser, crecía dentro de mí, me parecía algo tan bonito, tan fascinante…, tan increíble —comentó soñadora, rememorando lo mágico que para ella fue saber que iba a ser madre.

Amelia continuó ordeñando, no era muy diestra todavía en ese arte y le costaba ver subir el nivel de leche, pero andaba sobrada de paciencia.

—Me sentía arropada, ¿sabes? No sé cómo explicarlo, pero sé que me entiendes. Ya no era solo yo, era alguien que siempre iba a estar conmigo, a quien debía cuidar y proteger, alguien a quien guiar en la

vida, a quien mostrarle el mundo antes de que lo descubriese solo. Y yo estaba deseando contarle, explicarle y al mismo tiempo pensaba en dejarme educar por esa criatura porque me iba a enseñar a ser mamá, algo que solo puede enseñarte un hijo. Quería descubrir el mundo de su mano, verlo con sus ojos, para que me contase tantas cosas…

Tomó aire, y la nariz se le inundó del olor a animal, a estiércol, a la leche fresca que muy poco a poco crecía en el recipiente y que esa misma mañana se convertiría en dulces postres.

—Tenía tanto amor para dar…, tanto que ni siquiera sé a dónde fue después, ¿acaso tú lo sabes? —le preguntaba a la vaca como si allí fuese a hallar una respuesta a algo tan difícil de contestar—. ¿A qué lugar escapa todo el amor que guardas y que nunca podrás ofrecer? ¿Se esconde en algún rincón de uno mismo para otra ocasión o desaparece para siempre porque estaba destinado a esa persona y no a otra?

Sacudía la cabeza, apesadumbrada con las preguntas que a menudo se hacía y que no la llevaban a ninguna parte.

—¡Ay, Jardinera! —se lamentó apoyando la frente sobre el suave y cálido pelaje—. Todo fue tan rápido… La forma en la que engendramos al bebé, la sorpresa de saber que venía a llenar nuestras vidas, la noticia de que dormía para siempre. —Se le quebró la voz.

Y la vaca mugía, y entonces le parecía que era más triste su sonido que en otras ocasiones en las que solo le cantaba canciones. Creía que esa madre la comprendía y se sentía arropada, así fue como se sintió con los cuidados recibidos por el personal sanitario el tiempo que estuvo ingresada en aquella habitación de hospital reservada para mamás que nunca abrazarían a sus bebés.

A esas horas tan tempranas nunca coincidía con Emilia. A esta le encantaba dormir y siempre le contaba cómo apuraba al máximo en la cama antes de decidirse a levantarse para abrir su taller. Con el que sí coincidía a veces era con su padre, y ese día, uno más en el que ella le contaba sus pesares a la silenciosa Jardinera, descubrió que un también silencioso Emilio se encontraba muy cerca del

establo. Y ella, sin preocuparse por lo que pudiera haber oído, lo saludó con la misma cordialidad con la que siempre lo hacía.

—¡Buenos días, Emilio!

—Hola, Amelia.

Iba a enjugarse los ojos con el puño de la camisa, cuando el hombre, caballeroso como siempre, le tendió su pañuelo de tela.

—Lleva sus iniciales —se fijó sujetándolo con delicadeza.

—Así es, los bordó la que en su día fue pareja de mi padre, eran parte de mi ajuar cuando me casé —dijo él con orgullo.

—Qué diferentes aquellos tiempos en los que las chicas bordaban, quiero pensar que con ilusión, sábanas y toallas marcándolas con su nombre.

—Era un buen trabajo ese, ahora todo es más fácil y rápido.

—Eso seguro, aunque menos personal —apuntó Amelia.

—Son otros tiempos. —Emilio posó los ojos sobre una raída toalla que colgaba de un gancho junto a la pared del establo.

Amelia sabía que allí lucían las iniciales de la madre de Emilia, un vestigio en la tela que tiempo atrás bordaría para su ajuar.

—¿Cómo era su mujer?

—Como mi niña. —La voz se le tiñó de cariño y orgullo.

—Entonces, era muy bonita —le dijo completamente enamorada y rememorando unos labios pintados del rojo más sugerente.

—Sí que lo son.

Carraspeó nerviosa, todavía intentando recomponerse de la tristeza compartida con Jardinera, y Emilio entrecerró los ojos para mirarla con atención.

—¿Estás bien? ¿Hoy la vaca te ha servido de consuelo?

—Siempre —contestó divertida, encogiéndose de hombros.

Acarició la desgastada tela del pañuelo que él le había entregado. Posó los ojos en la figura masculina, era alto, fuerte pese a sus años, de pelo cano y con el sufrimiento tatuado en el rostro, uno que se acentuaba cuando le sobrevenía una repentina tos, fruto de años de fumador empedernido y que a veces lo postraban en la cama de un hospital debido a una crisis respiratoria. Se recreó en su sempiterna camisa, esa que no dejaba de usar, de manga larga pese al ambiente cálido que ya se respiraba, y sobre esta una fina chaqueta

de punto, combinada con su pantalón de tela, con la raya bien marcada; aun dedicado a labores de la huerta siempre andaba de esa guisa, como si su modo de vestir no entendiese de las diferentes rutinas diarias ni de la adaptación del atuendo a según qué actividades, Emilio siempre vestía igual.

—A veces no puedo evitar escucharte… Lo siento —intentó disculparse el hombre.

—No se preocupe.

—Es que te desahogas a base de bien —dijo procurando no sonar muy brusco.

—Ya lo sé, tengo a Jardinera aburrida ya, no me extrañaría que los dulces que preparo con su leche amargasen a quienes los prueban de la brasa que le doy a la pobre.

—Puedes contar con alguien más si crees que aburres a la vaca… Mi chica sabe escuchar bien.

De sobra lo sabía Amelia, pero a pesar de eso aún no se había atrevido a contarle nada de su vida.

Se acercó más a Emilio.

—Lo sé, pero no ha llegado el momento.

—Es una pena, porque a veces, y aunque ella no sepa que lo sé, la veo sufrir y creo que es por ti.

Amelia, sin poderlo evitar y con el corazón encogido, notó que se le humedecían de nuevo los ojos.

—No me diga eso, Emilio, que siento en el alma que esté triste por mí.

El hombre la tomó del brazo y la encaminó hasta las sillas dispuestas bajo la parra.

—Tenemos una conversación pendiente usted y yo —le dijo al padre de su Campanilla una vez se hubieron acomodado, y la pena pasó, aunque únicamente a unos cuantos metros de largo, porque esa tristeza nunca se alejaba del todo.

—Pues adelante, te escucho.

—Imagino que usted debió de pedirle permiso a los padres de la que luego fue su mujer para iniciar las relaciones.

Emilio asintió cabeceando. Lo vio sonreír, con la misma curva de felicidad que le acababa de ver hacía unos instantes, al decirle que

su mujer y su hija se parecían. Y ella pensó si ese parecido no era para él una bendición o un amargo recordatorio vivo del ser que ya no podía tener a su lado. Se sintió terriblemente triste por la pérdida de alguien que no había conocido pero que sabía que tanto le dolía a padre e hija. Sin pronunciar palabra, dejó que él se perdiese en los pensamientos que con toda probabilidad debía de estar teniendo, rememorando el momento de enfrentarse a su suegro. Cuando al cabo de unos minutos consiguió de nuevo su atención, volvía a hablarle:

—Yo quiero hacer las cosas bien y pedirle permiso también.

—Las cosas van a ocurrir sin que yo intervenga en uno u otro sentido porque aquí no pinto nada —dijo él con una sonrisa.

—Usted es el que más pinta, porque es el que más la quiere, y yo necesito hacerle saber que lo último que deseo es hacerle daño a Emilia y que no es mi intención que esté triste cuando piensa en mí, sino feliz y alegre.

—Cuando quieres a alguien es inevitable sufrir en ocasiones, lo sabes, ¿no?

El hombre hablaba dejando vagar la vista por el huerto, sin posarla en nada en concreto.

—Sí, pero si me dice que ha visto triste a su hija no puedo evitar sentirme mal si cree que es por mi culpa.

—También la he visto muy feliz. Mi hija es muy sencilla, no pide nada, no aspira a grandes cosas, siempre se ha conformado con lo que tenía en cada momento, asume la vida de manera tranquila, pero eso no quiere decir que no luche por todo lo que quiere, y cuando quiere algo, cuando lo tiene claro, va a por ello.

Ahora sí había enfocado la mirada, para posarla sobre ella.

—Sé que las cosas no siempre han sido fáciles en lo que respecta a relaciones, cuando le ha gustado una chica a veces no fue correspondida, nada que no sea normal, pero ya no lo es si además de recibir una negativa también infligen dolor.

—¡Ayyy, Emilio! —se lamentó con tristeza.

—Solo quiero verla bien, pero sé que no todos lo entienden y están los que callan y miran para otro lado y los que ofenden con

sus miradas cargadas de asco… ¿Asco mi niña? —Elevó la voz y, con ojos emocionados, preguntó al universo en general.

Vio la rabia salir por los ojos de aquel padre que, con los puños apretados, solo tenía ganas de aporrear con fuerza a quienes ofrecían ese sentimiento por Emilia sin que ella nada les hubiese hecho. Amelia arrastró la silla para estar más cerca y poder, de ese modo, pasarle con suavidad la mano por la espalda hasta que relajó la mandíbula y destensó los puños.

—Aprendió sola a tocar el acordeón, solo con mirar a mi padre hacerlo, y nunca preguntó nada para desenvolverse en el taller, se pasaba las tardes, después del colegio, allí metida observándonos al abuelo y a mí. ¡Sus manos son un tesoro! Todos en el pueblo lo dicen, todos acuden allí a que repare sus zapatos, algunos que dan asco mirarlos y que solo dan ganas de lanzarlos a la basura. Pero hay que comer, hay que pagar gastos, hay que trabajar y aguantar, y ella siempre es servicial, siempre con soluciones, siempre con una sonrisa, la que algunos de esos mismos clientes no tienen con ella si de los gustos personales de «la zapatera» se trata —dijo volviéndose a enfadar.

Se incorporó con rapidez de la silla en la que estaba sentado.

—Mejor me callo ya, porque al final la voy a despertar y no quiero que sepa cómo me hace sentir esa gente —dijo mirándola con fijeza.

Tras un breve silencio la llamó:

—Amelia…

—Sí, diga.

—No digo que no haya personas que os hagan sufrir, pero si estáis juntas el daño siempre será el menor posible.

Jardinera emitió un fuerte mugido que los hizo sonreír.

—La vaca está de acuerdo conmigo —dijo el dueño del animal—. Y si pudiera hablarte te diría que no es con ella con quien debes desahogarte, mi niña solo desea dar, también cuidar… Y que la cuiden. No la apartes, Amelia.

—No lo haré.

Capítulo 16

Emilia se internaba por el camino polvoriento que llevaba hasta su casa y Amelia, con toda la discreción que le era posible, pedaleaba tras ella. Miraba la figura de la muchacha, envuelta como siempre en sus sempiternos pantalones pitillo negros y la camiseta blanca. Admiró su espalda, las estrechas caderas, le encantaba su cuerpecito menudo y le parecía sumamente femenino. El viento enredaba su ensortijado cabello, enmarañándolo más de lo que habitualmente lucía, le gustaba aquel *revolico*, como ella misma llamaba a su pelo, le daba un aire distraído, de persona creativa que apenas si tenía tiempo para peinarlo, «pero está peinado, ¿eh?», le decía entre risas mientras los ojos se le cerraban por la felicidad.

Emilia pasaba, con su lento pedalear, todos los días frente a la casa de Maruja, «por si por un casual coincide que estás asomada a la terraza», le decía llena de ilusión cuando coincidían. Entonces Amelia bajaba a la carrera por las viejas escaleras haciéndolas temblar, para abrirle la puerta y arrastrarla tras esta, lejos de curiosas miradas, y poder así besarse. Besarse mucho, aunque fuese poco tiempo. El trabajo las mantenía inevitablemente alejadas, y Emilia echaba de menos no poder ni siquiera enviarle un mensaje al teléfono, aunque en el fondo le maravillaba esa característica de la profesora y que se mantuviese alejada de la tecnología, esa era una de las cosas que admiraba de ella.

Pero esa tarde, Amelia había decidido volver a perseguirla y sorprenderla y de paso volver a sorprenderse también ella cuando la volviese a mirar a la cara para poder recrearse de nuevo, y una vez más, en lo bonito de aquel rostro aniñado. Solo de pensarlo se estremecía sobre la vieja bicicleta de Maruja que Emilio le había arreglado para ponerla a punto.

—Pedaleas como una chica enamorada —dijo tras ella antes de alcanzarla y sobrepasarla mirando su sorprendida cara sin dejar de reír.

—¡Niña! —le dijo Emilia con ojos iluminados.

Frenaron al mismo tiempo y se observaron, con los pies bien plantados en el polvo del camino.

—Estás tan ensimismada que no te das cuenta de que te persiguen —le reprochó en broma.

—Pensaba en una profesora de matemáticas —apuntó cruzándose de brazos.

—¿Y en algunas de sus teorías? —Amelia frunció el ceño, pensativa.

—En algunas de sus curvas, más bien, o en todas ellas a la vez.

El cruce de miradas se volvió demasiado insoportable como para seguir manteniéndolo y desvió la vista hacia el fondo del camino.

—¿Qué tal el día? —le preguntó Amelia con despreocupación cuando en realidad su corazón bombeaba con rapidez por estar frente a esa mujer.

—Bueno, uno más en el que no he tenido necesidad de usar el máximo común múltiplo ni el mínimo común divisor —dijo Emilia con toda la sorna de la que era capaz.

—¡¡Oye!! —le gritó Amelia haciéndose la ofendida.

—Perdón —se disculpó sin mucha seriedad y con ganas de echarse a reír.

La profesora de matemáticas no tuvo más remedio que hacerlo, recordando su comentario.

Sin dejar de observarla, mientras su pecho subía y bajaba al compás de la risa, Emilia dejó caer la bici al suelo con despreocupación. Amelia, más respetuosa con la bicicleta de Maruja, que ya había sufrido mucho en esa vida, la apoyó con cuidado sobre el tronco del árbol que más próximo le quedaba; sin apenas darle tiempo a girarse, ya tenía a Emilia pegada a su espalda, abrazándola por detrás.

—Amelia —susurró con delicadeza sobre su oído pasando a olisquearle el pelo.

Amelia se abrazó a los delgados brazos cubiertos de fino vello rubio, casi transparente. Le encantaba cómo pronunciaba su nombre, parecía algo grande, algo espectacular, sonaba a nombre de estrella de cine, a gran cantante de ópera brillando de manera

refulgente en un gigantesco cartel de la Quinta Avenida de Nueva York. Se deleitó con el aliento de la respiración de Emilia sobre su cuello y se giró despacio para enfrentar ese rostro que tanto había deseado ver durante todo el día. Quedó apoyada en el tronco del árbol y Emilia puso los brazos también allí, dejándola atrapada.

—Ya no te escapas —le dijo Emilia con seriedad.

—¿Y si grito?

—Por aquí no pasan príncipes rescatando damas en peligro —avisó ella.

—Igual la dama en peligro eres tú —apuntó Amelia.

—¡Ay!, ¿yo dama? Déjalo, me quedo con el puesto de juglar tocando alegres melodías alegrando a los miembros de la corte. —Emitió una alegre y discreta risa.

—¿Sabes que eres preciosa? —Amelia no aguantaba más las ganas de decirle a esa chica lo loca que la tenía.

—¿Más o menos que mi vaca?

Con la broma, ya no se decidió a continuar confesando todo lo que ella ponía a funcionar en su mente, en su cuerpo, en su corazón enamorado.

—¡Me has pillado con esa pregunta! —contestó con un mohín de fastidio en la boca.

—Ya sabía yo que lo nuestro solo era conveniencia. —Emilia chasqueó la lengua.

—Pero puedo compensarte, la leche a cambio de uno de esos cuentos que tanto te gustan, ¿qué me dices, Campanilla?

—Que sí —dijo acercándose a su cara—, que me dejo, contigo lo que sea —susurró ya sobre sus labios.

Y se besaron, mucho, tanto que creyó fundirse con el cuerpo, la piel y todo el ser que era Emilia, y que ambas se estaban integrando en el fuerte y robusto tronco que las estaba sujetando para ser parte de él. Revolvió el pelo de Emilia, un poco más, y esta, amarrada al trasero de Amelia, intentaba asirse a ella porque las piernas no la sostenían.

—Ufff —resopló acalorada Emilia cuando al fin consiguieron desenlazarse.

Se pasó la palma de la mano por sus hinchados labios para secarse los restos de los labios de Emilia.

—Si vuelves a borrar uno solo de mis besos lo volveré a poner en tu boca —amenazó con seriedad—, mucho más fuerte que estos últimos.

—Has dicho «ufff», como si fuese hartazgo lo que sintieras al besarme —protestó Amelia intentando aguantar la risa al tomarle el pelo.

La chica rubia de pelo ensortijado volvía a acorralarla en aquel tronco.

—«Ufff» puede ser muchas cosas. —Sus claros ojos se clavaban con intensidad en los de Amelia haciéndola ruborizar, nunca antes nadie la había hecho ruborizar así—. «¡Ufff, cómo me gustas!», «¡Ufff, no aguanto más estar alejada de ti!», «¡Ufff, cómo me pones!»… ¿Ya está entendido el «ufff», niña? —dijo separándose mientras se mesaba el revuelo de rizos.

Le encantaba que se pusiera chula porque era algo que podía ver en muy pocas ocasiones, se la imaginaba en otras situaciones defendiendo algo que fuera suyo y se estremecía de puro placer y también, por qué no decirlo, de orgullo. Estaba orgullosa de su fiereza, de su, aunque imaginario, puño en alto, ese que sabía que sacaría si era necesario.

—¡Pero qué chula eres! —Tiró de su brazo para atraerla de nuevo hasta ella.

—¿Lo soy? —inquirió sonriendo.

—Lo eres, ¿y sabes qué? ¡Que me encanta! —dijo meciéndola entre sus brazos.

—Pero si no he matado ni una mosca en mi vida —dijo Emilia entre risas.

—¿Ni siquiera las que acuden al estiércol de Jardinera?

—Leches, Amelia, qué poco romántica eres, ¿eh?

Las dos volvían a reír y cuando al fin se detuvieron los murmullos de sus carcajadas tan solo se escuchaba el sonido que las ramas producían al ser agitadas por el viento.

—¿No es un sonido increíble? —preguntó Emilia elevando la vista hacia la alta copa.

—Lo es, como el de tu silbido al pasar frente a la casa de Maruja.

Emilia se separó un tanto para mirarla.

—Me gustaría no tener que hacerlo, me gustaría pasar más tiempo contigo, me gustaría…

Un gemido escapó de su garganta entristeciéndola por momentos y cada vez que eso ocurría Amelia padecía y sufría, se le encogía el pecho y le dolía el corazón.

—¿Sabes, profesora? Te echo de menos y te tengo aquí ahora mismo.

Amelia estiró las manos para envolver esa dulce carita con sus dedos.

—Ven a verme esta noche —le propuso—, cuando todos duerman, cuando todo esté en silencio, como amantes clandestinos.

Emilia sonrió desganada y asintió con la cabeza, entrelazó sus dedos con los de ella y poco a poco fueron separándose antes de subir cada una a su bicicleta.

Capítulo 17

Y así es como tuvieron su cita:

Pasadas las doce, cuando ya Maruja dormía y sus jefas veían, como siempre de manera ininterrumpida, sus series asiáticas favoritas.

Con el mayor cuidado posible le abrió la puerta.

Subieron las escaleras con las manos enlazadas.

A hurtadillas, penetraron en el pasillo que unía la habitación del fondo con las habitaciones de Mei y Yun.

Amelia cerró sin apenas ruido la puerta y se abrazaron, despacio, sin prisa y con delicadeza.

Amelia desnudó a Emilia.

Emilia desnudó a Amelia, aunque no le llevó mucho tiempo, ya que la esperaba con un vaporoso y holgado camisón de algodón, blanco inmaculado y de tela increíblemente suave que le pareció que era una delicia tocar. Su melena suelta por los hombros se robó unas cuantas caricias de Emilia antes de llevarla de la mano hasta la cama.

El enorme ventanal tenía las cortinas descorridas y el suave resplandor de las bombillas de colores atravesaba el cristal y bañaba las sábanas. Parecía que se iba a celebrar una fiesta en la reducida habitación y así era, la del amor, la del primer encuentro carnal de dos personas limpias y bonitas, sanas de mente y de corazón, libres de espíritu. Y como si este pensamiento estuviese presente en la mente de ambas mujeres, Emilia dijo:

—Tenemos las luces, las invitadas, y tú vas a poner la música.

—Creo que es al revés, Emilia.

—No, no lo es, porque yo tocaré, pero tú eres mi instrumento esta noche.

Sentada frente a Amelia, acarició sobre los hombros del que ya era el más preciado instrumento para ella.

—Tienes más teclas y botones que mi acordeón —susurró en un tono tan íntimo y sugerente que tuvo el poder de excitarla, haciendo que sus palabras bajasen desde su oído por su garganta, hacia abajo, hasta su estómago, haciéndolo revolotear, para retumbar mucho más abajo, entre sus piernas.

Emilia, que parecía dirigir aquella fiesta, extendió las piernas sobre la cama y en silencio le pidió que la imitase; se entrelazaron una alrededor de la cintura de la otra y quedaron así, sentadas frente a frente, más cerca, más pegadas, íntimamente inseparables, compartiendo el suave roce de piel contra piel, traspasando la calidez de uno a otro cuerpo.

—La noche del tango, ¿la recuerdas, Amelia?

—Sí.

—Eras tú a quien abrazaba, era tu cuerpo sujeto por mí, deslizaba mis dedos entre el teclado así…

Deslizó los dedos desde el cuello de Amelia para bajar, como si de un teclado se tratase, hasta las marcadas clavículas; rozó la prominencia de los huesos y tamborileó sobre ellos haciendo que una pequeña sonrisa se dibujase en los labios de la mujer que tenía enfrente.

—Aquí suenas muy suave, apenas si escucho tu música… ¡Cierra los ojos! —le pidió.

Obedeció y al segundo tenía los pulgares de la experta en música sobre sus pechos, pero la sorpresa no llegó a salir de sus labios, ya que Emilia había atrapado sus labios al mismo tiempo que rozaba de manera insistente sobre sus areolas y no tuvo más remedio que dejar salir el gemido de placer para que la directora de aquella orquesta se lo tragase.

—Me encanta cuando suenas así, Amelia —le dijo completamente arrebatada al separarse de su boca—, pero sé que puedes sonar mucho más fuerte, más aguda…

Siguió explorando, continuó tocando todas y cada una de las teclas y botones que la mujer expuesta ante ella podía llegar a emitir. Y Amelia se dejaba tocar, se dejaba alabar, se dejaba hacer porque nunca antes había sonado y resonado tan bien, tan armónica, tan afinada.

—Y ahora, Amelia, vamos a hacer una verdadera melodía, tú y yo, acompasada, sin desafinar. —Pegó tanto su piel a la de su amante que parecía querer hacerla arder.

—En tus manos nada puede sonar mal —gimió enfebrecida con el contacto íntimo al que la estaba sometiendo esa a la que llamaba Campanilla.

Sí, el nombre le venía bien, perfecto, porque nada había más musical que esa chica.

Amelia despertó antes de lo que solía ser habitual en ella, antes incluso de cuando salía para ordeñar a Jardinera. Estiró la mano, pero no encontró nada al otro lado de la cama y algo se removió en su estómago al verse sola. No creía que ella estuviese en el baño, no veía su ropa esparcida por la habitación y se entristeció. Con rapidez se vistió y sin desayunar abandonó la casa, tenía algo que hacer antes de abrir el bazar de sus jefas. Entre sus manos sujetaba una carta, unas líneas redactadas en tono de humor que esperaba fuesen del agrado de la destinataria.

Querida Emilia:

He despertado y no estabas a mi lado. De inmediato me he puesto a redactar una lista con las razones que te han movido a tomar esa decisión. Y debo decirte: la lista me ha salido bastante larga. Sí, porque he preferido ser benevolente contigo y pensar bien de ti, ya que sé que si me enfado y me dejo de listas, solo me viene a la cabeza una única razón: realmente sí eres uno de esos amantes clandestinos, furtivos, que toman lo que quieren y al amanecer desaparecen.

Dime, Emilia, ¿es ese tu caso? Bueno, de ser así no diré que me arrepiento de la noche que hemos pasado juntas, pero, la verdad, no esperaba este abandono por tu parte.

A la espera de una razón o de que confirmes mi sospecha, aquí quedo.

Amelia

Se acercó, pedaleando, hasta la casa en la huerta y dejó la carta en el buzón situado en la reja de la entrada. Esa mañana no pensaba hacer ningún postre, por lo que no entró a ordeñar a Jardinera. Sorprendida, se descubrió pasando la jornada intranquila, y las estanterías, después de ser debidamente ordenadas, no recibieron su satisfactoria aprobación diaria, nada le gustaba. Las horas no pasaban lo suficientemente deprisa, le agobiaron los pocos clientes que entraron a comprar y le molestaron incluso sus habituales y educados buenos días. Y sabía que de haber tenido un teléfono no habría dejado de mirarlo y remirarlo por si entraba un mensaje. Ante tal serie de síntomas no le cupo ninguna duda: la echaba de menos.

Abatida, regresó a casa de Maruja para comer y prepararse para sus clases. Al sentarse a la mesa, encontró cerca del sitio habitual que ocupaba un sobre a su nombre.

—¿Y esto? —le preguntó a su casera.

—Estaba en el buzón, aunque no lleva sello.

Sonrió como una boba e ilusionada se levantó de la silla para alejarse de la anciana y leer en el patio la carta con más intimidad.

—Uy, que esa carta huele a amorío —le gritó Maruja mientras se alejaba de ella entre risas.

Adorada Amelia:

Nada me habría gustado más que amanecer a tu lado. Ha sido una delicia estar echada y sentir tu cuerpo junto al mío, contemplar tu silueta cubierta por las sábanas mientras que, en la blancura de estas, se reflejaban los brillantes colores de las lucecitas de tu terraza.

Para este pueblo siempre serás la chica de las luces, porque desde tu llegada las noches tienen otros colores, más brillantes, más vivos, más intensos, perfectos si así prefieres que lo diga.

Disculpa mi ausencia, mi padre se encontraba mal, una de sus crisis respiratorias. Me ha avisado al teléfono, de manera que me he marchado de inmediato y hemos acabado en el hospital. He regresado para darme una ducha y volver con él. No te preocupes, solo ha sido un susto.

Te abraza con la mente,
Emilia

Capítulo 18

Había pedido el día libre a sus jefas. El 21 de mayo era una fecha en la que necesitaba estar con Claudio y con nadie más, ni siquiera con su soledad, ella no era una buena compañía para sí misma.

Claudio siempre acudía estuviese donde estuviese, todo quedaba aplazado así fuera nimio o importante. Bárbara, su pareja, comprensiva y solícita como pocas, había apoyado ese encuentro desde el mismo día en el que él se lo explicó.

Pese a ser simplemente amigos, los unía un lazo mucho más fuerte e irrompible que el de la amistad: habían perdido a una hija y, pese al tiempo transcurrido, pese a la distancia, pese a que sus vidas seguían de la manera más apacible y sin sobresaltos, sentían que ese día era para consolarse y compartir sentimientos. Paseaban, se abrazaban, reían. Él se emocionaba, ella lloraba, era un bálsamo compartir duelo con Claudio. Comían en el primer lugar que salía a su encuentro en la carretera, al que se acogían sin necesidad de haberlo hablado previamente, era un día señalado pero nada tenían nunca organizado, solo reencontrarse y estar. Estar era lo importante.

Al final del día, incluso la acompañó hasta el supermercado para hacer la compra más pesada de Maruja y evitarle así el tener que acarrearla en el carrito. Tras ser apretujado por la dueña de la casa antes de marcharse, se abrazó a Amelia envolviéndola con cariño y ternura.

Emilia, al otro lado de la calle, se encogía un poquito junto a su bicicleta, en la que se subió para avanzar totalmente desganada hasta su casa.

Amelia dijo adiós al coche de Claudio y suspiró con una sonrisa en los labios. Maruja la esperaba para cenar y con algo más, una carta reposaba sobre su plato.

—El amorío sigue, por lo que veo —comentó con las manos apoyadas en las caderas—, y nada me cuentas, que es lo peor de

esta película de misterio.

—No hay ningún misterio.

—Alguno habrá porque cuando me he levantado ya estaba la carta en el buzón, bien temprano.

Pero ya no la escuchó hablar, perdida como estaba en su ensoñación, abriendo, ilusionada, el sobre.

Adorada Amelia:
Siento mi necesaria ausencia de estos días.
Siento mi silencio.
Siento no verte, no respirarte, no mirarte.
Siento los besos guardados y no dados.
Siento tantas cosas por no tenerte a mi lado que no caben entre estas líneas, y por eso precisamente, porque aquí no caben, ¿quieres que nos veamos para poder demostrarlas en lugar de explicarlas?
¿Te parece bien la trastienda de mi taller? Puede ser a la hora que quieras, cualquiera me viene bien.
Te abraza con la mente,
Emilia

Sonreía enamorada y apretujó la carta contra el pecho. Entonces pareció procesar lo último que Maruja le había dicho.

—Maruja, ¿cuándo ha dicho que ha encontrado la carta?

—Esta mañana, a las siete, cuando me he levantado, ya estaba en el buzón.

—¡Vaya! —se lamentó al pensar en lo que había ocurrido al no leer esa carta antes.

—Lo siento, me he marchado para un análisis de sangre y cuando he regresado lo he olvidado por completo, después ya te has marchado con Claudio.

—No se preocupe.

Subió a su habitación, buscó papel, bolígrafo y un sobre, escribió y salió a dejar la carta en el lugar que debía.

Querida Emilia:
Hoy no ha sido un buen día.

Maruja no me ha dado tu carta hasta hace un momento, siento haberme perdido la cita que proponías, espero que haya muchas más.

Un abrazo enorme,

Amelia

Regresó a casa, se dio una ducha y bebió un trago de agua para pasar la pastilla que esa noche necesitaría para descansar. Se durmió pensando en Emilia, en su voz, en lo encantadora que era, en su risa y su sonrisa, en sus pantalones pitillo y sus revueltos rizos; el brillo de su rubio parecía cegarla si la imaginaba pedaleando ante ella camino de su casa en la huerta. A la mañana siguiente fue rápida y previsora y bajó a la calle a primera hora para abrir el buzón de Maruja, allí encontró un regalo durmiendo entre el frío metal: una carta de Emilia.

Hola, Amelia (Amelia echó en falta su habitual «Querida Amelia»):

Tal vez podamos vernos hoy.

Tal vez tu mal día haya pasado ya, de no ser así, ¿puedo ayudar en algo para que el día de hoy sea mejor que el de ayer? Creo que sé cómo conseguirlo si me dejas. Mi padre llevaba a mi madre en su bici hasta el pueblo de al lado cuando eran novios para ir al cine, si bien es cierto que iban acompañados de otros chicos y chicas, de otro modo no hubiese estado bien visto.

Ya que has renunciado a toda tecnología espero que el cine no sea también rechazado por ti, así que ¿qué te parece si nos retrotraemos al pasado de mis padres y tenemos una cita como antaño? Te llevo en mi bici hasta el pueblo vecino, vemos una película, después podemos tomar un helado y pasear de la manera más inocente.

Pasaré ante tu terraza a las cinco, si te apetece venir solo tendrás que sonreírme desde tu torre.

Deseando abrazarte te espera,

Emilia

Las cinco en punto.

Emilia en su bici.

Amelia en su torre, y su sonrisa, el pelo suelto, un vaporoso vestido ondeando al aire y sus prisas atravesando el pasillo, el rápido saludo a sus jefas que se asoman desde la salita al escuchar el estrépito de sus zapatos, su acelerado bajar los escalones y ese inquieto manejar el pomo de la puerta de entrada.

—Sube —la invitó Emilia.

Y allá que se acomodó, de lado, sujetándose a la estrecha cintura.

—Pero ¿cuántas bicis tienes? —Acababa de percatarse de que aquella no era la habitual que siempre le había visto usar, una de enormes ruedas y de estilo *vintage*—. ¿Es eléctrica? —Se sorprendió.

—Lo es, es de mi padre. Se la regalé para que no se quedase encerrado en casa y así se animara a llegar hasta el pueblo. Tengo, además, una de ciclismo y la de montaña; tienes donde elegir si quieres que te preste alguna.

—Me va bien con la antigualla de Maruja —confesó convencida y descartando el garaje en vehículos de dos ruedas que esa chica poseía.

—De acuerdo. A ver, para informarte de la oferta turística de hoy y según las ganas de disfrutar de unas vistas u otras: tenemos el trayecto corto, por carretera, o el otro un poquito más largo, por la huerta y caminos polvorientos o con un asfaltado que deja mucho que desear.

—El segundo, sin duda, me suena más apetecible.

—Lo que diga la dama de la torre.

—Puedo pedalear si te cansas —se ofreció.

—¿Con ese vestido y tus tacones? —inquirió entre risas Emilia.

—Quería estar mona.

—No podrías estar de otro modo, aunque lo intentases. Anda, sujétate, no quiero perderte por el camino.

—Hablas de mí como si fuese una carga o un bulto a entregar en otro lugar. —Se hizo la ofendida aguantando la risa.

—Compórtate ahí detrás o te dejo en cualquier lugar que me parezca bueno. Además, te recuerdo que es eléctrica, no sufras por mis delgaduchas piernas. —Elevó una de ellas para ilustrar su comentario.

No quería sentir el portaequipajes clavándose en su trasero, pero lo sentía. El vestido se le enredaba entre las piernas y no deseaba que se enganchase con los radios de las ruedas y llegar, de ese modo, sin falda hasta el cine. También temía apretar demasiado a Emilia por la cintura para no caer y agobiarla de ese modo. ¿Era un viaje cómodo? No, para nada. ¿Era una aventura? Lo era, divertida pese a todos los inconvenientes que no dejaban de acumularse y de incrementar conforme avanzaban, pero, sobre todo, transcurría junto a su deliciosa Campanilla y eso valía la pena.

Capítulo 19

Los sábados, a primera hora de la tarde, reponían películas antiguas. Más tarde exhibían una de estreno, aunque esta no era de su interés. El local no estaba muy concurrido, así que no hubo problema en escoger sitio para sentarse: hacia la mitad y junto al pasillo. La sala de cine era antigua, rezumaba ese ambiente que solo tenían los lugares como aquel en los que la magia por lo que estabas por disfrutar podía palparse en el ambiente, propiciado por la enorme lámpara de araña que presidía el techo y que desprendía débiles luces ambarinas que apenas si iluminaban todo el espacio. La pesada cortina de terciopelo rojo para cubrir la pantalla, viejas butacas de tapicería ya deslucida y con evidentes manchas, donde no había hueco para reposar bebida alguna, sino, simplemente, apoyar los brazos.

Proyectaron *Vacaciones en Roma* y la vieron pendientes de la pantalla como si no fuese esa la quinta y séptima vez que una y otra la habían visto. Rieron, se maravillaron con la energía y dulzura de Audrey Hepburn, admiraron la clase y el saber estar que rezumaba Gregory Peck. Y Amelia no pudo evitar emocionarse, como siempre, y una vez más, con la despedida de los protagonistas. Pese a todo, salieron de la sala felices, relajadas ante la magia que el cine siempre les hacía sentir.

—¿Quieres un helado?

—Lo quiero —dijo Amelia.

—La heladería a la que venían mis padres sigue existiendo —señaló con la mano para indicar que torciera a la derecha en la siguiente calle—, no ha cambiado nada, a mi padre le encanta venir de vez en cuando.

Al entrar por las enormes y altas puertas de madera gris, Amelia recreó la vista en las antiguas mesas de aluminio a juego con las sillas. Se vio reflejada tanto en el espejo del lateral del local como en el que había colocado tras la barra.

—Mi padre siempre pide leche merengada, no cambia de sabor después de tantos años y yo siempre pido el helado favorito de mi madre: de mantecado. A él le gusta ver cómo lo disfruto, tal y como hacía observando a mi madre.

Emilia guardó silencio.

—Sé que se llena de nostalgia cuando venimos… Si el local hubiera sido remodelado y tuviese otro aire ya no sería igual para él, pero es que no ha cambiado nada. —Miraba en derredor, empapándose de todos los detalles que ya tenía más que asimilados de tantas visitas.

Amelia pensó en Emilio, en su rostro enamorado hablándole de la que fue su mujer, y allí, junto a Emilia, que tanto decía que se parecía a su madre, pudo imaginar a unos novios ilusionados y haciendo planes mientras compartían su sencilla tarde de domingo junto a un helado.

Amelia pidió agua de cebada, había descubierto ese placer helado en casa de Maruja y le encantaba que llegase el calor para saborear una bebida tan típica de la zona. Disfrutaron de sus helados mientras rememoraban momentos de la película, rieron de nuevo con las escenas más divertidas y al acabar el refrigerio salieron a caminar sin prisa, dando un paseo que las condujo hasta la antigua estación, y allí, frente al viejo y ahora deslucido edificio, se sentaron sobre un pequeño y derruido murete.

Pese a estar sentadas, hombro con hombro, se miraban, la primera vez en toda la tarde en que lo hacían de verdad, puesto que en la semioscuridad de la sala de cine y atentas a la película no habían podido hacerlo. Y las miradas de hacía un rato, intercambiadas en la heladería, estaban llenas de palabras, de risas, pero no de permitir que sus corazones hablasen por ellas.

Emilia le sujetó la mano antes de hablar. Parecía temblar, como si fuese esa la primera vez que la tocaba, y Amelia se inundó de ternura por ella.

—Decías que no tuviste un buen día, ¿ya estás mejor?

—Sí —dijo Amelia—. Pero siento no haber visto tu carta hasta tan tarde.

—¿Si la hubieses visto antes habríamos tenido la cita que yo proponía en mi trastienda?

—No.

—Gracias por la sinceridad. —Emilia presionó sus dedos con delicadeza.

—No habría podido acudir, estuve con otra persona.

—Os vi. —Emilia, con cuidado, soltó la mano que tan firmemente tenía sujeta—. No es un reproche, solo quería que lo supieras, y que te estuve esperando y que… —tomó aire como si se fuese a ahogar —, lo siento, pero es que necesito decirte que me sentí mal y no sé por qué, ya que no conozco a la persona que abrazabas y no es justo que esté manifestando todo esto en voz alta. Pero si no lo digo me ahogo, de verdad, Amelia, me duele… aquí. —Se tocó sobre el pecho, por encima de la camiseta.

Y allí posó Amelia su mano, para frotar con delicadeza donde ella se tocaba.

—Era Claudio, un buen amigo.

—Lo siento tanto, Amelia. —Sus ojos se humedecieron.

—¿Qué es lo que sientes? —Amelia se sentía confundida.

—Que me estés dando explicaciones, ¡siento vergüenza! Y no me reconozco. Tan solo puedo decir que contigo me sentía parte de una bonita relación y al veros creí estar tan equivocada…, que había confundido tus sentimientos, que lo había malinterpretado todo… — Su cara brillaba completamente sonrojada y Amelia de nuevo solo pudo sentir una enorme ternura por ella.

—Te doy explicaciones porque quiero, te las ofrezco porque tú me invitaste y no tuviste noticias de mí en todo el día. Siento que me estuvieses esperando, así que lo mínimo que puedo hacer es decirte por qué no acudí a tu cita.

Rozó su mejilla para tranquilizarla.

—Ayer, Claudio y yo celebramos el aniversario del fallecimiento de nuestra hija.

Emilia cerró los ojos con fuerza, embargada por la pena ante lo que escuchaba y furiosa con su reacción del día anterior, una llena de frustración, toda la que había sentido ante ese enfado que la

había hecho entristecerse, simplemente por un abrazo que tanto necesitaba Amelia y del que ella nunca sería partícipe.

—Es un día importante para nosotros, necesitamos estar juntos, nadie más puede suplir esa compañía en un día tan desafortunado. Pero tienes que saber que nadie más puede suplirte a ti y a la alegría que me haces sentir cuando estoy contigo o recibo carta tuya.

Amelia se había levantado del muro que hacía de improvisado asiento y se situó frente a la chica que no cabía en sí de la tristeza después de confesarle su malestar. Se recreó en sus facciones, en sus deslumbrantes ojos, tan claros, tan azules que parecían imposibles, y de tan imposibles a ella se le hacía irreal el mirarla, el sostenerle la mirada por mucho tiempo, porque parecía que iba a colarse en sus pensamientos y que Emilia podía leerla. Su Campanilla parpadeaba sin dejar de mirarla, con esa serenidad de la que siempre hacía gala y que tanto la maravillaba.

—Eres tan bonita, Emilia…, y no solo por fuera, ¡por dentro! Porque después de mi silencio, de mi plantón, de saberte allí con la incertidumbre de no entender por qué no había acudido y tras verme junto a un extraño para ti, abrazada a él, sintiéndote mal, aunque no quisieras…, porque eso no se controla, aun así tuviste la delicadeza de preocuparte por mí, de volver a invitarme al saber que yo había tenido un mal día para hacerme feliz. Eres de oro, eres un tesoro. —La obligó a incorporarse para rodearla con los brazos, aspirando el olor a limpio de su camiseta blanca.

—Solo soy una chica vulgar.

Nada más escuchar aquella sentencia, supo que unas palabras así, tan duras y feas, no provenían de Emilia. Alguien, antes que ella, se debía de haber encargado de meterlas en su mente para que la carcomieran y después fuese recitándolas como si de un mal mantra se tratase.

—Pero ¿cómo dices eso? —Se separó unos pasos recriminándole con tristeza—. ¿Quién ha dicho algo así sobre ti?

Emilia, sonrojada de vergüenza, no parecía querer hablar.

—Lo digo porque tú sufres.

La respuesta no la convenció y sin dejar de mirarla parecía seguir esperando una explicación más razonada.

—Lo digo porque yo soy tan egoísta que solo me preocupo por mí y mis dudas acerca de a quién abrazabas.

—¿Será que te importo? —preguntó con malicia.

—¿Todavía no lo sabes? —Emilia, con los hombros caídos, pareció encogerse.

—Y porque lo sé debes prometerte a ti misma que no volverás a pensar que eres vulgar, me ha dolido escucharte hablar así de ti.

Y lo prometió, pero no por eso fue sincera, puesto que continuó pensando que era vulgar, alguien corriente. Y mientras volvían a sentarse en el derruido muro y asimilaba la dura experiencia que Amelia le relataba con la pérdida de su bebé, ella no dejaba de pensar en la anodina vida que hasta antes de conocerla había vivido, una que no creía que fuese atractiva y satisfactoria para nadie, tal y como en aquella ocasión, que ya creía olvidada, le había hecho ver Andresa. Y ahora, además, descubría con el corazón encogido que el bagaje emocional que Amelia acarreaba la hacía poseedora de una experiencia vital en la que ella nunca podría intervenir para dar consuelo, aliento o ser un apoyo estable al que la mujer que amaba pudiera asirse.

Y aquí nos detenemos un momento para analizar los pensamientos de estas dos mujeres, en los que ambas, y sin ponerse de acuerdo, piensan que nada pueden aportar a la vida de la otra.

Emilia, que se cree corriente y que no pueda ser apoyo de ningún tipo para Amelia.

Amelia porque desea una tranquilidad que no cree que pueda ansiar a su lado una mujer como Emilia.

Nos preguntamos: ¿por qué castigarse así, con esos pensamientos? ¿Por qué no valorarse más y creerse realmente importante para la otra persona que al parecer tanto nos admira? ¿Tan difícil es amar a otro? ¿O es más sencillo de lo que creemos y no dejamos de ponernos trabas innecesarias?

Capítulo 20

Se sentía ansiosa en cada clase que ahora debía impartir a Leo, su actitud la había sobrepasado de tal modo que se había hecho dueño de la situación. Se veía como su víctima e irremediablemente se sentía amedrentada por él. Mediaba junio y los exámenes finales estaban al caer, solo deseaba que estos pasasen con la máxima celeridad, porque después podría verlo desaparecer de su vida. No ansiaba nada más.

Lo veía llegar con aire más chulesco en cada clase que pasaba. Atormentada, se decía que había luchado tanto para ganárselo que no asimilaba la posición en la que ahora habían quedado profesora y alumno. Él se había desahogado en ocasiones con ella, maldecía a su padre, se enfadaba y no lograba hacer nada productivo en clase hasta que no conseguía que se aplacase toda la rabia y frustración que la dejadez de su padre para con él y su madre le hacían sentir. Y allí había estado Amelia, para escucharlo, arroparlo y acogerlo. Habían andado tanto juntos… Había traspasado muchas metas con él, paso a paso, y además había logrado centrarlo para que, en sus estudios, si no brillase como una estrella, al menos los estuviese sacando adelante gracias a su interés y esfuerzo.

Leo la miraba por encima del libro y sonreía socarrón. Amelia intentaba reconducir su actitud con escaso éxito y ya había decidido no luchar más, dejándolo por un caso perdido. Con él le quedaban unas pocas clases que impartir, todas ellas de repaso en las que se iba a limitar a explicar y supervisar ejercicios mil veces repetidos a lo largo del curso. Se daba por vencida con Leo y solo le importaba ya el alumno, lo que tal vez debió hacer desde el primer día: no implicándose emocionalmente con ese chico. La lección estaba más que aprendida con todo lo sucedido.

No solo Leo había estropeado una relación conseguida a base de paciencia infinita y golpe de confianza, había estropeado la que tenía con todos sus alumnos, a los que, se había dado cuenta desde su

amenaza, recibía nerviosa, con el corazón latiendo al galope. A menudo sudaba sintiéndose extraña ante ellos, incómoda y a la espera de que alguno de aquellos chicos o chicas soltase alguna inconveniencia acerca de ella o de Emilia.

Lo peor era cuando se acercaba la hora en la que Sofía llevaba a las gemelas hasta la casa de Maruja. Las niñas eran una alegría en su vida, la llenaban de tantas emociones, eran tan bonitas, tan chiquitinas las dos, pasaban unos maravillosos ratos ahora que había llegado el buen tiempo dando las lecciones en la terraza… Sin embargo, aguardaba su llegada con miedo, inquieta porque de un momento a otro Sofía, o quizá su marido, se plantase allí para insultar y faltarle al respeto, justo lo que Leo le había anunciado.

Definitivamente, el final de curso con las clases particulares se había convertido en un infierno para ella. Maruja se lo había dicho: la veía intranquila y algo más delgada. Sus jefas le habían gastado alguna que otra broma debido a sus despistes en la tienda, insignificantes, sí, pero ahí estaban. Lo mismo ocurría con la desidia y la desgana que la invadía para reunirse todas juntas o ni siquiera encerrarse en la cocina para elaborar dulces postres.

¿Quiso compartir su desazón con Emilia? No, no quiso, porque su pesar la incluía a ella también y no veía la necesidad de hacer sufrir por la mala educación de ese crío. Simplemente la buscaba en el taller, algunos ratitos la asaltaba y la llevaba de la mano hasta la trastienda, donde se abrazaba a ella y donde Emilia susurraba sobre su pelo lo mucho que la echaba de menos, pese a verse casi a diario.

Y Emilia silbaba a su paso ante la casa de Maruja y ella bajaba a la carrera para estrecharla y besarla, mucho, tras la puerta de entrada, y sentía que no era suficiente y tan solo deseaba arrastrarla escaleras arriba para repetir la maravillosa noche que habían vivido juntas.

Toda esa fingida calma que intentaba mantener había saltado por los aires la mañana que fue a buscar dinero en el cajón de su cómoda para pagarle el alquiler a Maruja. Pero por más que rebuscó entre su ropa, cuidadosamente doblada, no encontró nada. Siempre había dejado el dinero que le pagaban por las clases allí, billete

sobre billete, bajo las camisas y jerséis. A final de mes repetía el ritual: abría el mueble, guardaba lo cobrado al fondo y cerraba el cajón, y no entendía por qué no estaba en su lugar.

Intentando organizar sus ideas se detuvo a pensar, reconociendo que andaba bastante despistada. Yun y Mei ya se lo habían dicho. Sin duda debía de haber cambiado de cajón en un descuido. Rebuscó en todos ellos, de arriba abajo, de abajo arriba y vuelta. Sacó toda la ropa, prenda a prenda, desdoblándola, agitándola, sacudiéndola. Allí no estaba su dinero, todo el que llevaba ahorrando desde que había empezado a dar clases en ese pueblo desde hacía dos años, descontando el que pagaba por el alquiler.

Sin saber qué pensar, registró toda la habitación y cuando no pudo más que rendirse a la evidencia, abatida, se sentó sobre la cama: le habían robado y, presa de los nervios, empezó a pensar en los miembros de la casa y, horrorizada ante lo que estaba a punto de hacer, es decir, malpensar de Maruja, Yun y Mei, se echó a llorar.

—No puede ser —se repetía inquieta y agobiada una y otra vez—, no puede ser.

Entonces pensó en Silvia, la madre de Leo, cuando entraba en su habitación para darle un repaso, «detalle de las chicas», le decía refiriéndose a sus jefas, que pagaban las horas de limpieza, guiñándole un ojo mientras pasaba el aspirador o le sacaba brillo a los ventanales de la terraza. Y no es que a ella le encantase limpiar, pero la mujer era un primor ordenando y dando lustre, y ella disfrutaba y aceptaba ese inmaterial pero tan bien venido presente.

Intentó pensar en la última vez que Silvia había estado en su cuarto, pero por más que quiso no lo recordaba. También se centró en si había visto algún cambio en ella cuando había intercambiado unas palabras últimamente: cohibida o rehuyendo su mirada, ¿algo avergonzada, quizá? Y se dijo que no, Silvia llevaba años entrando a limpiar para sus jefas y estas nunca habían dado quejas de ella.

Inspiró y exhaló el aire con fuerza. Necesitaba volver a la calma, era la hora de sus clases y las gemelas no tardarían en llegar, intentó refrescarse y recomponerse para recibirlas, como siempre: con su mejor sonrisa. Durante la clase le costó bastante mantener la atención, pero logró llegar al final de la habitual hora con las niñas.

Las despidió en la puerta y se dispuso a subir de nuevo. Leo estaba a punto de aparecer por la esquina de la calle cuando el ensordecedor ruido de una moto inundó el espacio y, curiosa, se asomó a la puerta, una figura muy conocida para ella aparcó ante la fachada de Maruja. Cuando al final detuvo el estridente motor y se sacó el casco, Amelia sintió una repentina flojedad de piernas: Leo estaba debajo del casco, subido a la moto que siempre andaba diciendo que quería comprarse.

—¿No me vas a decir nada? —preguntó el chico bajándose de la moto.

Se sujetó al pomo de la puerta incapaz de contestarle, ¿estaba delante de sus ahorros ganados gracias a las clases? No podía ser, Leo era el último nombre en el que hubiera pensado cuando descubrió la falta de dinero en su cajón. En cambio, y se maldijo nuevamente, sí había pensado mal de la pobre Maruja, también de Yun y Mei.

—¿De dónde la has sacado? —fue su pregunta, encarando al chico con una agresividad inusual en ella.

—¿De dónde va a ser? Ya sabes que mi padre prometió comprármela. —La respuesta, tranquila y pacífica.

—Y tu madre se lo tenía prohibido —le recordó.

—La vieja que diga misa, me la ha comprado mi padre, ¡ya está! Fin del debate, qué ganas de discutir por todo tenéis siempre, joder. Es una moto y encima de segunda mano y vieja, que ni nueva es, para las ganas que le tenía. —Leo la empujó en el hombro cuando pasó por su lado para subir las escaleras.

Amelia agitaba la cabeza, quería desechar la idea, no podía soportarla, era demasiado grande como para asumir que ese chico le había robado de manera tan descarada. Y si lo pensaba fríamente era él quien tenía todas las probabilidades, porque, aunque hubiese sido de manera inocente, había guardado el dinero de las clases que Silvia le enviaba con Leo ante sus ojos, y del mismo modo, ante el chico, había sacado algún que otro euro para ayudarle a darse algún capricho durante el fin de semana cuando su madre se lo negaba. Pero jamás hubiese creído en una traición así, donde el chico se

hubiera gastado sus ahorros en la moto. Era demasiado, era una maldad demasiado grande y sobre todo cruel.

Como pudo dio la última clase al muchacho, pero antes de marcharse no se conformaba con dejarlo ir y le contó, del modo más sereno y tranquilo que le fue posible, lo que le había ocurrido. Leo, con cara de pasividad e indiferencia total, la escuchaba inmóvil.

—Ahora no tengo dinero y debo pagar a Maruja el alquiler, si no consigo el dinero tendré que dejar la habitación —mintió en esta parte de su relato, ya que no era ese su único sueldo, pero sin duda quería provocar una respuesta en el chico.

Al relatarle lo sucedido deseaba entrever en él un poco de arrepentimiento o vergüenza, pero no fue así, puesto que, colgándose la mochila al hombro y recogiendo su nuevo casco de la silla donde lo había dejado al entrar, le soltó de la manera más tranquila que nunca antes, en los dos años que lo conocía, le había escuchado hablar:

—Pues tendrás que irte, conforme viniste te vas —soltó de manera glacial e indiferente.

Y no era esa la respuesta que había querido provocar en él, por lo que Amelia solo pudo sentir un dolor sordo y aplastante en el alma, allí donde creía que había tocado a ese chico con sus consejos y con su ayuda día a día desde que se habían conocido.

No llegó a desearle suerte en su último examen y él ni siquiera se despidió de ella. Allí acababa esa relación, una en la que había puesto todo su corazón y sus buenas intenciones para hacer del muchacho alguien un poquito mejor intentando aplacar toda la ira adolescente que siempre rezumaba por todos los poros. Y sin poder acusar a nadie, sin poder levantar la voz y gritarle lo que para ella era toda una evidencia, se tragó la rabia, su indignación, y continuó con las clases hasta más allá de las diez de la noche, cuando acabó con los alumnos de Bachillerato que en breve tendrían que enfrentarse a sus exámenes de acceso a la universidad.

No llegó a quitarse la ropa, tan solo se descalzó y así se introdujo entre las sábanas. Por primera vez desde que había ido a vivir a ese pueblo, y las había instalado, no encendió las luces de su pequeña terracita.

Capítulo 21

Querida Amelia:
¿Estás bien? Anoche no se encendieron las luces de tu terraza.
Esperando a que me lo cuentes te espera como siempre,
Emilia

Esa breve carta debería ser un mensaje al móvil. Uno que no tenía.

Esas palabras debería poder contestarlas en un solo segundo gracias a la inmediatez de un teléfono. Uno del que no disponía, y así no tener que dejar a Emilia con la incertidumbre de si algo realmente le ocurría y, de paso, no hacerla esperar con su respuesta o hasta tener un encuentro a solas.

Y ese robo jamás se hubiera producido si ella dispusiese de una cuenta corriente donde ingresar su dinero, una a la que había renunciado porque no deseaba ataduras de ningún tipo. En cambio, era la cuenta corriente de su madre la que recibía cada final de mes el escaso, aunque bien ganado, sueldo que sus jefas le ingresaban por su trabajo en la tienda. Y ahora ella debía hacer uso del teléfono de Maruja para llamarla, puesto que una carta tardaría en llegar y nunca se había retrasado en el pago con la dueña de la casa.

—¿Qué ha pasado? —Maruja no había podido evitar escuchar la conversación tras colgar el auricular del teléfono fijo situado en el salón.

No podía contarle lo del robo, no podía hacerle saber que estaba recibiendo gente en su casa de la que no se fiaba, la idea de que otro y no Leo era el culpable todavía la sobrevenía, incrédula, incapaz de aceptar lo obvio.

—Nada, Maruja, este mes no he sido muy ahorrativa y habrá que echar mano del sueldo de la tienda.

—Sabes que no me corre prisa alguna —dijo despreocupada.

—Lo sé, pero no quiero retrasarme, de paso no está mal para que mi madre se acerque hasta aquí y pasemos un rato juntas.

—Ah, eso desde luego, siempre reconforta que nos achuchen —apuntó la anciana.

Y así era, un abrazo era lo que más necesitaba. Lejos quedaba ya todo el dolor que había ido acumulando debido al descubrimiento de la relación con Lucas, y su madre y ella estaban en un punto bueno y avanzando.

La esperaba en la plaza del pueblo, por una vez no quería recibirla en casa, tenía que contarle lo sucedido y no quería que nada llegase a oídos de Maruja. Si realmente Leo, o cualquier otro alumno, le había robado, la culpa era suya y solo suya, y no deseaba generar en la dueña de la casa malestar alguno. De todos modos, debería replantearse lo de continuar impartiendo clases en la habitación, demasiado había abusado de la generosidad de la anciana.

«Y mira qué ha resultado de su bondad», se lamentó Amelia en silencio.

Su madre la abrazó con timidez, aunque llena de ternura, como venía haciendo desde su gran enfado, pero ella se quedó pegada algo más a aquel maduro cuerpo que tan bien olía. Sentadas minutos después en un solitario banco, donde Amelia tenía total visión para que nadie las escuchase, si alguien aparecía por cualquier punto de la plaza, confesó su desazón.

—No tienes certeza alguna de que haya sido el chico.

—He hablado con Silvia, para sonsacarla, estaba indignada porque su ex no le pasa ni un céntimo de pensión y tampoco entendía de dónde había sacado el dinero para la moto de Leo, ya que siempre anda entre apuestas y borracho. Estaba preocupada por si había hecho algo indebido y había implicado al chico. Tampoco es que le coja el teléfono para aclarar si verdaderamente él le ha dado el dinero o no.

Recordaba la conversación que había mantenido con Silvia y lo mal que se sentía con la llegada de aquel objeto indeseable, manifestándole el disgusto que la compra de esa moto había traído hasta su casa:

«Detesté siempre la idea, pero ya que la tengo que aceptar me sería más fácil si la compra de ese odioso y escandaloso trasto le hubiera aportado algo de paz a Leo, pero es que ha sido todo lo contrario —se había lamentado Silvia mientras hablaba con ella—, está más irascible que antes, salta por todo y siempre de mal humor. No lo entiendo, era lo que siempre había soñado, entonces, ¿ahora qué le ocurre? ¿Es que mi hijo nunca va a ser capaz de ser feliz con nadie ni con nada?».

—Lo siento tanto, hija, pero es una situación muy difícil para acusar a nadie, por tu habitación pasa tanta gente a diario… Si es que ya sabes que…

Pero su madre se detuvo de inmediato.

—Lo sé, mamá, me has dicho lo mismo muchas veces.

Esperanza le había aconsejado en diversas ocasiones que todo su dinero debía estar en su cuenta y no en un cajón entre camisetas y jerséis.

—Perdóname, lo último que pretendía era sermonearte, no es el momento.

—Pero ¿y si no ha sido ninguno de los chicos? Porque siempre he creído que las mujeres con las que vivo son honestas y buenas personas. Pero ahora tengo la sensación de que las cosas en esa casa no serán igual y de estar equivocada no es justo para Maruja, porque ya hasta desconfiaré de sus nietos cuando vengan a visitarla. Tampoco es justo para Yun o Mei, ni siquiera para Silvia, que va a seguir limpiando allí. ¿Cómo me voy a enfrentar a esa incertidumbre a diario?

—¿Quieres marcharte? Sabes que puedes regresar a casa cuando quieras, desde que me mudé a vivir con Lucas no le doy una buena limpieza al piso, pero lo dejo listo para cuando quieras —se ofreció Esperanza.

Los ojos de Amelia se humedecieron, ¿quería marcharse? ¿Después de haber formado una nueva familia con Maruja y las chicas? Sí, porque eso eran para ella: su familia. Una bonita, amable, sencilla y tan pero tan divertida y ecléctica. ¿Y deseaba marcharse ahora que tenía un nombre en ese pueblo y que a fuerza de trabajo

incansable había conseguido tantos alumnos con los que poder hacer lo que más le gustaba?

Había bajado un momento la mirada y no la vio acercarse.

—¡¡Amelia!!

La voz de Emilia le hizo pegar un respingo, asustada. Su cara demudada mientras se enjugaba las lágrimas tampoco pasaron desapercibidas para los ojos, ya sorprendidos y algo tristes, de Emilia al ver el gesto de la profesora.

—¡Hola, Emilia! —saludó cortada, incorporándose.

—Perdona, no deseaba incomodar —dijo sonrojada mirando a la señora junto a ella que también se había incorporado.

—No incomodas, estoy con mi madre, Esperanza. Ha venido a verme.

—Encantada —dijo acercándose para darle dos besos.

—Ella es Emilia —la presentó intentando recomponerse.

Se hizo un momento tenso en la que ninguna de las dos sabía qué decir, ya que la tercera del grupo sabía que no le correspondía a ella hablar, pero aun así lo hizo:

—¿También vives aquí? —Quiso ayudar con la pregunta para que su hija reaccionase de algún modo.

—Sí, mamá —contestó ella por Emilia—, es la zapatera del pueblo.

Esa presentación, sin duda, no era lo mejor para reconducir el encuentro y la cara de Emilia decía tantas cosas… Pero Amelia no se percató de eso y tampoco del trastorno que sus palabras iban a ocasionar a la persona con la que tantos momentos había compartido.

—Ha sido un placer, Esperanza —dijo Emilia dirigiéndose a la señora que la miraba con algo de lástima en el rostro—, me marcho ya.

Prácticamente sin llegar a ver cómo Emilia se alejaba de la plaza, se sentó de nuevo y su mente, se acababa de dar cuenta, seguía en modo robo de dinero. No podía llegar más allá ni ver otra cosa.

Entregaba la mensualidad a Maruja cuando percibió el rictus preocupado de su casera.

—¿Ocurre algo, Maruja?

—No me gusta meterme en lo que no me importa, pero ¿has visto últimamente a Emilia?

—Sí, hace un rato, además.

—¿Habéis hablado?

—No, ¿es que ha pasado algo? —Se preocupó.

—Esta mañana, en la panadería, alguien estaba hablando de vosotras.

—Bueno, somos amigas. —No alcanzaba a ver qué era lo preocupante en lo que la anciana le contaba.

—No hablaban de vosotras como si fueseis amigas. Al parecer… ¡Ay, hija, me da vergüenza!

—Tranquila, diga lo que sea —la animó.

—Parece ser que alguien os vio un día muy juntas, a la salida del pueblo.

—Muy juntas —repitió Amelia.

—Sí, vaya, demasiado.

La imagen de Emilia arrinconándola estremecida de placer y deseo, como tenía por costumbre, al tronco de cualquier árbol del camino llegó nítida hasta ella.

Cerró los ojos, pero de puro agotamiento, y no porque alguien las hubiese visto. Se sintió exhausta, con ganas de echarse de nuevo a dormir con ropa y todo, tal y como había hecho la noche anterior. Se sentó en una silla y se dejó caer de forma pesada, no pensó en quienes las habían visto, tampoco en lo que fuesen diciendo de ellas, que nada agradable debía de ser, eso podía imaginarlo, solo en quien tenía delante.

—¿Y usted qué piensa, Maruja?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que yo vivo aquí y lo último que quiero es que se sienta mal de algún modo conmigo, porque está claro que yo puedo hacer lo que quiera con mi vida, pero si eso le afecta a usted dígalo, sin pesar alguno, y me marcho ahora mismo.

—Esta casa es otra desde que estáis aquí las chicas y tú. Estaba sola, me sentía sola, me sentía una señora mayor, una anciana llena de achaques, que, ¡vaya! —golpeó ligeramente la mesa con la palma

de la mano—, lo soy, sí, mayor y anciana, y tengo achaques, pero ya no se ven igual, ni yo me siento igual, no pesan tanto. Porque me ayudáis con la carga de los años que voy cumpliendo más de lo que lo hacen mi hijo y mi nuera, preocupándose por mí y agobiando.

Estiró la mano para posarla sobre la de Amelia.

—Si alguna vez no he entendido y me han molestado las relaciones que tú puedas tener con esa chica, ya ni me acuerdo y ahora mismo es que simplemente me dan igual, porque ¿qué pinto yo ahí, en medio de vosotras y lo que podáis sentir? En cambio, ¿sabes cuánto pintas tú aquí, aquí en medio?

Hizo un ademán lleno de orgullo para señalar todo el patio, junto con la pequeña huerta repleta de tomates y lechugas que tan felices y tiesas crecían gracias a la mano de su inquilina.

—He cortado en seco a quienes con tanta inquina os estaban criticando, pero no ha servido de mucho, esa gente creo que no me va a volver a hablar y Pepe, el panadero, ha torcido el morro más de lo que yo hubiese creído, que siempre va de liberal y moderno y resulta que es un imbécil redomado.

—Siento que haya tenido que enfrentarse a esa gente.

—¡Bah! El pan lo compraré donde quiera y yo no necesito gente así ni para un saludo, pero…

—¿Qué? —Preocupada, la instó a seguir.

—Puede que sí le hagan daño a Emilia y que mucha gente deje de ir a su taller o, peor, que vayan y la hagan de menos tratándola de manera hosca y desagradable, y la pobre, por ser educada con la clientela, no tenga más remedio que aguantar… No sabes cómo pueden llegar a ser algunas personas si desean hacer mal.

Dejó salir al cliente de Emilia antes de penetrar en el interior del taller. Aunque la muchacha levantó la cabeza, enseguida la bajó para dirigirla a lo que tenía entre las manos, aparentemente sin interés alguno en la persona que acababa de llegar.

—Hola, Emilia —saludó con nervios.

—Hola, ¿qué hay?

Amelia pasó la mirada en derredor, esa sequedad cuando se encontraban a solas no era nada habitual entre ellas, de manera que quiso cerciorarse de que realmente el local estaba vacío de gente. Y sí, allí no había nadie más, y esa distancia que estaba marcando y que nunca hubiera esperado por parte de Emilia le traspasó el corazón. Deseaba saber qué rondaba la cabeza de esa chica para que la tratase así y se le hacía insoportable pensar que no era bienvenida y que no era parte de sus pensamientos.

—Quería hablar contigo —pidió con timidez sintiendo que por una vez era inoportuna.

—Claro, dime, y perdona que no te mire, es que estoy hasta arriba, pero cuéntame mientras trabajo.

Jamás se le hubiera ocurrido que ella no le prestase toda su atención.

—Mi madre ha venido porque ayer me di cuenta de que me habían robado.

Emilia, claramente preocupada, elevó el rostro. En pocas palabras le contó lo ocurrido y sus sospechas sobre Leo.

—Y aunque todo apunta a que ha sido él, me sigue atormentando la idea y no acabo de procesarlo, es por eso que no sé si podré seguir viviendo en casa de Maruja con este pensamiento rondándome la cabeza. Tanto si ha sido Leo como cualquier otro alumno, estoy exponiendo la casa de Maruja y sus pertenencias, y ella no merece la confianza que siempre ha depositado en mí, por lo que creo que no es buena idea seguir con mis clases ahí.

—Tal vez alquilar un local o un bajo sería buena idea —sugirió Emilia intentando ayudar.

—No me preocupa solamente el tema de los alumnos… —No se decidía a continuar—. Aunque todo apunta a que ha sido Leo el ladrón, me sigue costando asimilarlo, mi mente se niega pese a las evidencias, y no dejo de atormentarme y de pensar que haya sido alguien de dentro de casa… ¡Dios, es horrible esto! Ya hasta pienso si no ha sido cualquier familiar de Maruja en algún momento en el que yo no me encontraba en casa, ¡allí todo está abierto a todos! No tenemos cerraduras en ninguna habitación, y visto así, y dado cómo

me siento, no me veo viviendo allí, no si desconfío de quienes me rodean, por muy mal que este pensamiento me haga sentir.

Emilia intuía que tras su desasosiego había una decisión ya pensada y tomada.

—Mi madre me ha ofrecido su piso.

Emilia nada dijo, se limitaba a apretar con fuerza el zapato con el que andaba trabajando, y Amelia, al comprobar su silencio y la mirada baja de la chica que tenía enfrente, se sintió mucho peor de lo que ya se sentía.

—Por otro lado, sé que somos el comentario del día en el pueblo.

—Bueno, nada nuevo en el horizonte —dijo Emilia despreocupada.

—Lo último que quiero es perjudicar a nadie con lo nuestro, Maruja ya ha discutido por defendernos, y si esto te puede afectar en el taller y los encargos, no me lo voy a perdonar.

Emilia dejó el zapato al que le estaba cambiando la tapa para incorporarse y salir de detrás del mostrador. Se miraron. Amelia confundida. Emilia decidida.

—Amelia —dijo entre susurros—, ¿qué es lo que quieres?

—No lo sé, estoy muy dolida con lo que ha pasado. El tema del robo me ha superado y no solo por el dinero, que ya estaría bien sufrir por eso dada la cantidad que he perdido, sino por la decepción tan grande que he sufrido con Leo y que no consigo asimilar; su trato de estos días atrás ha sido terrible…, llegando incluso a pronunciar amenazas veladas porque nos ha visto juntas. Esto me ha generado un estrés terrible y solo es un crío, lo sé, pero he visto peligrar lo que tanto me ha costado conseguir con las clases, me ha tenido agobiada, haciéndome sentir lo peor.

Se giró para darle la espalda, nerviosa, angustiada, frustrada, y no pudo evitar que se le aguaran los ojos.

—No sé qué quiero, Emilia, lo que sí tengo claro es que no quiero hacer sufrir a los demás, sobre todo a ti, eso no me lo perdonaría nunca… Tampoco deseo sufrir yo.

Capítulo 22

Emilia creía que su oportunidad para ser feliz junto a alguien había llegado el día que Amelia vino a vivir al pueblo. Al principio le gustó esa mujer nada más verla. Con el paso de los días prestaba atención cuando la escuchaba hablar si coincidían en algún comercio. Se hablaba de ella, de las dudas que generaba su venida al pueblo, de por qué estaba allí. Nunca se presentó a comprar nada en el bazar de Yun y Mei, y no porque deseara evitar su presencia, al revés, estaba deseando verla, recrearse en su rostro, contemplarlo de cerca, escuchar su voz bromeando con Maruja cuando la acompañaba a cualquier lugar… Pero la evitaba porque no deseaba luchar contra lo que consideraba un imposible conforme la había ido observando día tras día. No quería hacerse ilusiones, esas que le mordían el corazón enamorado cuando se cruzaba con Amelia. Intentaba olvidar que ella vivía en su mismo pueblo, si no la veía no existía, parecía fácil ese pensamiento, ¿no? No, en realidad no lo era, pero prefería parapetarse en él, refugiarse en esa idea, la de «Ojos que no ven, corazón que no siente».

Pero llegó el día en que Amelia le tomó prestada la bicicleta y después, y de manera inevitable, se fueron sucediendo los saludos por parte de esa chica ahora que ya se conocían y que la dejaban sin aliento en cada una de las ocasiones en que ocurrían. Recordó el día en el que pasearon sin rumbo alguno por el pueblo y cómo se había desesperado al comprobar que no podía mirarla de frente para recorrer su rostro a placer, puesto que debía mantener la mirada fija en donde ponía los pies si no deseaba pegar un buen tropezón por andar embelesada con ella.

De ese mismo día rememoró las dos ocasiones en que los padres de sus alumnos las interrumpieron, lo nerviosa y ansiosa que se sintió por verlos desaparecer, ya que estaban frustrando una ocasión de estar con ella a solas y poder así disfrutar de su compañía. Sí, ese tonto y absurdo deambular por las calles trajo muchas cosas, lo

mejor, sin duda, la confesión de Amelia, en la que anunciaba que deseaba ser como las amigas de la leyenda. Sus palabras fueron placer y miedo al tiempo, alegría y también contención, ganas de gritar y a la vez de guardar silencio a la espera de ver cómo se sucedían los acontecimientos entre ellas. Pero que le dijese que deseaba pasear de manera infinita no le pareció una invitación hueca y vacía, o carente de consistencia.

Sin reponerse y seguido en el tiempo, llegó la invitación a la terraza de Sole, y como si fuese todo montado en un tren de alta velocidad, los acontecimientos se sucedieron de manera increíble e inesperada: tanto tiempo resguardándose, intentando ser invisible para Amelia, y ella va, de repente, y se planta en su casa porque quiere ver si le conviene.

Tendida en su cama, reía flojito rememorando la ocurrencia de Amelia. Era lo más divertido, curioso y a la vez conmovedor que nunca le había pasado. Le parecía tierno, refrescante e inesperado; le encantó y acabó por caer rendida a los pies de esa mujer más de lo que ya estaba tras su historia de la pirámide y la esfera.

Ahora, con el pasar de los días, se había dado cuenta de algo y es que, en esa historia inventada, de elementos matemáticos, en realidad la que ejercía de pirámide era Amelia, con sus aristas duras, rectas, inexpugnables, y que, en cambio, ella era la esfera, más moldeable, mucho más accesible, porque Amelia no acababa de abrirse a ella y no la sentía del todo cómoda en esos silencios que a veces la sobrevenían estando juntas, en esos espacios vacíos en los que tan lejos de ella la sentía.

Decir que su corazón se había hecho trocitos cuando la presentó a su madre como la zapatera del pueblo sería una comparación que se quedaría corta y muy pobre. ¿Únicamente eso era para ella, que así la presentaba ante un ser querido? Se negaba a creerlo, pero seguía doliendo y escociendo igual. Como también dolía que no hubiese compartido con ella el que un alumno como Leo, al que tanto apreciaba, le estuviese haciendo sentir mal cuando de su relación se trataba; y si creía que su trabajo peligraba porque las relacionasen, entonces algo estaba claro para Emilia y es que Amelia no iba a luchar por su amor.

¿Le pesaban más los comentarios? ¿Le preocupaban las opiniones ajenas? La sabía vulnerable, herida y abrumada, no podía ponerse en su lugar ante la pérdida de una hija como la que ella había sufrido, y entendía, por sobre todas las cosas, que no desease sufrir más.

Revolviéndose en la cama, se incorporó para empezar a pasear por la pequeña habitación. Sintió como la camiseta del pijama se le adhería a la espalda. Agobiada, sudaba, pero no de calor, puesto que una suave brisa corría por la ventana entreabierta; sudaba de nervios, de ansiedad, y se sentía allí encerrada, atrapada. Por lo que optó por salir al porche y respirar el aire de la noche. Sumida en la oscuridad, sintiendo su huerta latir y el murmullo del viento entre las ramas de los árboles, escuchó los cascos de los caballos chocar contra el suelo del establo. Duque la había seguido hasta el jardín y movía el rabo a la espera de lo que fuese a hacer.

—¿Te he despertado? —Se agachó para rascarle entre las orejas.

Necesitaba decir tanto… y por una vez agradeció el que Amelia no tuviese teléfono porque lo que iba a dejar salir, escapando de su corazón, merecía algo más cuidadoso y menos frío que un wasap. Por ello iba a escribir una carta, una que, lamentablemente, era una despedida.

Adorada, Amelia:

Siento que te pierdo, que ya no estás aquí. Dime si me confundo porque yo únicamente deseo estar contigo, con todo lo que esa palabra significa.

Has de saber que no necesito muestras de amor ni tampoco hacerle saber al mundo que nos amamos, pero sí necesito que entiendas algo: no me es suficiente con esas citas que tú llamabas «clandestinas» y de sobra sé que lo decías riendo, pero me ahogaba al tener que besarme contigo tras la puerta del lugar en el que vives. Me dejaba exhausta, por lo mucho que besarte y que me besaras significa para mí, pero no así. Imagino que has querido ser respetuosa con Maruja y su casa, y por eso te respeto. Nunca haría ni te pediría nada con lo que no estuvieras cómoda.

Me duele decirte esto nuevamente, pero, por contradictorio que suene, me parecía estar sola estando contigo, te sentía lejana, y eso, muchas veces, me hacía pensar que no soy suficiente para ti, y nuestro precioso contacto piel con piel, en el que hicimos el amor, fue la única ocasión en la que pude sentir lo que significa ser una con otra mujer.

He sentido que no puedo llegar hasta tu corazón y eso me ha llenado de tristeza en infinidad de ocasiones.

El día que por fin nos presentamos te hice una pregunta, ¿la recuerdas? Te dije si era aquí donde querías quedarte y me dijiste lo que he comprobado durante estas bonitas semanas que hemos estado juntas: que no lo sabías.

Amelia, quiero ser lo que falta en tus días cuando no sean buenos.

Deseo ser compañía en tus momentos de soledad y vacío.

Puedo ser apoyo.

Tienes en mí un farolillo nuevo con el que iluminar si llega la oscuridad.

Me ofrezco para ser el último lugar en el que quieres estar.

Pero, si necesitas echar a volar y emprender un nuevo camino, no seré obstáculo. Aunque has de saber que aquí queda un corazón dolido, pero bien amado, querido y respetado. Me quedaré con lo bonito vivido a tu lado, con tus ojos llenos de ilusión al ver a mi vaca, mi huerta, mis árboles frutales… Ese brillo en tu mirada iluminará para siempre mis recuerdos.

Sé que te ríes mientras rememoro el momento de comunicarme si te convenía o no, me parece que te estoy escuchando con aquella divertida conversación. Y sí, el recuerdo de lo bonitas que son tus risas y sonrisas también se quedará a vivir conmigo.

Tuya para siempre,

Emilia

Capítulo 23

Las manos de Amelia todavía temblaban. Había releído las líneas escritas por Emilia hasta en tres ocasiones, allí parada, en la misma puerta de la tienda, en el buzón de la cual había encontrado la carta antes siquiera de abrir el bazar. Se animó a subir la persiana y buscó la silla tras el mostrador. Llevó la palma de la mano al rostro, lo notó frío, tal y como se sentía, fría por fuera y fría por dentro. Y totalmente confundida pensó que tal vez así era ella: fría, carente de sentimientos, por eso Emilia se había sentido sola, porque era el modo en el que ella llevaba sintiéndose desde que había perdido a su bebé y nada podía llenar aquel espacio en su corazón. Y tal vez por haber quedado este órgano vacío, tampoco era capaz de llenar a otra persona y de darse por completo, porque definitivamente ella no lo estaba. Amelia no estaba completa.

Pese a querer a esa chica, a estar fascinada con ella, a ser su admiradora, a respetarla, a desear mimarla y sorprenderla por las tardes persiguiéndola con la bicicleta de manera sigilosa. Aunque nada de eso había bastado, nada fue suficiente porque Emilia claramente se lo estaba explicando: se sentía sola incluso cuando estaban juntas, y ahora, además, sentía que la perdía y que creía que deseaba volar lejos como una vez había hecho para superar la muerte de su hija. Pero no la había superado, el luto no había pasado después de dos años.

Miró en derredor, a las estanterías en completo desorden desde la tarde anterior. La invadió la desidia, la desgana, y por un momento tuvo el impulso de largarse y de dejar incluso la puerta del bazar abierta de par en par.

No había sabido darse, porque creía que nada tenía para dar, en eso sí fue clara con Emilia, «no tengo nada, ni siquiera planes de futuro», pero es que tampoco se había parado ni un momento a pensar en ellos y, sobre todo, en ellos con Emilia a su lado. Porque ya se prometió, hacía mucho tiempo, que nunca más haría planes.

Pero no deseaba separarse de ella, esa idea nunca había pasado por su mente, ni siquiera rozando sus pensamientos o de pura casualidad. No quería marcharse del pueblo, estaba a gusto pese a todo lo sucedido últimamente y seguro había soluciones: otros espacios donde dar clase, otras casas en las que vivir. Aunque no fuera junto a Maruja y las chicas, si tanta incertidumbre le creaba esa posibilidad tras el robo.

El teléfono de la tienda sonó sobresaltándola. Por un momento, su mirada vagó por todo el espacio que delimitaba el mostrador y no fue capaz de ubicar el aparato. Cuando al fin lo tuvo entre su mano, descolgó y la cálida voz de su madre la arropó de inmediato.

—¿Cómo estás, hija? ¿Más tranquila?

—Todavía no, mamá, y hoy mucho menos. —Posó la mirada sobre las hojas que aún sostenía entre su otra mano.

—¿Ha ocurrido algo? —La voz de Esperanza sonó inquieta.

—Bueno, acabo de recibir una carta de Emilia.

—La zapatera —dijo con retintín su madre.

Amelia procesó lo que acababa de escuchar.

—¡Ayyy! —gimió llena de pena—. ¿De verdad te la presenté de ese modo?

—Por desgracia, sí, y digo por desgracia porque la cara de la chica al verte decía muchas cosas y la pena que inundó su rostro al escucharte aún decía muchas más, y creo que no era nada bueno.

Cerró los parpados y los apretó con firmeza.

—Estaba tan nerviosa por todo lo ocurrido que no me di cuenta, no fue a propósito —se lamentó al tiempo que se regañaba.

—¿Se lo has dicho? Porque creo que le gustará saberlo.

—No, no hemos hablado de eso, porque no he sido consciente hasta ahora que tú me lo has recordado, pero ¿sabes? Estoy dándole vueltas a lo que Emilia me cuenta en su carta, donde me dice que se ha sentido sola incluso estando a mi lado, y pienso…

Agotada mentalmente como se sentía se tomó un momento.

—Dime —la animó Esperanza tras su largo silencio.

—Pienso que fui muy dura contigo en su día porque no fueses capaz de anunciar de quién estabas enamorada.

—Sí, el miedo a enfrentarme a la familia de tu padre y a la mía propia, dadas las convicciones tan estrictas de la abuela, me tenía paralizada, incapaz de tomar una decisión ni de dar paso alguno.

—Lo sé, mamá. Y yo, aunque sin pretenderlo y de manera inconsciente, no he sido capaz de avanzar en la relación, de invitarla a casa de Maruja para que conociera a mis compañeras con las que tanto comparto a diario. Ni siquiera te presenté a Emilia como lo que en realidad es, la persona de la que estoy enamorada y también ilusionada por primera vez. «Mi novia», debí decirte, mamá —las lágrimas rodaron por sus mejillas—, porque eso le dije a su padre que era para mí su hija cuando le pedí relaciones formales a Emilia.

—¿De veras hiciste eso? —se asombró enternecida Esperanza.

—Sí, lo hice, estaba deseando hacerlo, me pareció algo necesario, el dar ese paso, me refiero, y también muy bonito, algo que Emilia merecía.

Sacudió la cabeza, enfadada consigo misma por haberse presentado ante Emilio de ese modo para después no haber sabido alimentar la relación.

—Y ella, a pesar de ese encuentro tan desagradable, aquel día en el banco de la plaza, ni siquiera me lo ha reprochado, porque sabe que sufro, porque no habrá querido hacerme sentir mal, tal y como me dijo su padre: solo quiere cuidar y que la cuiden, y eso hace siempre conmigo.

—¿No te sientes preparada para una relación?

—¿Sabes, mamá? En el modo en el que planteas la pregunta, «preparada para una relación», que suena a algo impersonal y general, te diría que no, que no lo estoy ni la quiero. Pero es que pienso en Emilia y no lo veo como estar preparada para nada, sino en que estar con ella me parece algo tan natural… Porque todo llegó de una manera tan inesperada, tan bonita y silenciosa que cuando me fui a dar cuenta ella ya estaba en mi vida, y no la sentí como una extraña, una desconocida; mi cuerpo le dio la bienvenida, la acogió de inmediato, es como algo que, si no se había dado antes, fue por pura casualidad, pero que estaba destinado a suceder. Por lo tanto, no es que esté preparada o no, es que siento que tenía que ocurrir y ha ocurrido.

—¿Que estabais destinadas? —quiso concluir su madre—. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—Nunca lo hubiera pensado en otros casos, pero creo que sí.

—Y entonces, ¿por qué crees que Emilia se ha sentido sola a tu lado?

Pasaron unos largos segundos, pero nada le contestó su hija.

Tras el silencio, Esperanza volvía a hablar:

—Creo que tu pena pesa demasiado y que sigues, pese al paso del tiempo, arrastrándola contigo y que no acabas de abrirte al mundo exterior.

—Mamá —gimió al auricular.

—No son reproches, hija, solo deseo ayudarte. Te mudaste al pueblo y cortaste con muchas cosas, entre ellas es que de algún modo estás aislada porque no tienes teléfono ni internet. Y nada malo sería eso, pero muy diferente es el que no desees saber qué pasa en el mundo mientras tú continúas con tu duelo, porque estás diciendo, aunque en silencio, que nada te importa. El mundo se detuvo para ti aquel día y en aquel día lo dejaste, y sigues de espaldas a él, pero ha pasado el tiempo.

—Pero, mamá, he prosperado, me busqué la vida, no me quedé tirada llorando —quiso justificarse.

—Sí, y al principio fue bueno, y me alegré tanto cuando entraste a trabajar en la tienda y ocupaste tus tardes con los niños… Pero los alumnos fueron en aumento, tantos que debiste querer mejorar y dar el salto, salir de la casa de Maruja, buscar un alojamiento mejor y, sobre todo, buscar un buen espacio, uno de calidad para atender a todos tus alumnos como se merecen. Pero no hiciste nada de eso, permaneciste en ese pequeño cuarto, donde te sentías cómoda y acogida.

Escuchaba e intentaba asimilar lo que su madre, con tanto cariño y cuidado, le estaba exponiendo y sabía que tenía razón y todo era cierto, pero había llorado tanto… Primero por fuera, luego por dentro, en silencio, para que nadie más preguntase y volviese a sacar el tema. Pero no podía parar, tanto lloraba que se quedaba traspuesta, ida completamente de todo cuanto la rodeaba, aislándose del resto sin escuchar nada ni a nadie, porque todo

carecía de interés para ella. No había urgencias, ni prioridades, ni siquiera necesidades, porque nada era importante, su niña había muerto y ella un poco también.

Amelia, con la cabeza sin dejar de bullir, sentía que sus pensamientos se atropellaban unos a otros.

—Tampoco supe manifestarle mis temores al pensar que alguien como yo, que únicamente desea vivir una vida tranquila, fuese alguien bueno para ella, siempre he creído que nada puedo aportarle —dijo frustrada ante esa sensación que siempre la había perseguido estando a su lado.

—¿Ella ha manifestado algo en ese sentido? ¿Alguna vez te ha hecho algún reproche? —quiso saber Esperanza.

—¿Reproches, Emilia? —se preguntó más a sí misma que a su madre, como si esas dos palabras fuesen imposibles de conjugar e ir juntas en la misma frase—. Nunca, mamá.

Capítulo 24

En su lento pedalear por aquel solitario camino, tantas veces recorrido, siempre podía dejar vagar la mirada sin necesidad de estar atenta a un encontronazo con algún vehículo. Salvaba la distancia desde el taller hasta su casa, en la huerta, casi a ciegas; la bici prácticamente iba sola, o tal vez eran sus piernas que tenían memoria.

Recordó las veces que Amelia la había perseguido en absoluto silencio. Casi por instinto, giró la cabeza, pero no, en esa ocasión al otro lado del camino no había una bonita mujer de largas faldas y pelo ondulante al aire como si de banderas se tratase. Sonrió con amargura, para dentro, para ella, y también para fuera, para que los árboles que bordeaban el recorrido la vieran y supieran cómo se sentía: sin ganas de nada. Hacia el cielo elevó los ojos, a todo ese azul claro, casi blanco, porque también quería hacerle partícipe de su pena. El pragmatismo del abuelo Emilio había volado de un plumazo o, en su caso, de un terrible martillazo dado con todas las fuerzas, y la intención, en el interior de su taller.

Las olas se podían sortear, estaba segura, como siempre, pero ahora no podía dejar de mostrarse sin fuerza para llevar a cabo esa tarea, se sentía débil, cansada, y ni siquiera ánimos para ocultarlo ante su padre tenía. Tampoco tenía por qué, necesitaba cobijo y quería recibirlo, y su padre, siempre amoroso, no había dudado en dárselo. Sin preguntar, sin querer saber, solo con gestos y detalles, todos y cada uno de aquellos que sabía que hacían feliz a su hija: preparar su comida favorita, plantar nuevas flores, cepillar juntos los caballos mientras le contaba anécdotas de cuando era joven… Después salían a pasear, a su padre cada vez le gustaba menos ir subido al animal, pero por ella hacía el esfuerzo de salir a galopar, así se les iba la tarde charlando sobre lo que había plantado este o el otro vecino, quién tenía arrendado el terreno de fulano o a quién le había vendido mengano su parcela.

La nostalgia que su padre desprendía al hablar de todos los cambios que irremediablemente se iban produciendo en la huerta le daba fuerza a Emilia para retomar los cuidados de su terreno, su pequeño huerto, pensando en cómo mejorar la zona ajardinada…

—¿Y una piscina, papá? —le había preguntado la tarde antes.

Siempre habían hablado de construirla, era el sueño de su madre, y nunca había momento para llevarlo a cabo, mucho menos cuando ella ya no estaba; se posponía un año y otro hasta que el tema se ignoró por completo y nunca volvieron a hablar de eso.

—Sí, Emilia, ya va siendo hora —le había contestado con el rostro iluminado al ver cómo su hija intentaba mantenerse ocupada.

¡Pues ya tenía plan para ese verano! Diseñarla, empezar a excavar… Pensó en quién podía venir para echarles una mano, dónde sería mejor comprar los materiales… Con la ilusión del nuevo proyecto que poner en marcha aparcó la bicicleta en la pared de la casa una vez que hubo sobrepasado la verja de entrada. Antes de llegar al patio trasero llamó a su padre, por si se encontraba en el huerto.

—Estoy dentro —le escuchó decir.

Se encaminó hasta el porche y desde allí accedió al salón. Lo primero que vio fue la sonrisa de su padre, una que su mirada tan solo captó una milésima de segundo porque pasó a fijarse en los rostros de todos los que allí había congregados: Amelia, Maruja, las hermanas Yun y Mei, el chico que una vez vio abrazando a Amelia; también estaba Esperanza y por último un hombre que no conocía de nada.

—Hola, Emilia —saludó con timidez Amelia, acercándose a ella.

—¿Qué ocurre? —Se asustó, notando como el corazón se le desbocaba sin entender la presencia de todo ese público—. ¿Ha pasado algo?

—Todavía no, pero espero que pase si tú aceptas lo que he venido a proponer. —Amelia se había acercado más y le había cogido con delicadeza, y casi algo de temor, la mano.

Emilia paseó los asustados ojos por todos los allí reunidos, que la miraban con simpatía.

—He venido a pedir tu mano —anunció Amelia.

Emilia se miró la parte del cuerpo que ella había nombrado, solo pudo fijarse en que no se había lavado bien y todavía le quedaban, entre los dedos, restos de la cola que usaba para pegar según qué materiales en el taller. Buscó los ojos de Amelia, pero no entendía absolutamente nada, hacía días que le había enviado la carta de despedida y ahora la tenía ahí, ante ella, diciendo cosas que no tenían sentido alguno cuando tanto había estado esperando una respuesta a toda la desazón que sentía.

—Mira, ellos son mi familia y les he hecho venir para que te conozcan. Quiero presentártelos, para que sepan quién eres, puesto que tu padre me dio permiso para iniciar las relaciones. —Sonreía recordando aquel día y la conversación mantenida con Emilio.

Con cariño, le tiró del brazo y la acercó hasta donde estaban todos:

—A ella ya la conoces, es mi madre, pero ella no te conoce a ti como lo que en realidad eres y significas para mí. Mamá, ella es mi novia, Emilia.

Esperanza encerró entre sus brazos a una anonadada chica que no terminaba de reaccionar.

—Maruja, Yun y Mei, mis compañeras de piso —le dijo mientras las tres mujeres se acercaban para besarla—. Él es Claudio, un gran amigo y el padre de mi niña. —Intentó que no le temblase la voz.

Claudio le sonrió afable.

—Y él es Lucas, la pareja de mi madre. Todos son mi familia y han venido a acompañarme para pedirte que te cases conmigo. —Apretó con fuerza la mano que tenía encerrada en la suya.

Emilia, con los ojos humedecidos, solo alcanzó a ver la cara de felicidad de su padre, al fondo de la habitación.

—¿Quieres, Emilia? Porque yo sé que tú me convienes, me llenas, me apaciguas, me haces feliz —dijo de una tacada, soltando lo que tantas ganas tenía de que escuchasen todos—, pero ya no tengo muy claro si lo que yo ofrezco es conveniente para ti. —Intentaba sonreír, tremendamente emocionada, procurando aguantar las lágrimas al pensar en el daño que, sin querer, había provocado en aquella chica.

Pero la respuesta no llegaba y Amelia notó que su cuerpo se estremecía, sufriendo por lo que tal vez era lo justo recibir, pero no por eso esperado. Tuvo miedo y la desesperanza le dio un gran mordisco a su corazón. Entonces intentó ser coherente y procuró centrarse en la mujer que tenía ante ella, pensó que las explicaciones que le debía ahora era el momento de ofrecerlas.

—Disculpad un momentito —pidió Amelia sacándola hasta el porche.

Una vez lejos de todos, Amelia inspiró y exhaló el aire con fuerza.

—Siento el retraso, el haber tardado tanto desde que me enviaste la carta. Yo habría venido el mismo día que la recibí, el instante después de leerla me habrías tenido en tu casa, pero quería hacer esto, necesitaba hacerlo, y no había manera de conseguir que todos coincidieran aquí y en esta hora, justo cuando tú acabas el trabajo en el taller.

Emilia quiso hablar, pero no la dejó.

—Deja que me explique, por favor. Deja que me disculpe porque solo deseo que me entiendas… Emilia, nunca me avergoncé de ti, ¡nunca! Y si cometí el fallo de llamarnos amantes clandestinos es porque, en su día, el hijo de Maruja me hizo firmar un contrato de alquiler en el que, en una de las cláusulas se me prohibía, expresamente, mantener relaciones en mi habitación. Bastante que transigió con que yo impartiese allí las clases. Al hacer que subieses a hurtadillas me exponía a perder no solo el lugar donde vivía, también donde me ganaba parte de mi sueldo. Tenía miedo de eso, nada más, no de que me viesen contigo, y, bueno, también me parecía divertido el tener que saltarme una norma, correr ese riesgo de ser pillada infraganti, no dejaba de añadirle más emoción al momento de estar a solas contigo donde se me tenía prohibido.

Se acercó hasta Emilia y le acarició la mejilla con delicadeza.

—Por ese mismo miedo también te ocultaba tras la puerta para besarnos, no quería alarmar a Maruja y mucho menos que nadie le contase a ella, o a su hijo, que nos habían visto. Y por mantener mi estabilidad lo único que conseguí fue darte una horrible impresión y hacerte sentir mal; fui egoísta, solo pensaba en mí, no en cómo mis gestos y acciones podían llegar a hacerte sentir a ti.

Amelia quería exponer tanto, aclarar tantas palabras no dichas, tantos gestos no regalados…

—¡¡Lo siento en el alma!! —Intentaba aguantar las ganas de abrazarla porque no quería abrumarla más de lo que ya sabía que Emilia se sentía—. Lamento haberte hecho daño, te pido perdón por no haber sido sincera, por no haber sabido dejarme llevar. ¿Sabes? Yo… —Calló al experimentar una ola de vergüenza ante lo que iba a confesar—. Siempre pensé que nada de lo que soy podía resultarte atractivo, yo solo deseo una vida tranquila y apacible, me conformo con poco, y creo que el ser así, el no aspirar a nada importante y excitante, no me hace nada atrayente para otra persona. Siempre he querido confesarte esto y nunca me atrevía, de ahí que muchas veces me quedase en silencio, incapaz de corresponder a todo lo que tú me ofrecías a manos llenas, unas manos que yo no sabía cómo llenar. —Amelia las buscó para entrelazarlas con fuerza.

Emilia, en silencio, acogía y se llenaba de todo lo que se le estaba explicando, todo lo que nunca entendió y que tanto la había desconcertado en la forma de comportarse de la mujer que amaba.

—¿Y si te digo que yo también me sentía así contigo? —le confesó al fin Emilia.

—¿En serio? Pero ¿cómo puedes decir eso? —se dolió Amelia.

—Ya te lo dije, me veía alguien vulgar, nada interesante a tus ojos, nada que aportar para aliviar todo ese sufrimiento que llevas arrastrando.

—Me aportas felicidad —dijo exultante intentando transmitirle toda esa pasión que le hacía sentir.

Emilia parecía querer preguntar algo, pero no se atrevía, Amelia la animó:

—Dime todo eso que estás pensando y que te hace sufrir, ¡por favor! Compártelo conmigo —pidió emocionada.

—En ocasiones, cuando me mirabas, apartabas los ojos, los bajabas, desviabas la mirada, y yo… nunca supe interpretar ese gesto tuyo, me cohibía muchas veces, haciéndome dudar de que de verdad te gustase o te resultase agradable.

—¡¡Emilia!! —El temblor en su voz, emocionado, se llenó de pesar —. Tus ojos son preciosos con todo ese azul inundándome y yo no

los soportaba sobre mí, ahondando en los míos, toda… —se detuvo para tomar aire, ahora sí sin apartar la mirada de Emilia—, toda esa claridad, esa luminosidad me desborda, me devora, me quema, y no sé cómo gestionarla. Pero debes saber que es puro deseo, todo el que siento por ti y que únicamente me abruma y no sé cómo manejar porque nunca antes me había sentido así.

Emilia, completamente muda, no supo qué decir y ella aprovechó para seguir hablando:

—Durante estos días, releyendo tu carta, reviviendo todos nuestros momentos juntas, pensando en cómo pedirte disculpas y buscando el modo para hacerme entender, creo que por fin he dejado atrás muchas cosas. Ahora siento que puedo dejarme llevar, sin miedo, y sobre todo y porque así lo quiero y lo necesito, voy a darme en la medida que recibo y mucho más. Esta pedida de mano es un acto simbólico, una muestra de lo que soy capaz de hacer por ti, y quiero que sepas que lo que todavía no haya dicho o hecho, y si me das la oportunidad, pienso recompensártelo durante el resto de mi vida, porque solo quiero estar contigo.

—Y con mi vaca —apuntó maliciosa Emilia.

Ese comentario irónico fue el punto de inflexión para que definitivamente Amelia se quebrase después de aguantar tanta presión para llegar hasta su confesión. Se echó a reír al tiempo que lloraba de manera atropellada, notando que le faltaba el aliento y que se ahogaba.

—¡Ay, sí, con Jardinera y su precioso ternerito! No me prives de eso, aunque no te quieras casar conmigo. —Sin delicadeza alguna se pasó las palmas de las manos para enjugarse las lágrimas que escapaban sin control mejillas abajo.

—Me quiero casar contigo —le dijo su Campanilla con el rostro iluminado.

—¿De verdad?

—Sí, pero no deseo que este gesto tuyo sea un simple gesto, me gustaría hacerlo realidad.

—Y lo haremos —anunció convencida Amelia—, ¿puedo besar ya a la novia? —pidió nerviosa y exaltada.

El mugido de Jardinera resonó por toda la propiedad.

—Sabes que sí, lo sabe hasta la vaca —le recordó Emilia antes de besarla. Mucho.

Epílogo

Los alumnos del curso de escritura creativa abandonaban entre sonrisas, y palabras de despedida, el aula. Antes de que el último saliese por la puerta, la profesora le llamó.

—Vicente, espera —pidió aproximándose hasta él.

—Tengo un poco de prisa —dijo con su habitual seriedad y mirada baja.

—No te entretendré mucho, pasa un momento y siéntate.

El muchacho hizo lo que se le estaba pidiendo y tomó asiento en las primeras filas, las que nunca había ocupado desde que llevaba asistiendo a clase.

—Anoche acabé tu novela.

—Al final salieron más páginas de las previstas. —Vicente seguía sorprendiéndose con el número de palabras que figuraba en la pantalla de su ordenador al cerrar el documento.

La profesora, instalándose en el borde de la mesa, lo miraba con curiosidad no exenta de simpatía, aunque eso no bastaba para hacerle sentir algo incómodo.

—Eso es bueno, que la historia dé para mucho más de lo pensado inicialmente, que los personajes se pongan a hablar y hablar…

—Sí, y que se hagan con la historia como si tú fueses…

—Un mero espectador —dijeron los dos a la vez.

Vicente y ella se echaron a reír ante la coincidencia.

—No me ha dicho si le ha gustado —comentó con timidez intentando desviar la vista hasta la pizarra que se vislumbraba tras ella.

—Sí me ha gustado, Vicente… ¿O debería llamarte Leo?

Vicente pegó un respingo enfrentando la mirada de la profesora.

—¿Por qué dice eso? —Se incorporó sin poder ocultar algo de rabia.

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Tan obvio es? —inquirió volviendo a sentarse y ahora sí manteniendo la mirada de la mujer que tenía enfrente.

—Tenía mis dudas y hoy ya no he podido evitar querer disiparlas, vamos, que me vas a tener que disculpar…

—¡Que esto era una encerrona, vaya! —El chico se encogió de hombros, casi indiferente.

—Sí, lo reconozco, pero es que no me podía deshacer de la curiosidad y las ganas por saber realmente lo que pasó con Leo.

—¿Qué le gustaría saber?

—¿Cuánto hace que no ves a Amelia?

El muchacho, con el rostro contraído, se removía inquieto en la silla, pero se lanzó a contar lo que se le estaba demandando:

—Desde esa última clase que relato en la novela. Mi madre encontró trabajo en una fábrica, lejos del pueblo, y ya no volvimos.

—¿Ni siquiera lo intentaste?

—¿Cómo cree que iba a hacerlo? —El rostro de Vicente enrojeció de manera violenta—. Me moría de vergüenza, llevo muerto de vergüenza desde que la traicioné de la manera en la que lo hice.

—¿El robo…?

—Si solo hubiera sido el robo, ¡que ya fue mucho! Pero fue todo, la manera en la que le hablaba los últimos días, mis desprecios, mis amenazas veladas… Hizo tanto por mí, me dio tanto… Paciencia, consejos, me escuchaba cuando nadie más sabía hacerlo. Yo era un cabrón, un buen hijo del desgraciado de mi padre. Amelia no merecía nada de lo que le hice.

Se hizo un silencio, Vicente parecía rememorar unos días que no necesitaba traer hasta el presente, puesto que siempre estaban acechándole como si de su propia sombra se tratase.

—Pude ir y revender la moto, aunque no me hubiesen dado el dinero que pagué, pero al menos algo con lo que poder plantarme ante mi profesora y pedir disculpas, pero no fui capaz. En cambio, antes de que acabase el verano, llegué hasta la cantera abandonada del pueblo de al lado y lancé la moto despeñándola… ¡Para eso le robé a Amelia! Para dejar aquel trasto allí. Nunca había querido realmente la moto, solo pedía para que se me diera, para que atendiesen mis exigencias, para que alguien me hiciese caso…

—Era una edad muy mala —apuntó la profesora, intentando apaciguar el tormento que claramente llevaba su alumno soportando.

—No intente quitarle hierro a lo que hice, todo el mundo pasa por la adolescencia y eso no te da derecho a hacer lo que yo hice ni a comportarme como un descerebrado desagradecido —se exasperó frustrado.

—Quizá es hora de enmendar lo hecho —se atrevió a recomendarle.

—¿Usted cree que con pedir perdón basta? —preguntó lleno de resquemor ante la propuesta.

—Es un paso.

Vicente se incorporó de nuevo, esa vez sí para marcharse, para intentar olvidar lo que se le estaba proponiendo.

—¿Y sabes cuál sería otro paso? —le escuchó a la profesora antes de abandonar el aula.

—Diga.

—Que le lleves esto. —Le tendió el manuscrito de su historia que, segundos antes, descansaba sobre la mesa.

—Ya voy yo. —Escuchó la bonita voz de una mujer mientras él esperaba tras la verja.

—¡Hola! —saludó a la figura femenina que se acercaba, reconociendo a Emilia de inmediato.

Habían pasado diez años desde la última vez que la había visto, pero no estaba cambiada, seguía siendo delgada, menuda y vivaracha, con sus rizos en total desorden.

—Hola, ¿querías algo? —preguntó con desconfianza al chico que, vestido con desgastados vaqueros y camisa oscura ceñida al torso, la miraba con curiosidad.

—Sí, me gustaría hablar con Amelia, me han dicho que vive aquí.

Había preguntado en el bazar y las hermanas le habían facilitado la información.

—¿Quién le digo que pregunta por ella?

—Soy Vicente —dijo en tono alto y seguro, con convencimiento de lo que estaba a punto de hacer.

Al decir su nombre esperaba que la mujer volviese a cerrar la verja que ya estaba empezando a abrir. Emilia lo miró a los ojos, entrecerrándolos, buscando en esos ojos de adulto al niño que una vez conoció.

—¿En serio? —le dijo dudosa.

—Y tan en serio, pero no le digas quién soy, me gustaría verla. Y si cuando me presente se niega a seguir hablando conmigo, al menos me iré de aquí contento por volver a verla una última vez.

—¿Acaso no la conoces, que dices eso? ¿Cómo se va a negar a hablar contigo? Te adoraba.

—¡No me lo recuerdes, por favor! —pidió entre amargas sonrisas intentando mantener el tipo para no echarse a llorar antes de tiempo.

—Anda, pasa, está en la piscina con los niños.

—¿Los niños?

—Sí, nuestros hijos —dijo señalándolos mientras se acercaban hasta las hamacas donde Amelia secaba con la toalla al más pequeñito de todos—. Amelia, te buscan.

—Hola —dijo elevando el rostro de lo que hacía en esos momentos para enredar la mirada con la del extraño que con tanto interés la observaba.

—Hola, Amelia —le dijo casi en un susurro.

—¡Vicente! —Dejó la toalla en manos de Emilia y se acercó hasta el chico—. Vicente, pero qué guapo estás —le dijo abrazándolo con cariño.

—Me llevo a los niños para que habléis tranquilos —ofreció Emilia.

—No, no te vayas, quédate, por favor —le pidió el chico.

—De acuerdo, ¡niños, id con el yayo!

Los pequeños echaron a correr en dirección al huerto donde el abuelo regaba las plantas.

—¿Alguno de los dos es un Emilio? —inquirió Vicente, divertido.

—Sí, el rubio de pelo revuelto —indicó Emilia—, el otro, el mayor, es Pepe.

Observó con cariño a ambas mujeres, cuyas miradas andaban enredadas en las espaldas y los pies de los niños moviéndose deprisa y entre carcajadas. Amelia volvió a contemplarlo, con tanto cariño y emoción que no pudo evitar que le temblasen las piernas.

—¡Ay, te he mojado la camisa con el abrazo! —Se señaló su bañador todavía empapado—. Disculpa, pero es que… —Se le aguaron los ojos sin saber cómo seguir hablando.

—No te disculpes, soy yo el que debe hacerlo.

Entre ellos pareció abrirse una imagen, la de aquel último día en el que ella intentó hacerle confesar para que se arrepintiese de su acto al robarle.

—Bah, da igual, lo que pasó pasó. —Lo acompañó hasta una de las sillas para que se acomodase y se miraron durante largos segundos en silencio. Mientras, Emilia ejercía de simple espectadora.

—Aquí no pasa —confesó Vicente atreviéndose a hablar tocando su sien derecha—, y aquí tampoco pasa, Amelia. —Emocionado, se golpeó con suavidad en el pecho.

—Pero hoy se cierra esta línea, lo sabes, ¿verdad? Has venido hasta aquí y hoy acabas con este capítulo de tu vida que tanto te ha costado cerrar.

—Hasta que no te dé esto no acaba. —Echó mano a la mochila que traía entre las manos y sacó un sobre que depositó sobre la mesa.

Amelia no tuvo necesidad de abrirlo para saber lo que contenía.

—¡Vicente! —se lamentó.

—Llevo años guardándolo, desde que empecé a trabajar en el supermercado de repartidor. Es tuyo, Amelia.

—No tienes que… —intentó decir ella.

—Cuando me vaya de aquí no pienso llevarme el dinero, ayúdame una vez más y acéptalo.

—Aceptado queda —dijo posando la mano encima para tranquilizar al chico.

—También te he traído un regalo —dijo algo más relajado—, bueno, es para las dos. —Sonrió a Emilia con afecto.

—¡Vaya! —Amelia batía unas pequeñas palmas mientras reía intentando no echarse de nuevo a los brazos del chico para

estrujarlo a conciencia, tal y como había tenido ganas de hacer desde el suceso del robo y también en los años que siguieron al horrible descubrimiento, aunque nunca más volvió a verlo.

Extrajo un manuscrito encuadernado y lo dejó sobre el regazo de la mujer que con tanta atención lo miraba.

—¿Y esto? —preguntó leyendo la portada del dosier—. Aquí viene tu nombre… Vicente, ¡¿escribes?! —inquirió emocionada.

—Lo intento, «seño» —dijo con toda la timidez del mundo cuando pronunció el apelativo en el que puso todo el cariño que esa mujer le provocaba.

—¿Puedo abrazarte? Disculpa, ahora te pido permiso, antes me he dejado llevar.

Vicente le tendió los brazos para que ella pudiese espachurrarlo con ganas, como cuando siendo un adolescente estaba de tan malhumor que hasta parecía que iba a morder y, en cambio, a ella se lo permitía. Le permitía acercarse, tomarle el pelo, hacer bromas para distender el ambiente y hacerle sentir cómodo.

Y allí, entre aquellos brazos de hombre ya, Amelia se sintió tremendamente orgullosa por lo que años atrás sembró con tanto amor, paciencia y dedicación. En ese momento recogía al fin sus frutos.

Y entre los brazos de su antigua profesora, Vicente respiró aliviado por ver que ese círculo de confianza que ella había dibujado para su alumno rebelde e incomprendido al fin se recomponía, la línea nunca más estaría resquebrajada.

—¿Cómo se titula? —inquirió Amelia desenlazándose y volviendo a fijar la mirada en el manuscrito.

—*Al final, todo encaja*.

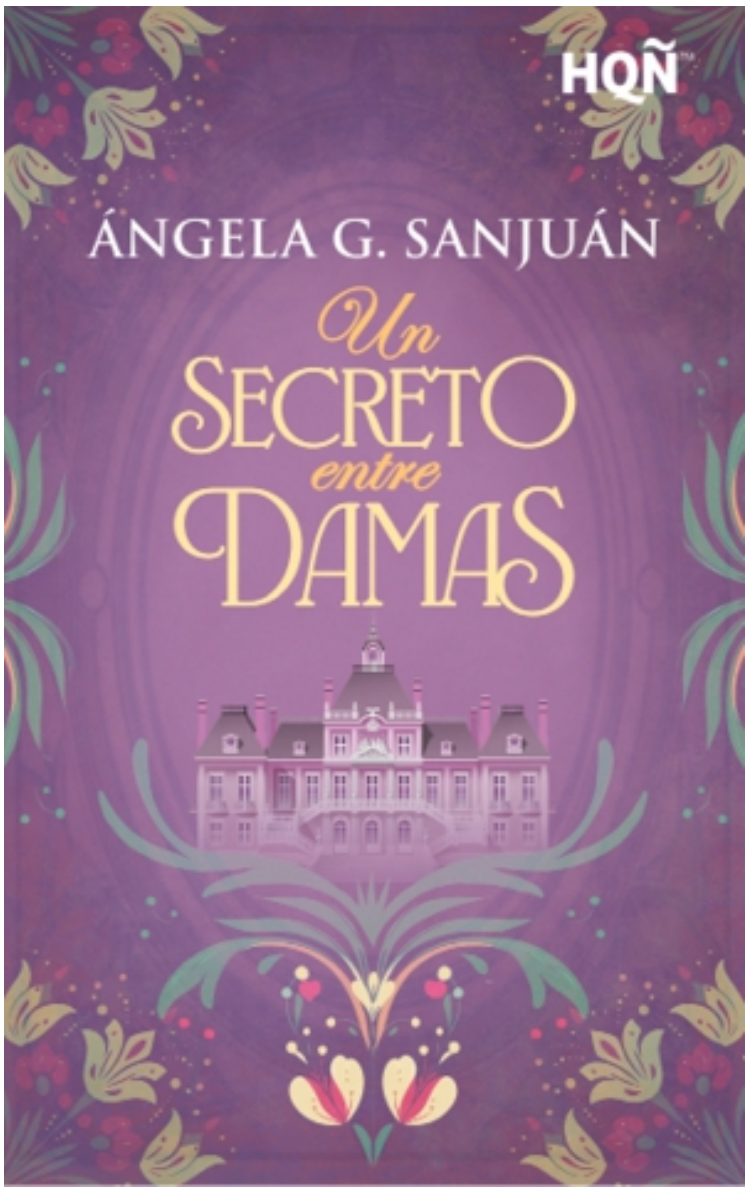
Amelia lo miró divertida.

—¿Y de qué trata?… Bueno, es igual, porque la voy a leer sí o sí —le aseguró convencida.

—Es tu historia… La tuya, la de Emilia, la mía. La de nosotros —les dijo el chico lleno de satisfacción—, y este el final.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.





El mundo está lleno de pelos en la sopa

Cuneo, Pintina
9788410744936
208

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Alguien, al otro lado del charco, te espera para expandir tu mundo y tú tienes miedo a los cambios. Ven y da el salto a Nueva York de la mano de esta comedia romántica.

Un piso de estudiantes en Nueva York.

Una beca para un curso de cocina molecular obtenida por Amparo, una española ya curtida en los fogones.

¿Es esta la oportunidad de su vida?

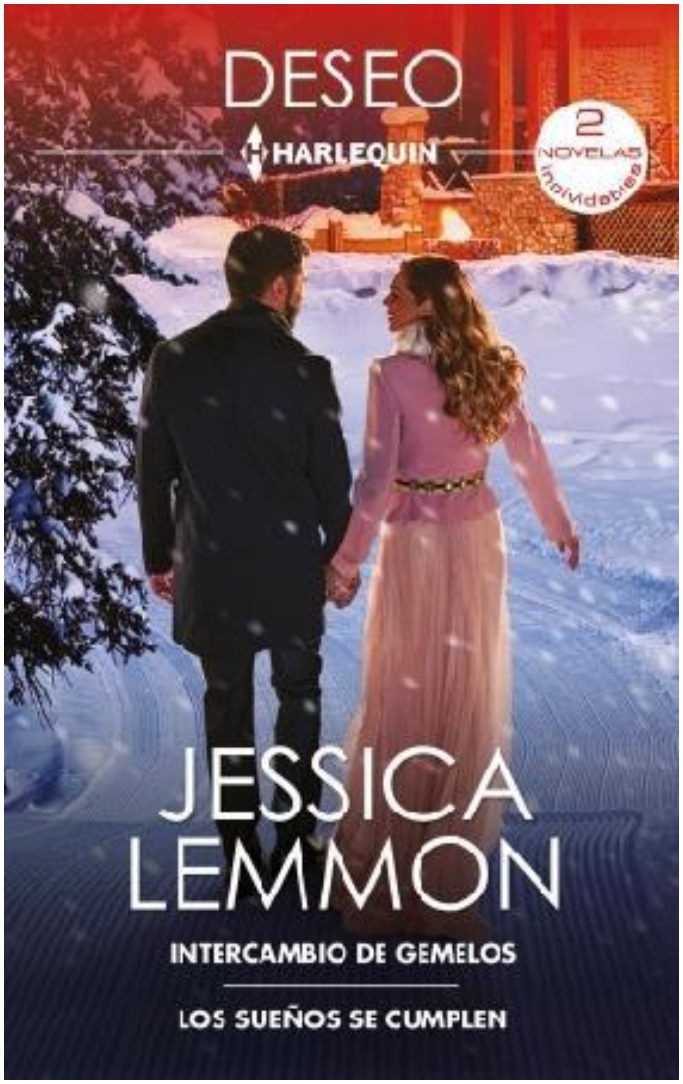
Ven a comprobarlo junto a Fernando, Buster, Susan, Priscila y un profesor de cocina muy exigente. ¡Ah!, también una perrita caniche.

Todo mientras Amparo disfruta de Nueva York, sufre el estrés diario por superar el curso y conoce a don Culo. Perdón, a William.

Pero ¿y si nada funciona y toca regresar a España sin el título y el corazón roto?

- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporáneo, histórico, policiaco, fantasía… ¡Elige tu romance favorito!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Intercambio de gemelos - Los sueños se cumplen

Lemmon, Jessica
9791370008383
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Intercambio de gemelos

El intercambio de gemelos salvaría su negocio, siempre y cuando no se volviera algo personal

La representante Kendall Squire necesitaba desesperadamente que el actor Max Dunn saliera del retiro que él mismo se había impuesto. Como representante de su gemelo, cabía la posibilidad de que hubiera cerrado un acuerdo para que su cliente hiciera un anuncio sin concretar un pequeño detalle: su disponibilidad. Max sería el sustituto perfecto, pero cuando Kendall fue a su cabaña en la montaña para proponerle la idea, acabaron atrapados en una tormenta de nieve. Pronto convencer a Max para que se hiciera pasar por su hermano dio paso a una negociación mucho más íntima.

Los sueños se cumplen

Lo que empezó como una farsa acabó en un embarazo y la cosa se puso seria.

Conseguir una entrevista con el actor Isaac Dunn era un sueño hecho realidad para la creadora de pódcast Meghan Squire. Pero cuando él le pidió hacerse pasar por su novia, ¡tuvo que pellizcarse para saber si estaba o no soñando! Sería un acuerdo temporal, lo justo para contentar a la prensa. Sencillo. Al menos hasta que su atracción demostró ser de todo menos fingida y acabó en embarazo. De pronto la pregunta del millón era si estaban preparados para un compromiso de verdad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



París puede esperar

Sicilia, Marisa
9788413487649
61

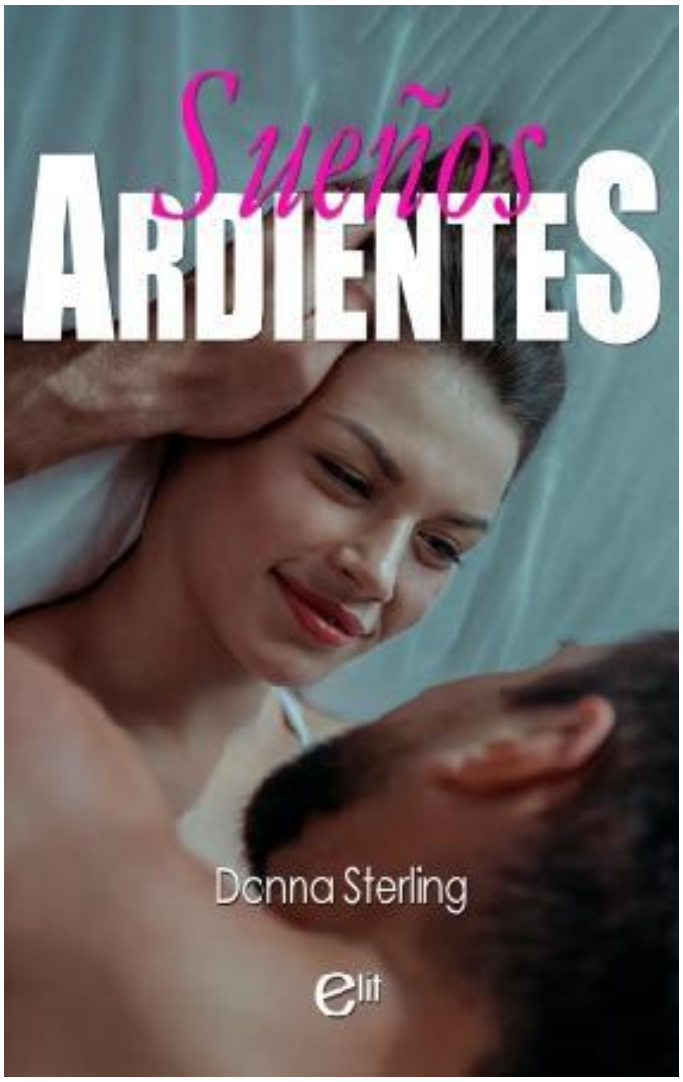
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas

maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Sueños ardientes

Sterling, Donna
9791370008673
192

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Brynn Sutherland tenía un pequeño problema: era sonámbula, sobre todo cuando estaba estresada. Y desde que había aparecido su antiguo novio, Cade Hunter, no podía estar más nerviosa. Todos los días se despertaba a su lado y, dada su experiencia, la cama de Cade era el sitio menos seguro para ella. Fue entonces cuando le propuso una "cura" para sus problemas nocturnos: debían resolver ciertos asuntos del pasado. ¿Cómo iba a negarse?

Lo cierto era que Cade no había conseguido olvidar a Brynn. Por eso, cuando la encontró en su cama no pudo resistirse. El problema era que en aquel momento estaba trabajando de incógnito y su misión era protegerla, por lo que no podía dejarse distraer. Pero había una cosa de la que estaba seguro: la quería a su lado para siempre. Quizá tuviera que prolongar la terapia nocturna hasta que ella admitiera que sentía lo mismo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Lo que el dinero no puede comprar

Graham, Lynne
9788410741904
160

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La artista estaba embarazada… ¡Y tuvo que casarse con el hombre más rico del mundo!

Raj Belanger tenía todo lo que el dinero podía comprar y, también algo que nunca había deseado, la responsabilidad sobre Pansy, su pequeña sobrina huérfana. Debido a su complicada infancia, estaba convencido de que su sobrina estaría mejor con su tía, la artista Sunshine Barker. Hasta que Sunny cambió por completo su vida.

Para Sunny, la pequeña Pansy lo era todo. Sin embargo, la salvaje atracción que sentía hacia Raj y la explosiva noche que pasaron juntos, la descolocaron por completo. Seis semanas más tarde, Sunny descubrió que estaba embarazada. Y la solución que le propuso Raj fue toda una sorpresa…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)